Hermosos y Malditos
Libro Segundo

Por

Francis Scott Fitzgerald

1. La hora radiante

Al cabo de quince días Anthony y Gloria empezaron a permitirse «discusiones prácticas», como llamaban a las sesiones en las que, bajo la apariencia del más estricto realismo, caminaban sobre un eterno rayo de luna.

—No tanto como yo a ti —insistía el crítico literario—. Si realmente me quisieras, desearías que lo supiese todo el mundo.

—Sí que quiero que lo sepan —protestaba ella—. Quiero colocarme en una esquina como un hombre anuncio, para informar a todos los que pasen.

—Entonces dime las razones para que no quieras casarte conmigo hasta junio.

—Bueno, porque eres muy limpio. Eres de una limpieza etérea, como yo. Hay dos clases de limpieza, ¿sabes? Una es la de Dick: mi primo está limpio como las sartenes relucientes. Tú y yo estamos limpios como los torrentes y los vientos. Siempre que veo a una persona puedo decir si es limpia, y en caso afirmativo, de qué clase de limpieza se trata.

—Somos hermanos gemelos.

¡Sublime idea!

—Madre dice… —Gloria vaciló un momento—, madre dice que a veces dos almas se crean juntas y… y están ya enamoradas antes de nacer.

El bilfismo nunca había logrado un converso con tanta facilidad… Al cabo de un rato, Anthony alzó la cabeza y rio silenciosamente con la mirada en el techo. Al bajar de nuevo los ojos vio que Gloria se había enfadado.

—¿Por qué te has reído? —exclamó ella—, ya lo has hecho otras dos veces antes. Nuestras relaciones no tienen nada de divertido. No me importa hacer el tonto, ni que lo hagas tú, pero no lo soporto cuando estamos juntos.

—Lo siento.

—¡No digas que lo sientes! Si no se te ocurre nada mejor, más vale que te calles.

—Te quiero.

—Me tiene sin cuidado.

Una pausa. Anthony se deprimía… Finalmente Gloria murmuraba:

—Siento haberme puesto desagradable.

—Soy yo quien ha tenido la culpa, no tú.

Restablecida la paz, los momentos que seguían eran mucho más dulces e intensos. Anthony y Gloria eran las estrellas en aquel escenario, ambos representando para un público compuesto tan solo por ellos dos: la fuerza del fingimiento creaba la realidad. Allí se producía, finalmente, la quintaesencia de la autoexpresión, aunque era probable que, en gran parte, su mutuo amor sirviera más de expresión a Gloria que a Anthony. A menudo el joven Patch se sentía como un huésped apenas tolerado en una fiesta dada por ella.

Informar a mistress Gilbert resultó un asunto embarazoso. La madre de Gloria permaneció inmóvil en una silla, escuchando con una especie de intenso recogimiento lleno de parpadeos. Sin duda tenía que estar enterada: Gloria no había visto a ningún otro hombre por espacio de tres semanas, y en ese tiempo mistress Gilbert no podía por menos de haber notado una profunda diferencia en la actitud de su hija. Había recibido de manos de Gloria cartas urgentes para echar el correo, y había

escuchado —como todas las madres parecen hacerlo— las expresiones de su hija en las conversaciones telefónicas de los dos, expresiones decididamente cariñosas a pesar de su discreción…

Sin embargo, mistress Gilbert, con mucha delicadeza, se había declarado sorprendida e inmensamente feliz; sin duda lo era; como también les sucedía a los geranios que florecían en los maceteros de las ventanas, y a los cocheros cuando los amantes buscaban la romántica intimidad de los cabriolés —original estratagema—, y los serios menús de los restaurantes en los que garrapateaban «Sabes que sí» para pasárselos luego el uno al otro.

Pero entre besos, Anthony y la muchacha de dorados cabellos se peleaban incesantemente.

—Espera, Gloria —exclamaba él—, por favor, déjame que te lo explique.

—No me lo expliques. Bésame.

—Me parece que no está bien. Si digo cosas que te molestan, debemos discutirlas. No me gusta eso de besarse y olvidarlo.

—Pero es que yo no quiero discutir. Me parece maravilloso que podamos besarnos y olvidarlo; cuando no podamos hacerlo habrá llegado el momento de discutir.

En cierta ocasión, una diferencia casi impalpable adquirió tales dimensiones que Anthony se levantó y se puso el abrigo a trompicones… por un momento pareció que iba a repetirse la escena del mes de febrero, pero al darse cuenta de lo mucho que su gesto había afectado a Gloria, el joven Patch conservó su dignidad y su orgullo, y al cabo de un instante Gloria sollozaba entre sus brazos, mientras su rostro adorable reflejaba todo el desconcierto de una niñita asustada.

Mientras tanto seguían descubriéndose, cada uno delante del otro, de manera involuntaria, mediante curiosas reacciones y evasiones, mediante aversiones, prejuicios y alusiones no premeditadas al pasado. El orgullo de Gloria la incapacitaba para tener celos, y como Anthony era extremadamente celoso, le molestaba esta virtud en ella. Le contaba a propósito incidentes recónditos de su propia vida para despertar ese sentimiento, pero sin el menor éxito. Era ella quien lo poseía ahora, y los años muertos no le importaban en absoluto.

—Siempre que me porto mal contigo —decía Gloria—, lo siento mucho después. Daría la mano derecha por evitarte el más pequeño sufrimiento.

Y en aquel momento sus ojos estaban a punto de desbordarse y no se daba cuenta de que expresaba tan solo una ilusión. Anthony sabía muy bien que había días en los que se herían a propósito el uno al otro, deleitándose casi con la arremetida. Gloria lo desconcertaba continuamente: un rato, encantadora y muy unida a él, tratando desesperadamente de lograr una unión trascendente, difícil de precisar; y a continuación, silenciosa y fría, indiferente, al parecer, a cualquier consideración ligada a su amor o a cualquier cosa que Anthony pudiera decir. A menudo el joven Patch lograba finalmente enlazar aquellas extrañas reticencias con algún malestar físico —Gloria nunca se quejaba de sus padecimientos corporales hasta que los había superado—, o con algún descuido o presunción por su parte, o con algún plato poco satisfactorio durante la cena; pero incluso en esos casos, los medios que Gloria utilizaba para crear las distancias infinitas que la separaban del resto del mundo, eran un absoluto misterio, enterrado en algún lugar de sus veintidós años de orgullo sin claudicaciones.

—¿Por qué te gusta Muriel? —le preguntó él un día.

—No me gusta… mucho.

—Entonces, ¿por qué sales con ella?

—Únicamente por salir con alguien. Esas chicas no me exigen el menor esfuerzo. Tienden a creerse todo lo que les digo… pero Rachel me gusta más. Me parece atractiva… y pulcra y refinada, ¿no estás de acuerdo? He tenido otras amigas… en Kansas City y en el colegio… pero todas ellas han sido amigas fortuitas, chicas que entraban y salían de mi círculo porque los muchachos nos llevaban juntas a algún sitio. Perdían interés para mí cuando las circunstancias dejaban de ponernos en contacto. Ahora casi todas están casadas. ¿Qué más da?… solo eran gente.

—Te gustan más los hombres, ¿no es cierto?

—Mucho más. Tengo mente de hombre.

—Tienes una mente como la mía, que no se inclina demasiado ni en un sentido ni en otro.

Más adelante Gloria le habló del comienzo de su amistad con Bloeckman. Un día, en Delmonico’s, Gloria y Rachel se habían encontrado con Bloeckman y Mr. Gilbert, que estaban almorzando allí, y la curiosidad les empujó a unirse a ellos. Bloeckman le había parecido bastante bien. Como se daba por satisfecho con muy poco, resultaba un alivio comparado con otros hombres más jóvenes. Procuraba complacerla y se reía de lo que ella decía, tanto si lo entendía como si no. Salió con él varias veces, a pesar de la manifiesta desaprobación de sus padres, y antes de que transcurriera un mes, Bloeckman le había pedido que se casara con él, ofreciéndole todo, desde una villa en Italia hasta una brillante carrera en la pantalla. Gloria se había echado a reír… y él había reaccionado riéndose también.

Pero sin por ello renunciar. En el momento en que Anthony se incorporó a la liza, Bloeckman había hecho ya

considerables progresos. Gloria lo trataba bastante bien —con la excepción de aplicarle siempre un apodo ofensivo—, dándose cuenta, mientras tanto, de que, en sentido figurado, él la iba siguiendo mientras ella avanzaba haciendo equilibrios sobre la valla, dispuesto a recogerla si es que llegaba a caerse.

La noche anterior al anuncio del compromiso matrimonial, Gloria se lo comunicó a Bloeckman. Fue un golpe muy duro. Gloria no le contó a Anthony los detalles, pero dio a entender que el magnate cinematográfico no había dudado en discutir con ella. Anthony llegó a la conclusión de que la entrevista había concluido tormentosamente, con Gloria muy fría y nada conmovida tumbada en un extremo del sofá, y Joseph Bloeckman, de Films Par Excellence, recorriendo la alfombra de un lado a otro con los ojos semicerrados y la cabeza inclinada. Gloria se había compadecido de él, pero juzgó más prudente no manifestarlo. En un último estallido de buena voluntad, había tratado de conseguir que Bloeckman llegara a odiarla. Pero Anthony, convencido de que la indiferencia de Gloria era su mayor atractivo, llegó a la conclusión de que su intento tenía que haber fracasado por completo. Durante una temporada se preguntó con bastante frecuencia, pero sin darle especial importancia, cuáles serían los sentimientos de Bloeckman… hasta que terminó olvidándose de él por completo.

Apogeo

Una tarde lograron instalarse en los asientos delanteros de la soleada imperial de un autobús y pasearon durante horas por la orilla del río Hudson empezando en Times Square; luego, cuando los últimos rayos del sol abandonaban ya las calles de la zona oeste, regresaron en dirección a la Quinta Avenida, oscurecida por los ominosos enjambres de abejas que salían de los grandes almacenes.

El tráfico estaba detenido en un atasco donde todo era confusión, y donde los autobuses, agrupados de cuatro en fondo como plataformas sobre la multitud, esperaban el gemido de los silbatos.

—¿No es estupendo? —exclamó Gloria—. ¡Mira! El carro de un molinero, completamente blanco a causa de la harina y conducido por un payaso también enharinado, cruzó por delante de ellos, tirado por un caballo blanco y por su pareja, de color negro.

—¡Qué pena! —sé lamentó Gloria—, quedarían preciosos en el crepúsculo si los dos fuesen blancos. En este momento, y en esta ciudad, me siento extraordinariamente feliz.

Anthony manifestó su desacuerdo con un movimiento de cabeza.

—Creo que la ciudad es una embaucadora. Siempre luchando por acercarse a la tremenda e impresionante urbanidad que se le atribuye. Tratando de ser románticamente metropolitana.

—Yo no lo veo así. Creo que es de verdad impresionante.

—Tan solo en apariencia, reconócelo; en el fondo es un espectáculo artificial, sin ninguna profundidad. Tiene estrellas, con sus agentes de publicidad y sus frágiles decorados que no duran nada, y he de reconocerlo, el mayor ejército de comparsas jamás reunido… —Hizo una pausa, rio brevemente y añadió—: Técnicamente válido, quizá, pero nada convincente.

—Estoy segura de que los policías piensan que la gente es estúpida —dijo Gloria reflexivamente, mientras contemplaba cómo un guardián del orden público ayudaba a cruzar la calle a una señora tan voluminosa como cobarde—. Para ellos la gente son siempre personas asustadas,

incompetentes y viejas… y de hecho lo son —añadió. Y enseguida—: Será mejor que nos bajemos. Le dije a mi madre que cenaría pronto y me acostaría. Dice que tengo aspecto de estar cansada, ¡qué rabia!

—Quisiera que estuviéramos casados — murmuró Anthony con sobria entonación—; no tendríamos que darnos las buenas noches y haríamos lo que nos viniera en gana.

—Sería estupendo, ¿verdad? Tenemos que viajar mucho. Quiero ir al Mediterráneo y a Italia. También me gustaría trabajar en el teatro… cosa de un año, más o menos.

—Claro que sí. Y yo escribiré una obra para ti.

—¡Sería estupendo! Conmigo de protagonista. Y luego, cuando tengamos más dinero —siempre se aludía a la muerte del viejo Adam con mucha discreción—, construiremos una magnífica propiedad, ¿no es cierto?

—Sí, claro, con piscinas privadas.

—Docenas de piscinas. Y ríos privados. Quisiera poder hacerlo ya.

Curiosa coincidencia… Anthony había estado deseando lo mismo. Se sumergieron como buceadores en la oscura multitud arremolinada y reaparecieron en las tranquilas calles cincuenta para dirigirse hacia el Plaza paseando indolentemente, infinitamente románticos el uno para el otro… cada uno de ellos avanzando a solas por un sereno jardín con un fantasma hallado en un sueño.

Días de felicidad como botes que se dejan arrastrar por ríos de corriente lenta; noches de primavera llenas de una quejumbrosa melancolía que convertía el pasado en algo hermoso y amargo que los obligaba a volver la vista atrás y a ver que los amores de otros veranos habían muerto con los olvidados valses de aquellos años. Disfrutaban sus

momentos de mayor plenitud cuando alguna barrera artificial los mantenía separados: en el teatro sus manos se movían a hurtadillas para unirse y transmitir suaves presiones mientras la sala permanecía a oscuras; en habitaciones abarrotadas formaban palabras con los labios para que las aceptaran los ojos del otro, sin darse cuenta de que no hacían más que seguir los pasos de otras generaciones convertidas ya en polvo pero comprendiendo vagamente que si la verdad es el fin de la vida, la felicidad es uno de sus modos, y que hay que amarla y protegerla durante el breve y trémulo momento de su existencia. Luego, en una noche de hadas, mayo se convirtió en junio. Solo quedaban dieciséis días… quince… catorce…

Tres digresiones

Inmediatamente antes de anunciar el compromiso, Anthony se había trasladado a Tarrytown para ver a su abuelo, que — cada vez un poco más grisáceo y acartonado a medida que el tiempo le jugaba sus últimas malas pasadas— recibió la noticia con profundo cinismo.

—De manera que vas a casarte, ¿eh? —Pero lo dijo con tan ambigua benignidad y movió la cabeza tantas veces arriba y abajo que Anthony no se sintió deprimido en absoluto. Aunque no estaba al tanto de las intenciones de su abuelo, imaginaba que una gran parte de su dinero sería para él, aunque el anciano destinara una buena cantidad a obras de beneficencia, y otra parte importante sirviera para continuar la tarea de reformar a la humanidad—. ¿Vas a trabajar?

—Por supuesto —contemporizó Anthony, algo desconcertado—. Estoy trabajando. Ya sabes que…

—Me refiero a trabajar —dijo Adam Patch fríamente.

—No estoy completamente seguro de lo que haré. No puede decirse que sea exactamente un mendigo, abuelo —

afirmó con cierto brío.

El anciano meditó acerca de aquello con los ojos medio cerrados. Luego preguntó, casi como pidiendo disculpas:

—¿Cuánto ahorras al alío?

—Hasta ahora nada…

—Así que a pesar de tener tan solo lo justo para vivir, has decidido que milagrosamente vais a poder sobrevivir los dos con la misma cantidad.

—Gloria tiene algún dinero suyo. Lo suficiente para comprarse ropa.

—¿Cuánto?

Sin considerar impertinente aquella pregunta, Anthony la respondió.

—Unos cien dólares al mes.

—Eso hace en total unos siete mil quinientos al año. —Luego añadió suavemente—: Tendría que bastaros. Si tienes un mínimo de sentido común tendría que bastaros. Pero el problema es saber si lo tienes.

—Imagino que sí. —Era vergonzoso verse obligado a soportar aquellas piadosas amonestaciones del anciano, y las palabras que Anthony pronunció a continuación tuvo que apuntalarlas con vanidad—. Puedo arreglármelas muy bien. Parece que estás convencido de que soy un completo inútil. En cualquier caso, solo he venido a decirte que voy a casarme en junio. Buenas tardes. — Después de decir esto se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la puerta, sin advertir que en aquel instante, y por vez primera, su abuelo lo miraba afectuosamente.

—¡Espera! —exclamó Adam Patch—. Quiero hablar contigo.

Anthony se dio la vuelta.

—¿De qué se trata?

—Siéntate. Quédate a pasar la noche.

Un tanto ablandado, Anthony volvió a ocupar su asiento.

—Lo siento, pero he quedado en ver a Gloria esta noche.

—¿Cómo se llama?

—Gloria Gilbert.

—¿Una chica de Nueva York? ¿La conocías de antes?

—Procede del Medio Oeste.

—¿A qué se dedica su padre?

—Trabaja en una corporación o trust del celuloide; una cosa así. La familia es de Kansas City.

—¿Iréis allí a casaros?

—No, no. Pensábamos casarnos en Nueva York, de la manera más sencilla posible.

—¿Os gustaría casaros aquí?

Anthony vaciló. Para él aquella sugerencia no presentaba ningún atractivo, pero sin duda era un rasgo de prudencia dar al anciano, dentro de lo posible, un interés personal en su vida de casado. Además, el joven Patch se sentía un tanto conmovido.

—Es muy amable por tu parte, abuelo, pero ¿no produciría demasiadas molestias?

—Todo produce muchas molestias. Tu padre se casó aquí… aunque en la antigua casa.

—Yo creía que se había casado en Boston.

Adam Patch meditó unos instantes.

—Tienes razón. Se casó en Boston.

Anthony se sintió avergonzado por haber hecho aquella corrección al anciano e intentó disimularlo con palabras.

—Bueno, hablaré con Gloria acerca de eso. Personalmente me gustaría, pero es una cosa que depende de los Gilbert, claro está.

Su abuelo dejó escapar un largo suspiro, cerró los ojos casi por completo y se hundió en el asiento.

—¿Tienes mucha prisa? —preguntó con un tono distinto.

—No demasiada.

—Me pregunto —empezó Adam Patch, contemplando benévolamente los arbustos de lilas que se aplastaban contra las ventanas—, me pregunto si piensas alguna vez en la vida futura.

—Sí, claro, a veces.

—Yo pienso mucho en la vida futura. —Sus ojos apenas parecían ver, pero su voz resonaba confiada y clara—. Hoy estaba aquí sentado, pensando en lo que nos espera, y por alguna razón recordé una tarde de hace casi sesenta y cinco años, cuando jugaba con mi hermanita Annie, donde está ahora el pabellón de verano. —Señaló con la mano en dirección al jardín, con ojos llenos de lágrimas y voz temblorosa.

»Empecé a pensar… y me pareció que tú tendrías que pensar un poco más en la vida futura. Tendrías que ser… más formal —hizo una pausa como buscando la palabra adecuada—, más trabajador…

Luego su expresión se modificó, toda su personalidad pareció cerrarse como una trampa que cae bruscamente, y cuando volvió a hablar la dulzura había desaparecido por completo de su voz.

Cuando tenía solo dos años más de los que tienes tú ahora —dijo con tono áspero y acompañando sus palabras de una risita socarrona—, envié al asilo a tres miembros de la firma Wrenn y Hunt.

Anthony se sobresaltó, lleno de perplejidad.

—Bueno, hasta la vista —añadió su abuelo de repente—, perderás el tren.

Anthony abandonó la casa con una sensación de júbilo muy poco frecuente, y extrañamente compadecido del anciano; no porque su dinero fuera incapaz de comprarle «juventud o buena digestión», sino porque le había pedido que se casara allí, y porque había olvidado algo que debiera recordar sobre la boda de su hijo.

Richard Caramel, que iba a ser una de las personas que se encargasen de escoltar a los invitados el día de la boda, causó muchos sufrimientos a Anthony y Gloria durante las últimas semanas previas al acontecimiento, al robarles continuamente el resplandor de las candilejas. El amante demoníaco se había publicado en abril, e interrumpió los amores de Gloria y Anthony como puede decirse que interrumpió todo aquello con lo que su autor entró en contacto. Se trataba de una descripción muy original y de estilo algo recargado de la existencia de un donjuán de los barrios bajos de Nueva York. Como Maury y Anthony ya habían dicho antes, y los críticos más receptivos estaban diciendo entonces, no había otro escritor en América con tanta capacidad para describir las atávicas y nada sutiles reacciones de ese sector de la sociedad.

El libro, después de un período de incertidumbre, «se disparó» repentinamente. Las ediciones, primero de pocos ejemplares y después más numerosas, se fueron sucediendo unas a otras, semana tras semana. Un portavoz del Ejército de Salvación la denunció como una cínica

falsificación de la renovación moral que se estaba produciendo en los bajos fondos. Una inteligente campaña publicitaria extendió el infundado rumor de que «Gypsy» Smith iba a presentar una demanda por difamación porque uno de los principales personajes era una caricatura de sí mismo. La novela quedó excluida de la biblioteca pública de Burlington, Iowa, y un columnista del Medio Oeste anunció mediante alusiones indirectas que Richard Caramel había ingresado en un sanatorio, aquejado de delírium trémens.

De hecho, el autor de El amante demoníaco pasaba sus días en un agradable ambiente de locura. El libro ocupaba tres cuartas partes de su conversación: Dick quería saber si uno había oído «lo último»; entraba en una librería y pedía a voz en grito unos cuantos ejemplares para que se los cargaran en cuenta, sin otro fin que la remota posibilidad de ser reconocido por el empleado o alguno de los clientes. Sabía con todo lujo de detalles en qué zonas del país se vendía mejor el libro; sabía exactamente sus ganancias netas en cada edición, y cuando se encontraba con alguien que no había leído la novela o, como sucedía con demasiada frecuencia, que ni siquiera había oído hablar de ella, se dejaba dominar por un estado de melancólica depresión.

No tiene, por tanto, nada de extraño que Anthony y Gloria decidieran, movidos por los celos, que un Caramel tan hinchado de vanidad resultaba insoportable. Gloria presumió públicamente (molestando extraordinariamente a Dick con ello) de no haber leído El amante demoníaco, y de no estar dispuesta a leer la novela hasta que todo el mundo dejara de hablar de ella. En realidad tampoco tenía tiempo de leer, porque los regalos habían empezado a llegar ya: primero con cuentagotas y luego en avalancha, desde las fruslerías de olvidados amigos de la familia a las fotografías de olvidados parientes pobres.

Maury les regaló una refinada cristalería que incluía copas de plata, coctelera y varios sacacorchos. La contribución de Dick fue más convencional: un juego de té procedente de Tiffany's. De Joseph Bloeckman recibieron un exquisito reloj de viaje, muy simple, con su tarjeta. Llegó incluso una boquilla de Bounds; aquello conmovió a Anthony e hizo que sintiera deseos de llorar: de hecho, cualquier emoción, excepto la histeria, parecía natural en la media docena de personas afectadas por aquel tremendo sacrificio a lo convencional. La habitación reservada en el Plaza rebosaba de ofrendas enviadas por amigos de Harvard y personas relacionadas con el viejo Adam Patch, así como de recuerdos de los días de Gloria en Farmover, y de trofeos más bien patéticos de sus antiguos admiradores, que últimamente llegaban con melancólicos y esotéricos mensajes, escritos en tarjetas cuidadosamente dobladas, y que empezaban con «Poco imaginaba yo cuando…» o «Ten la seguridad de que te deseo toda la felicidad…» o incluso «Cuando recibas esto, estaré en camino hacia…».

El regalo más espléndido resultó ser, al mismo tiempo, el menos satisfactorio. Se trataba de una condescendencia del abuelo de Anthony: un cheque de cinco mil dólares.

El joven Patch reaccionaba con frialdad ante los regalos. Le parecía que se haría necesario llevar un gráfico sobre el estado civil de todas sus relaciones por espacio de medio siglo. Pero Gloria se alborozaba con todos, rasgando el papel de envolver y sacando las virutas de madera con la rapacidad de un perro que escarba en busca de un hueso, agarrando jadeante una cinta o un borde de metal, para extraer finalmente a la luz el objeto en su totalidad y examinarlo con ojo crítico, sin que su rostro reflejara más emoción que un absorto interés.

—¡Anthony, mira!

—Muy bonito, ¿no te parece?

Pero la respuesta no llegaba hasta una hora después, cuando Gloria daba un cuidadoso informe sobre su reacción ante el regalo, sobre si hubiese mejorado siendo más pequeño o más grande, sobre si le había sorprendido recibirlo y, en este último caso, hasta qué punto le había sorprendido.

Mistress Gilbert arreglaba y volvía a arreglar una hipotética casa, distribuyendo los regalos entre las diferentes habitaciones, clasificando los objetos como «reloj menos bueno» o «cubiertos de uso diario» y avergonzando a Anthony y Gloria con alusiones medio en broma a una habitación a la que llamaba cuarto de los niños. Mistress Gilbert se sintió muy complacida con el regalo del viejo Adam y a partir de aquel momento aseguró que tenía un alma muy antigua, «tanto como cualquier otra cosa». Como Adam Patch nunca llegó a saber si se refería a la progresiva senilidad de su mente o a una personal y privada concepción psíquica, no puede decirse que le agradara especialmente. De hecho, cuando hablaba con Anthony siempre se refería a ella como «esa vieja, la madre», igual que si se tratara de un personaje en una comedia que hubiese visto representar muchas veces. En cuanto a Gloria, no era capaz de formar un juicio. Le fascinaba pero, como ella misma le explicó a Anthony, había decidido que era una chica frívola y no se atrevía a dar su aprobación.

¡Cinco días! En el jardín de Tarrytown se estaba levantando un tablado para bailar. Cuatro días. Se había contratado un tren especial para llevar y traer a los invitados desde Nueva York. ¡Tres días!

El diario

Gloria llevaba puesto un pijama azul de seda y estaba de pie junto a la cama con la mano en el interruptor para apagar la luz, cuando cambió de idea y, abriendo el cajón

de la mesilla, sacó una libreta de pastas negras, uno de esos diarios con una página destinada a cada uno de los 365 días del año. Gloria lo había llevado durante siete años. Muchas de las anotaciones a lápiz eran casi ilegibles y había comentarios y referencias a noches y tardes olvidadas hacía mucho tiempo, porque no era un diario íntimo, aunque empezara con el inmemorial «Voy a llevar un diario para mis hijos». Pero mientras Gloria iba pasando sus páginas los ojos de muchos hombres parecían mirarla desde nombres medio borrados. Con uno de ellos había ido a New Haven por primera vez... en 1908, cuando tenía dieciséis años y en Yale estaba de moda el fútbol americano... Se había sentido muy complacida porque «Goleador» Michaud había estado «avanzando» con ella durante toda la velada. Gloria suspiró al recordar el vestido de satén —ya de persona mayor— del que estaba tan orgullosa, y de la orquesta tocando «Yamayama, mi hombre Yama» y «Ciudadjungla». ¡Tanto tiempo atrás!... los nombres: Eltynge Reardon, Jim Parsons, «Curly» McGregor, Benneth Cowan, «Ojo de pez» Fry (que le gustaba por lo feo que era), Carter Kirby — que le había mandado un regalo, y también Tudor Baird—, Marty Reffer, el primer hombre del que había estado enamorada más de un día, y Stuart Holcome, que se había escapado con ella en su coche y había querido obligarla por la fuerza a casarse con él. Y Larry Fenwick, a quien siempre había admirado por decirle una noche que si no le daba un beso tendría que bajarse del coche y volver a casa andando. ¡Vaya una lista!

... Y, después de todo, una lista anticuada. Ahora estaba enamorada, dispuesta para la gran aventura romántica que había de ser la síntesis de todo lo romántico, y sin embargo triste por el recuerdo de aquellos hombres y aquellos claros de luna y por las emociones que había experimentado... y por los besos. El pasado... su pasado, ¡cuántas alegrías! Gloria había sido exuberantemente feliz.

Volviendo las páginas, sus ojos se detuvieron indolentemente sobre las escasas anotaciones de los últimos cuatro meses. Pero leyó las más recientes con mucho cuidado.

Primero de abril. Sé que Bill Carstairs se ha enfadado mucho porque me he puesto muy desagradable, pero es que a veces odio que se me haga objeto de tanto sentimentalismo. Fuimos en coche al club de campo de Rockyear y había una luna esplendorosa brillando todo el tiempo entre los árboles. Mi vestido plateado está empezando a deslucirse. Es curioso cómo una se olvida de otras noches en Rockyear… ¡con Kenneth Cowan, del que estaba tan enamorada!

Tres de abril. Después de pasar dos horas con Schroeder, que, según me informan, tiene millones, he decidido que este asunto de perseverar con las cosas resulta muy fatigoso, sobre todo si las cosas en cuestión son hombres. No hay nada sobre lo que se exagere tanto y juro que a partir de hoy me divertiré a costa de ello. Hemos hablado de «amor»… ¡qué cosa tan banal! ¿Con cuántos hombres habré hablado de amor?

Once de abril. ¡Patch me ha telefoneado!, y cuando me repudió hace cosa de un mes estuvo a punto de tirar la puerta abajo al marcharse. Cada vez tengo menos fe en que haya hombres capaces de recibir heridas mortales.

Veinte de abril. He pasado el día con Anthony. Quizá algún día me case con él. Creo que me gustan sus ideas… estimula toda la originalidad que hay en mí. Bloeckman vino a eso de las diez con su coche nuevo y me llevó a dar un paseo por Riverside Drive. Esta noche me he sentido a gusto con él: es una persona muy considerada. Se ha dado cuenta de que yo no quería hablar y ha estado callado todo el tiempo.

Veintiuno de abril. Me he despertado pensando en Anthony y, efectivamente, ha telefoneado, y su voz resultaba muy agradable, así que he roto una cita para estar con él. Creo que hoy rompería cualquier cosa por él, incluidos los diez mandamientos y hasta mi propia cabeza. Vendrá a las ocho y yo iré de rosa, con un vestido muy almidonado, y pareceré tan fresca como una flor…

Al llegar aquí Gloria hizo una pausa, recordando que después de que él se marchara, se había desnudado con el frío aire de abril entrando a raudales por las ventanas. Y, sin embargo, era como si no hubiese sentido el frío, caldeada por las profundas banalidades que ardían en su corazón.

La siguiente anotación se había producido varios días después:

Veinticuatro de abril. Quiero casarme con Anthony porque los maridos son muy a menudo «maridos» y yo tengo que casarme con un amante.

»Hay cuatro tipos de maridos en términos generales.

»1) El marido que siempre quiere quedarse en casa por las noches, no tiene vicios y se gana la vida trabajando. ¡Totalmente indeseable!

»2) El señor atávico de quien una es amante sin otro objeto que procurarle placer. Los maridos de este tipo consideran «superficiales» a todas las mujeres bonitas, y son una especie de pavo real que nunca llega a la edad adulta.

»3) A continuación viene el adorador, el idólatra de su mujer y de todo lo que es suyo, con completo olvido de lo demás. Esta clase exige como esposa a una actriz temperamental. ¡Cielos! Tiene que ser fatigosísimo que la consideren a una virtuosa.

»4) Y Anthony… un amante transitoriamente apasionado con la prudencia suficiente para darse cuenta de cuándo desaparece la exaltación y de que a la larga acaba desapareciendo. Y yo quiero casarme con Anthony.

»¡Qué absurdo es que las mujeres soporten aburridos matrimonios! El matrimonio no se creó para servir de fondo sino para necesitarlo. El mío será excepcional. No puede ser, no será el decorado… será la representación, llena de vida, encantadora, sugestiva, y el mundo será el escenario. Me niego a dedicar mi vida a la posteridad. No hay duda de que una debe tanto a la actual generación como a la de los hijos que no desea. ¡Qué destino… volverse gorda e impresentable, perder la propia estimación, pensar en términos de leche, harina de avena, niñera, pañales…! Queridos niños soñados, vosotros sois mucho más hermosos, deslumbrantes criaturitas que revoloteáis (todos los niños soñados tienen que revolotear) con vuestras alas doradas…

»Esos niños, sin embargo, pobrecitos bebés, tienen muy poco en común con el matrimonio.

Siete de junio. Una cuestión moral: ¿he incurrido en falta haciendo que Bloeckman se enamorara de mí? Porque es cierto que le hice enamorarse. Hoy por la noche estaba casi dulcemente triste. Ha sido muy oportuno que tuviera la garganta tan hinchada y no me costara trabajo derramar unas lágrimas. De todas formas Bloeckman no es ya más que el pasado… enterrado bajo mi abundante provisión de lavanda.

Ocho de junio. Y hoy le he prometido no morderme los labios. Bueno, imagino que no lo haré… pero ¡sería mucho mejor si me hubiese pedido que no comiera!

«Pompas de jabón»… eso es lo que hacemos Anthony y yo. Hoy hemos hecho unas maravillosas, y luego, cuando

estallen, haremos más y más, imagino… pompas cada vez más grandes y más hermosas, hasta que se nos acaben el agua y el jabón.

El diario concluía con esta observación. Los ojos de Gloria se deslizaron página arriba, hacia el ocho de junio de 1912, 1910, 1907. La primera anotación estaba garrapateada con la letra redonda y poco formada de una chica de dieciséis años… se trataba de un nombre, Bob Lamar, y de una palabra que no era capaz de descifrar. Luego se dio cuenta de su significado… y al comprenderlo descubrió que tenía los ojos empañados por las lágrimas. Allí, en aquella mancha grisácea estaba el recordatorio de su primer beso, tan borroso como los sentimientos de aquella tarde, siete años atrás, en un porche hasta donde llegaba la lluvia. A Gloria le parecía recordar algo que uno de los dos había dicho aquel día y, sin embargo, no acababa de recordarlo. Las lágrimas acudieron a sus ojos cada vez más deprisa, hasta que apenas podía ver la página. Estaba llorando, se dijo a sí misma, porque solo recordaba la lluvia y las flores mojadas en el patio y el olor de la hierba húmeda.

Al cabo de un momento Gloria encontró un lápiz y, empuñándolo con mano insegura, trazó tres líneas paralelas debajo de la última anotación. Luego escribió FINIS con grandes letras mayúsculas, devolvió la libreta al cajón y se metió en la cama.

El hálito de la cueva

De nuevo en su apartamento después de la cena de esponsales, Anthony apagó las luces y, sintiéndose tan impersonal y frágil como un objeto de porcelana que espera sobre una mesa de servir, se acostó. Era una noche cálida —una sábana bastaba para cubrirse— y a través de las ventanas completamente abiertas le llegaban sonidos evanescentes y veraniegos, cargados de remotas

esperanzas. Pensaba que durante los años juveniles que quedaban ya a sus espaldas, superficiales y llenos de colorido, él había vivido con fácil cinismo, un poco vacilante, alimentándose de las emociones —conservadas por escrito— de hombres reducidos a polvo largo tiempo atrás. Pero había otras cosas además de aquello; ahora lo sabía ya. Existía la unión de su alma con la de Gloria, cuyo fuego radiante y cuya frescura eran el material vivo con que estaba hecha la muerta belleza de los libros.

Desde la noche y con insistencia llegaba a su habitación de paredes altas un sonido evanescente que parecía disgregarse: algo que la ciudad lanzaba hacia lo alto y luego volvía a recoger como un niño jugando con una pelota. En Harlem, en el Bronx, en Gramercy Park, y a lo largo de los muelles, en saloncitos o sobre techos salpicados de guijarros, mil amantes producían aquel sonido, permitiendo que escaparan hasta la atmósfera algunos pequeños fragmentos. Toda la ciudad estaba jugando con aquel sonido en la azul oscuridad del verano, lanzándolo a lo alto y recuperándolo luego, prometiendo que, dentro de muy poco, la vida sería tan hermosa como un cuento, prometiendo felicidad… y otorgándola mediante esa promesa. Dando al amor la esperanza de sobrevivir. Más no podía hacer.

Fue entonces cuando una nueva nota se separó de forma discordante del suave lamento de la noche. Un ruido procedente de un patio a menos de cien pies de la ventana trasera de su apartamento: el ruido de una risa de mujer. Débil al principio, incesante y quejumbrosa —alguna criada con su compañero, pensó Anthony— después, fue creciendo en volumen hasta volverse histérica, recordándole finalmente a una chica que había visto una vez dominada por un ataque nervioso de risa en un espectáculo de vodevil. Después disminuyó, alejándose, para alzarse de nuevo, incluyendo palabras: un chiste soez, alguna oscura

payasada que Anthony no fue capaz de entender. La risa se detenía por un momento y entonces se podía escuchar el sordo retumbar de una voz de hombre, para volver a empezar de nuevo, interminable, molesta al principio, extrañamente terrible luego. Anthony se estremeció y, levantándose de la cama se acercó a la ventana. La risa había alcanzado un punto muy alto, tensa y sofocada, casi como si se tratara de un grito… luego cesó, dejando tras de sí un silencio tan vacío y amenazador como el gran silencio que lo ocupaba todo por encima de sus cabezas. Anthony se quedó un momento más junto a la ventana antes de volver a acostarse. Descubrió que estaba trastornado y trémulo. Por muchos esfuerzos que hiciera para sofocar su reacción, algún componente animal de aquella risa espontánea se había apoderado de su imaginación, logrando por primera vez desde hacía cuatro meses reavivar su antigua aversión y su antiguo horror ante todos los asuntos de la vida. La habitación se había vuelto sofocante. Anthony quería estar al aire libre, azotado por algún viento frío y áspero, a millas por encima de las ciudades, y volver a vivir serena y desinteresadamente en los rincones de su propia mente. La vida era aquel sonido en el exterior, aquel sonido femenino, horriblemente reiterativo.

—¡Dios mío! —exclamó el joven Patch, conteniendo bruscamente la respiración.

Escondiendo la cabeza debajo de la almohada trató en vano de concentrarse en los detalles del día siguiente.

La mañana

Iluminado por una luz grisácea, descubrió que no eran más que las cinco. Anthony lamentó, lleno de nerviosismo, haberse despertado tan pronto: tendría aspecto cansado durante la boda. Sintió envidia de Gloria, que podía ocultar la fatiga maquillándose con cuidado.

Se contempló a sí mismo en el espejo del cuarto de baño y vio que estaba anormalmente pálido; media docena de pequeñas imperfecciones destacaban sobre la blancura matutina de su cutis y durante la noche le había crecido la débil sombra de una barba. El efecto general, supuso, era muy poco atractivo, como de persona ojerosa, casi de enfermo.

Sobre el tocador se hallaba cierto número de objetos que fue repasando con cuidado y dedos repentinamente torpes: los billetes para ir a California, el talonario de cheques de viaje, su reloj, en hora con un error de menos de medio minuto, la llave del departamento que tenía que acordarse de entregar a Maury, y, lo más importante de todo, el anillo. Era de platino, con pequeñas esmeraldas engastadas; Gloria había insistido en ello; siempre había querido un anillo de boda con esmeraldas, dijo.

Era el tercer regalo que Anthony le había hecho; primero fue el anillo de compromiso, y después una pequeña pitillera de oro. Ahora empezaría a regalarle muchas cosas más: trajes y joyas y amigos y diversiones. Parecía absurdo que en adelante tuviera que pagar todas sus comidas. Resultaría caro: se preguntó si no habría subestimado los gastos del viaje, que emprenderían inmediatamente, y si no sería mejor sacar más dinero del banco. Aquella posibilidad le preocupó.

Luego, la terrible inminencia del acontecimiento borró de su mente todos los demás detalles. Había llegado el día que Anthony no había buscado ni sospechado siquiera seis meses antes, pero que ahora se transformaba en luz dorada a través de la ventana que daba al este, bailando en la alfombra como si el sol sonriera a causa de alguna antigua y reiterada broma de su propia invención.

Anthony dejó escapar una risa nerviosa de una sola sílaba.

«¡Cielo santo! —murmuró para sus adentros—. ¡Es como si ya estuviese casado!»

Los amigos del novio

Seis jóvenes en la biblioteca de Cross Patch que se van poniendo cada vez más alegres bajo la influencia del Mumm’s Extra Seco, colocado subrepticiamente en cubos con hielo junto a las estanterías.

EL PRIMER JOVEN. ¡Caramba! ¡Creedme, en mi próximo libro voy a incluir una escena de boda que dejará a todo el mundo con la boca abierta!

SEGUNDO JOVEN. Conocí el otro día a una chica de la buena sociedad y me dijo que en su opinión tu libro tenía mucha fuerza. Por regla general a las chicas jóvenes les gusta el primitivismo.

EL TERCER JOVEN. ¿Dónde está Anthony?

EL CUARTO JOVEN. Paseando ahí fuera de un lado para otro y hablando solo.

EL SEGUNDO JOVEN. ¡Cielos! ¿Habéis visto al celebrante? Tiene unos dientes curiosísimos.

QUINTO JOVEN. Imagínate que son de verdad. Es muy curioso que la gente tenga dientes de oro.

SEXTO JOVEN. Dicen que les gustan. Mi dentista me contó que una vez fue a verlo una mujer e insistió en que le forrara los dientes de oro. Sin motivo alguno. Los tenía perfectamente bien.

CUARTO JOVEN. He oído que has publicado un libro, Dick.

¡Enhorabuena!

DICK. (Ceremoniosamente) Gracias.

CUARTO JOVEN. (Inocentemente) ¿De qué se trata? ¿Historias de la universidad?

DICK. (Todavía más ceremoniosamente) No. No son historias de la universidad.

CUARTO JOVEN. ¡Qué lástima! Hace años que no sale un buen libro sobre Harvard.

DICK. (Con irritación) ¿Por qué no llenas tú ese hueco?

TERCER JOVEN. Me parece que he visto un Packard con un grupo de invitados torcer por la avenida ahora mismo.

SEXTO JOVEN. Podríamos abrir un par de botellas más en vista de eso.

TERCER JOVEN. Me llevé la mayor sorpresa de mi vida cuando oí que el viejo iba a celebrar la boda con alcohol. Ya sabéis que es un rabioso partidario de la prohibición.

CUARTO JOVEN. (Chasqueando los dedos muy excitado) ¡Vaya por Dios! Ya sabía que me había olvidado de algo. No hacía más que pensar que era el chaleco.

Dick. ¿Y qué era?

CUARTO JOVEN. ¡Vaya por Dios!

SEXTO JOVEN. ¡Vamos, vamos! ¡No será tan trágico!

SEGUNDO JOVEN. ¿Qué se te ha olvidado? ¿El camino para volver a casa?

DICK. (Maliciosamente) Ha olvidado el argumento para su libro de historias sobre Harvard.

CUARTO JOVEN. No, señor, me he olvidado del regalo, ¡caramba! Me he olvidado de comprarle un regalo al bueno de Anthony. Lo he ido retrasando y retrasando y, al final, ¡me he olvidado por completo! ¿Qué van a pensar?

SEXTO JOVEN. (Chistosamente) Probablemente ha sido eso lo que ha retrasado la boda.

El cuarto joven mira nervioso su reloj. Risas.

CUARTO JOVEN. ¡Cielo santo! ¡Vaya un imbécil que estoy hecho!

SEGUNDO JOVEN. ¿Qué pensáis de la dama de honor que cree ser Nora Bayes? No ha cesado de repetirme cuánto le gustaría que esta boda se celebrara a ritmo de jazz. Se llama Haines o Hampton.

DICK. (Poniendo rápidamente en marcha su imaginación) Quieres decir Kane, Muriel Kane. Es una especie de deuda de honor, según creo. En cierta ocasión salvó a Gloria de ahogarse, o algo parecido.

SEGUNDO JOVEN. Nunca habría pensado que pudiera detener ese perpetuo balanceo el tiempo suficiente como para nadar. Llénamela copa, ¿quieres? El viejo y yo acabamos de tener una larga conversación acerca del tiempo.

MAURY. ¿Qué viejo? ¿El abuelo de Anthony?

SEGUNDO JOVEN. No, el padre de la novia. Debe de trabajar en algún centro de meteorología.

DICK. Ese señor es mi tío, Otis.

OTIS. Bueno, es una profesión muy honorable. (Risas)

SEXTO JOVEN. La novia es tu prima, ¿verdad?

DICK. Sí, Cable, es mi prima.

CABLE. No hay duda de que es una belleza. No como tú, Dick. Estoy seguro de que va a meter en vereda al viejo Anthony.

MAURY. ¿Por qué se da a todos los novios el título de «viejo»? Estoy convencido de que el matrimonio es un error

juvenil.

DICK. Maury, el cínico profesional.

MAURY. ¿Qué tienes tú que decir, intelectual de pacotilla?

QUINTO JOVEN. Una batalla entre eruditos, Otis. Recoge las migajas que puedas.

DICK. ¡De pacotilla, tú! ¿Cuáles son tus conocimientos?

MAURY. ¿Y los tuyos?

DICK. Pregúntame cualquier cosa. Cualquier rama del saber.

MAURY. De acuerdo. ¿Cuál es el principio fundamental de la biología?

DICK. Eso tampoco lo sabes tú.

MAURY. ¡No trates de escabullirte!

DICK. Bueno, ¿la selección natural?

MAURY. NO.

DICK. Me rindo. MAURY. La ontogénesis recapitula la filogénesis.

QUINTO JOVEN. ¡Fin del primer asalto!

MAURY. Otra pregunta. ¿Cuál es la influencia de los ratones sobre la cosecha de tréboles? (Risas)

CUARTO JOVEN. ¿Cuál es la influencia de las ratas sobre el decálogo?

MAURY. Cierra la boca, bobo. Existe una conexión.

DICK. Pues dinos cuál es.

MAURY. (Haciendo una pausa, sumido en creciente desconcierto) Vaya, vamos a ver. Parece que he olvidado la

respuesta exacta. Algo acerca de las abejas comiéndose los tréboles.

TERCER JOVEN. ¡Y los tréboles comiéndose los ratones! ¡Ja, ja!

MAURY. (Frunciendo el entrecejo) Dejadme pensar solo un minuto.

DICK. (Poniéndose en pie de repente) ¡Escuchad!

Una andanada de conversaciones estalla en la habitación vecina. Los seis jóvenes se levantan, llevándose la mano a la corbata de lazo.

DICK. (Con aire solemne) Será mejor reunirse con el piquete de ejecución. Imagino que van a hacer la fotografía. No, eso es después.

OTIS. Cable, encárgate de la dama de honor a la que le gusta el ragtime.

CUARTO JOVEN. Bien sabe Dios que quisiera haber mandado ese regalo.

MAURY. Si me dais otro minuto resolveré el problema de los ratones.

OTIS. El mes pasado hice esto mismo en la boda del viejo Charlie McIntyre y…

Se dirigen lentamente hacia la puerta mientras las conversaciones se convierten en algarabía y los compases preliminares de puesta a punto brotan como largos gemidos piadosos del órgano de Adam Patch.

Anthony

Sentía la presencia de quinientos ojos clavados en la espalda de su chaqué y el centelleo del sol en los dientes —inadecuadamente burgueses— del celebrante. Le costó trabajo evitar una carcajada. Gloria estaba diciendo algo

con voz clara y firme y Anthony trató de convencerse de que todo aquello era irrevocable, que todos los segundos tenían importancia, que su vida estaba siendo cortada en dos períodos y que la fisonomía del mundo estaba cambiando delante de sus ojos. Trató de recapturar la sensación de éxtasis que experimentara diez semanas antes. Pero todas las emociones se le escapaban; no sentía siquiera el nerviosismo físico de aquella misma mañana… toda la ceremonia no resultaba ser más que un gigantesco desengaño. ¡Y aquellos dientes de oro! Se preguntó si el ministro estaría casado; se preguntó malévolamente si un ministro podría celebrar la ceremonia de su propio matrimonio…

Pero al estrechar a Gloria entre sus brazos tuvo conciencia de una fuerte reacción. La sangre corría otra vez por sus venas. Un agradable bienestar casi tan palpable como una presencia física se apoderó de él, trayendo consigo responsabilidad y posesión. Ya era un hombre casado.

Gloria

¡Tantas emociones, y tan entrelazadas, que no era posible separar ninguna de ellas de las demás! Podría haber llorado por su madre, que sollozaba silenciosamente a unos metros de distancia y por la belleza del sol de junio que entraba a raudales por las ventanas. Gloria estaba más allá de cualquier percepción consciente. Para ella solo existía el sentimiento —acompañado de una exaltación casi delirante— de estar presenciando el suceso más importante de su vida, y la convicción, tan apasionada y ardiente como una plegaria, de que al cabo de unos instantes se hallaría para siempre a salvo de todo peligro.

Una noche, casi de madrugada, llegaron a Santa Barbara, donde el recepcionista del hotel Lafcadio se negó a admitirlos, alegando que no estaban casados.

Al recepcionista le pareció que Gloria era muy hermosa. No creyó que algo tan hermoso como Gloria pudiera ser moral.

«Con Amore»

Aquel primer medio año —el viaje al oeste, los largos meses de vagabundeo por la costa de California, y la casa de piedra gris cerca de Greenwich donde vivieron hasta que la proximidad del invierno hizo del campo una cosa muy melancólica—, aquellos días, aquellos lugares, presenciaron las horas de éxtasis. El idilio de su noviazgo, que era un poco como andar por las nubes, dio paso a una intensa relación mucho más apasionada. El estado idílico los abandonó, partiendo en busca de otros amantes; un día miraron a su alrededor y descubrieron que se había ido, aunque fueran incapaces de saber cómo. Si uno de ellos hubiese perdido al otro en los días del idilio, el amor perdido no hubiese sido, incluso para el perdedor, más que ese deseo mortecino que nunca llega a realizarse y que constituye el paisaje de fondo de toda vida humana. Y es que la magia tiene que seguir su marcha apresurada, pero los amantes siguen donde estaban…

El idilio pasó, llevándose consigo un fragmento de juventud. Llegó el día en que Gloria descubrió que los demás hombres ya no la aburrían, y en que Anthony se dio cuenta de que podía quedarse hasta altas horas de la noche hablando con Dick de aquellas tremendas abstracciones que en otro tiempo llenaban su mundo. Pero, sabiendo que habían poseído lo mejor del amor, se aferraban a lo que quedaba. El amor subsistía: mediante largas conversaciones nocturnas en esas horas desoladas en que la mente se aguza y los materiales tomados de los sueños se convierten en sustancia de la vida; mediante profundos e íntimos detalles de cariño que fueron desarrollados simultáneamente; gracias a reírse juntos de las mismas

cosas y de pensar, también unidos, que algunas cosas eran ejemplos de noble desprendimiento y otras solo inspiraban tristeza.

Fue aquel, sobre todo, un período de descubrimientos. Las cosas que cada uno descubrió del otro eran tan diversas, tan entremezcladas y, sobre todo, tan endulzadas con amor que, más que descubrimientos, les parecieron, en su momento, fenómenos aislados, con los que había que contar para olvidarlos acto seguido. Anthony descubrió que estaba viviendo con una chica de tremenda tensión nerviosa y del más arbitrario egoísmo. En el espacio de un mes, Gloria supo de la cobardía de su marido frente a un millón de fantasmas creados por su propia imaginación. Lo fue advirtiendo de manera discontinua, porque después de salir a la luz hasta resultar casi obscenamente evidente, la cobardía se difuminaba y desaparecía como si tan solo hubiese sido producto de su imaginación. La reacción de Gloria no fue la que habitualmente se atribuye al sexo débil: no despertó su repugnancia ni un prematuro sentimiento maternal. Como ella era casi por completo inmune al miedo físico, le resultaba imposible entenderlo, y procuró sacar el mayor partido posible de lo que consideraba el aspecto positivo de aquellos miedos, ya que si bien Anthony era cobarde cuando recibía un susto o estaba sometido a tensión —por entrar en juego su fantasía—, también poseía una especie de deslumbrante temeridad que en algunos breves momentos hacía que Gloria casi lo admirara, y un orgullo que habitualmente le permitía conservar la calma cuando se creía observado.

Este rasgo se manifestó primero en una docena de incidentes que apenas iban más allá del nerviosismo: la amonestación a un taxista en Chicago por conducir a demasiada velocidad; su negativa a llevar a Gloria a cierto café de mala fama que ella siempre había querido conocer; cabía, por supuesto, dar a estos hechos una interpretación

convencional, y explicarlos como ejemplos de su preocupación por la seguridad personal de Gloria; sin embargo, su peso acumulado resultaba opresivo. Y algo que sucedió en un hotel de San Francisco cuando llevaban casados una semana, bastó para corroborar todos los temores previos.

Era después de medianoche y la habitación se hallaba completamente a oscuras. Gloria se estaba adormeciendo y cuando el acompasado respirar de Anthony a su lado le hacía suponer que dormía, lo vio incorporarse repentinamente sobre un codo y fijar la vista en la ventana.

—¿Qué sucede, cariño? —murmuró Gloria.

—Nada. —Anthony se volvió hacia ella, después de reclinar otra vez la cabeza sobre la almohada—. Nada, mi queridísima esposa.

—No me llames «esposa». Soy tu amante. ¡Esposa es una palabra tan fea! Tu «amante permanente» es algo mucho más tangible y deseable… Ven a mis brazos —añadió, en un impulso de ternura—; ¡duermo tan bien cuando te tengo entre mis brazos!

Ir a los brazos de Gloria tenía un sentido muy preciso. Requería que Anthony deslizara un brazo bajo su hombro y que la rodeara con el otro, colocándose todo lo más posible como una especie de cuna con tres lados para mayor comodidad de su mujer. Anthony, que se revolvía inquieto en la cama, y a quien se le dormían los brazos después de media hora en aquella posición, esperaba a que Gloria se durmiera y entonces la hacía girar suavemente hasta colocarla en su lado de la cama; luego, abandonado a sus propios recursos, se acurrucaba en una de sus difíciles posturas habituales.

Gloria, conseguido el bienestar sentimental, volvió a su somnolencia. Pasaron cinco minutos según el reloj de viaje

regalo de Bloeckman; el silencio se había adueñado de toda la habitación, desde los muebles extraños e impersonales al techo un tanto opresivo que se fundía imperceptiblemente con las invisibles paredes a ambos lados. Luego se produjo una repentina vibración en la ventana, un sonido fuerte y entrecortado en el aire inmóvil.

Anthony abandonó la cama de un salto, todo su cuerpo en tensión.

—¿Quién anda ahí? —exclamó con voz terrible.

Gloria se quedó muy quieta, completamente despierta otra vez e interesada no tanto en el ruido como en la rígida figura jadeante cuya voz trataba de penetrar la ominosa oscuridad desde el borde de la cama.

Cesó el ruido; la habitación volvió a quedar tan en silencio como antes… hasta que el teléfono recogió el torrente de palabras que salía de la boca de Anthony.

—¡Alguien acaba de intentar entrar en la habitación…! ¡Hay alguien junto a la ventana! —Su voz era enérgica ya, aunque vagamente aterrorizada. — ¡De acuerdo! ¡Dense prisa! —Después de colgar el auricular, Anthony siguió inmóvil en el mismo sitio.

… Se oyó ruido de gente agolpada junto a la puerta y luego unos nudillos que golpeaban sobre la madera. Anthony fue a abrir, y en el umbral apareció la excitada figura de un recepcionista y de tres botones agrupados a su espalda. Entre pulgar e índice el recepcionista sostenía una pluma mojada en tinta como si fuese un arma amenazadora; uno de los botones había cogido una guía telefónica y la contemplaba tímidamente. Al mismo tiempo se incorporó al grupo el detective del hotel, convocado a toda prisa, y todos al unísono entraron en la habitación.

Al encenderse las luces, Gloria se cubrió con una sábana para no ser vista, cerrando al mismo tiempo los ojos para mantener a distancia el horror de aquella inesperada visita. Para su maltrecha sensibilidad el único hecho cierto era que Anthony había cometido una falta deplorable.

… El recepcionista estaba hablando desde la ventana, con tono mitad de criado y mitad de profesor que riñe a un alumno.

—No hay nadie ahí fuera —declaró con total convicción —; ¡caramba!, no puede estar nadie ahí fuera. Hay cincuenta pies de distancia hasta la calle. Lo que usted ha oído ha sido el viento moviendo la persiana.

—Ah.

Entonces Gloria se compadeció de él. Solo deseaba consolarlo, rodearlo tiernamente con sus brazos y decirles a los otros que se fueran, porque su presencia allí tenía un significado que le resultaba odioso. Pero se sentía demasiado avergonzada para levantar la cabeza. Desde su refugio oyó balbucear una frase, disculpas, palabras protocolarias del recepcionista y la risita descarada de uno de los botones.

—He estado muy nervioso toda la tarde —decía Anthony —; por alguna razón ese ruido me ha sobresaltado… solo estaba medio despierto.

—Claro, lo entiendo perfectamente — dijo el recepcionista con loable tacto—; a mí me pasa lo mismo a veces.

La puerta se cerró, se apagaron las luces, Anthony cruzó la habitación sin hacer ruido y se metió en la cama. Gloria, fingiendo estar medio dormida, dejó escapar un suspiro y se deslizó entre sus brazos.

—¿Qué era eso, cariño?

—Nada —contestó él con voz todavía insegura—; pensé que había alguien en la ventana, así que fui a mirar, pero no vi a nadie, y como seguía el ruido llamé a recepción. Siento haberte molestado, pero es que esta noche estoy muy nervioso.

Al advertir la mentira, Gloria se sobresaltó interiormente… Anthony no se había asomado a la ventana, ni siquiera acercado a ella. Se había limitado a quedarse junto a la cama y a pedir ayuda acto seguido.

—Ah —dijo ella; y a continuación—: Tengo mucho sueño.

Durante una hora permanecieron despiertos uno al lado del otro, Gloria con los ojos cerrados y los párpados tan apretados que se formaban en su interior lunas azules girando sobre un fondo malva muy oscuro, y Anthony mirando sin ver la oscuridad que se espesaba por encima de sus cabezas.

Después de muchas semanas el incidente fue saliendo gradualmente a la luz, hasta convertirse en una historia para reír y gastarse bromas. También crearon una tradición tomándolo como base: cada vez que aquel irresistible terror nocturno se apoderaba de Anthony, Gloria lo rodeaba con sus brazos y canturreaba dulcemente:

—Voy a proteger a mi Anthony. ¡Nadie podrá nunca hacerle daño!

Él se reía como si fuera una broma con la que ambos se divertían, pero para Gloria nunca llegaba a ser del todo una broma. Al principio fue una desilusión muy intensa; más adelante, era una de las ocasiones en que lograba dominar su genio.

Mantener bajo control el genio de Gloria —tanto si salía a relucir por falta de agua caliente en el baño, como por una escaramuza con su marido— se convirtió casi en el

deber más importante de Anthony. Era un trabajo de precisión que requería la cantidad exacta de silencio, la cantidad exacta de insistencia y la cantidad exacta de diplomacia. Donde fundamentalmente se ponía de manifiesto el inmoderado egoísmo de Gloria era en sus enfados y en los actos de crueldad que inevitablemente les acompañaban. Por su valentía personal, por haber sido siempre una «niña mimada», por su extraordinaria y loable independencia de criterio, y, finalmente, por su arrogante convicción de que no había visto nunca otra chica tan guapa como ella, Gloria se había convertido en una figura nietzscheana con todas sus consecuencias prácticas, aunque, en ocasiones, claro está, predominara en ella el sentimiento.

Había que contar, por ejemplo, con su estómago. Gloria estaba acostumbrada a ciertos platos, y no le cabía en la cabeza que pudiera llegar a comer ninguna otra cosa. Necesitaba una limonada y un sándwich de tomate a última hora de la mañana, seguidos de un almuerzo ligero que incluía un tomate relleno. No solo las posibilidades de elección para sus comidas se hallaban limitadas a una docena de platos, sino que, además, estos platos tenían que estar siempre preparados de la misma manera. Una de las medias horas más desagradables durante la primera quincena de su matrimonio se produjo en Los Ángeles, cuando un desdichado camarero le trajo a Gloria un tomate relleno con ensaladilla de pollo en lugar de apio.

—Siempre lo servimos así, madame — se defendió trémulamente el camarero ante la mirada llena de indignación de aquellos ojos grises.

Gloria no respondió, pero cuando el otro se alejó discretamente, golpeó la mesa con los dos puños hasta que tazas y cubiertos empezaron a entrechocarse.

—¡Pobre Gloria! —rio Anthony sin mala intención—. Nunca te traen lo que quieres, ¿no es cierto?

—¡No quiero este relleno! —estalló ella.

—Llamaré al camarero.

—¡No lo llames! ¡Es un estúpido que no entiende nada!

—Bueno, el hotel no tiene la culpa. Di que se lo lleven, olvídate de ello, o haz un esfuerzo y cómetelo.

—¡Cállate!

—¿Por qué te enfadas conmigo?

—No me enfado contigo —gimió ella—, lo único que pasa es que no quiero este relleno.

Anthony se sintió impotente.

—Vayámonos a otro sitio —sugirió.

—No quiero ir a ningún otro sitio. Estoy cansada de recorrer docenas de cafés sin encontrar nada comestible.

—¿Cuándo hemos recorrido docenas de cafés?

—No quedará más remedio que hacerlo en esta ciudad —insistió Gloria, sin retroceder ante el sofisma.

Anthony, desconcertado, intentó un nuevo camino.

—¿Por qué no tratas de comértelo? No puede ser tan malo como crees.

—No me lo puedo comer, simplemente, porque ¡no me gusta el pollo!

Gloria cogió el tenedor y empezó a hundirlo despreciativamente en el tomate; Anthony temió que empezara a tirar el relleno en todas direcciones. Estaba convencido de que su mujer había alcanzado las cotas más altas de enojo que recordaba (incluso vio en sus ojos un

relámpago de odio específicamente dirigido contra él, aunque también abarcara al resto de los seres humanos), y Gloria enfadada se volvía, al menos por el momento, totalmente inaccesible.

Pero enseguida, sorprendentemente, Anthony vio que su mujer, de manera algo vacilante, se llevaba el tenedor a los labios y probaba la ensaladilla de pollo. Seguía teniendo igual de fruncido el entrecejo y él la observó con ansiedad, sin hacer el menor comentario ni atreverse apenas a respirar. Gloria se llevó el tenedor a la boca por segunda vez, volvió a saborear la ensaladilla… y un momento después estaba comiendo. Anthony tuvo que hacer ímprobos esfuerzos para contener una risita, y cuando finalmente habló, sus palabras no tuvieron nada que ver con la comida.

Este incidente, con variaciones, se repitió como una lúgubre fuga a lo largo de todo el primer año de matrimonio; la reacción de Anthony era siempre sorprenderse, irritarse y deprimirse. Pero hubo otro punto de roce, el problema de dar a lavar la ropa, que aún le resultaba más molesto y que terminaba inevitablemente en una total derrota para él.

Una tarde, en Coronado, el sitio donde se quedaron más tiempo durante el viaje —tres semanas largas—, Gloria se estaba arreglando con gran cuidado para ir a tomar el té. Anthony, que había pasado un rato en los salones de la planta baja escuchando los últimos rumores de guerra en Europa, entró en la habitación, besó la empolvada nuca de su mujer y se dirigió a su tocador. Después de mucho abrir y cerrar cajones —con resultado a todas luces poco satisfactorio— se volvió hacia la Inacabada Obra Maestra.

—¿Te queda algún pañuelo, Gloria? —preguntó.

Gloria agitó su dorada cabeza.

—Ninguno. Estoy usando uno de los tuyos.

—El último, si no me equivoco —rio él secamente.

—¿De verdad? —Gloria se estaba pintando el contorno de los labios con decisión pero de manera delicada.

—¿No han traído la ropa limpia?

—No lo sé.

Anthony dudó un momento; luego, con repentina perspicacia, abrió la puerta del armario. Sus sospechas se vieron confirmadas. De la percha destinada a ello colgaba la bolsa azul suministrada por el hotel, llena de ropa suya, que el mismo Anthony había puesto allí. Y el suelo se hallaba cubierto por una increíble masa de ropa interior, medias, vestidos, camisones y pijamas; casi todo apenas usado pero sin duda alguna clasificable bajo la amplia denominación de «ropa para lavar» de Gloria.

Anthony se quedó quieto, abierta la puerta del armario.

—¡Gloria!

—¿Qué?

El contorno de los labios estaba siendo rectificado de acuerdo con alguna misteriosa perspectiva; ni un dedo de Gloria tembló mientras utilizaba el lápiz de labios, ni una sola mirada se desvió en dirección a Anthony. Un triunfo de concentración.

—¿No has mandado la ropa a lavar?

—¿Es que está ahí?

—Sobre eso no cabe la menor duda.

—Entonces, supongo que no la he mandado.

—Gloria —empezó Anthony, sentándose en la cama e intentando captar su mirada en el espejo—, eres de mucho

cuidado, no cabe duda. Desde que salimos de Nueva York, todas las veces que se ha mandado la ropa a lavar he sido yo quien lo ha hecho, y hace una semana prometiste encargarte tú, para variar. Todo lo que tienes que hacer es meter tu ropa sucia en esa bolsa y llamar a la doncella.

—¿Por qué dar tanta importancia a la ropa sucia? —exclamó Gloria irritada—. Ya me encargaré de ello.

—No le doy importancia. Prefiero que nos ocupemos a medias, pero cuando nos quedamos sin pañuelos está bien claro que hace falta hacer algo.

Anthony pensó que se había mostrado extraordinariamente razonable. Pero Gloria, sin dejarse impresionar, recogió sus cosméticos y le ofreció la espalda con aire indiferente.

—Haz el favor de cerrarme la cremallera —le sugirió—; Anthony, cariño, se me olvidó por completo. Tenía intención de hacerlo, te lo digo en serio, y lo haré hoy mismo. No te enfades conmigo.

¿Qué podía hacer Anthony excepto sentarla en sus rodillas y empalidecer con un beso el carmín de sus labios?

—No me importa nada —murmuró ella con una sonrisa radiante y magnánima al mismo tiempo—. Siempre que quieras puedes quitarme a besos toda la pintura de los labios.

Bajaron a tomar el té. Compraron algunos pañuelos en una cercana tienda de novedades. Todo quedó olvidado.

Pero dos días después Anthony miró de nuevo en el armario: la bolsa seguía colgando de la percha, y el montón de ropa de brillantes colores caída en el suelo había crecido de manera sorprendente.

—¡Gloria! —exclamó.

Al responderle la voz de ella estaba teñida de verdadera angustia. Derrotado, Anthony se llegó al teléfono y preguntó por la doncella.

—Tengo la impresión —dijo, irritado— de que esperas que te sirva de ayuda de cámara francés o algo parecido.

Gloria se rio de una manera tan contagiosa que Anthony cometió la imprudencia de sonreír. ¡Pobrecillo! De alguna manera intangible aquella sonrisa hizo a su mujer dueña de la situación: con aire de quien ha visto ofendida su probidad, Gloria fue muy decidida al armario y empezó a meter su ropa en la bolsa con gran violencia. Anthony la estuvo contemplando… avergonzado de sí mismo.

—¡Ya está! —dijo ella, dando a entender que tenía los dedos en carne viva por el brutal trabajo que se le obligaba a hacer.

Anthony consideró, sin embargo, que le había dado una lección provechosa y que el asunto estaba resuelto, cuando en realidad no había hecho más que empezar. Un montón de ropa sucia iba seguido por otro montón de ropa sucia… con largos intervalos intermedios; cada escasez de pañuelos iba seguida por otra nueva escasez de pañuelos… con intervalos mucho más breves; por no mencionar la escasez de calcetines, de camisas, de cualquier cosa. Y Anthony descubrió finalmente que o bien se encargaba él mismo de mandar a lavar la ropa sucia, o tenía que pasar por la prueba —cada vez más desagradable— de una batalla verbal con Gloria.

Gloria y el general Lee

De vuelta hacia la Costa Este se detuvieron dos días en Washington, y pasearon por la capital federal sintiéndose algo molestos en aquella atmósfera de luz demasiado áspera, de distancia sin libertad, y de pompa sin esplendor; daba la impresión de ser una ciudad descolorida y falta de

naturalidad. En el segundo día de su estancia cometieron el error de ir a visitar el antiguo hogar del general Lee en Arlington.

El autobús que los llevó estaba repleto de personas tan acaloradas como insignificantes, y Anthony, que ya captaba muy bien los estados de ánimo de Gloria, comprendió que se estaba fraguando una tormenta, tormenta que estalló cuando la expedición efectuó una parada de diez minutos en el zoo. El zoo, al parecer, olía a monos. Anthony se echó a reír; Gloria invocó la maldición de los cielos para los monos, incluyendo en su malevolencia a todos los pasajeros del autobús y a sus sudorosos hijos que se habían encaminado en dirección a la jaula de los simios.

Finalmente el autobús reanudó la marcha y llegó a Arlington. Allí se reunió con otros autobuses e inmediatamente un enjambre de mujeres y niños fue dejando un rastro de cáscaras de cacahuetes por los pasillos del general Lee hasta amontonarse en la habitación donde se celebró su matrimonio. En la pared de aquella habitación un agradable cartel anunciaba con grandes letras rojas el «Servicio para señoras». Ante aquel golpe final, Gloria estalló.

—¡Me parece perfectamente horrible — dijo, furiosa— la idea de permitir que estas personas vengan aquí! Y la de animarlas convirtiendo estas casas en espectáculo público.

—Bueno —objetó Anthony—, si no las cuidaran, se vendrían abajo.

—¡Y qué, si pasara eso! —exclamó ella, mientras buscaban el amplio porche con columnas—. ¿Crees que aquí sobrevive algún rastro de mil ochocientos sesenta? Todo esto se ha convertido en algo de mil novecientos catorce.

—¿Es que no quieres que se conserven las cosas antiguas?

—La verdad es que no es posible conservarlas, Anthony. Las cosas hermosas crecen hasta cierto punto y luego van a menos hasta que desaparecen, exhalando recuerdos mientras se desmoronan. Y de la misma manera que cualquier período decae en nuestras mentes, las cosas de ese período debieran también deteriorarse, y así se conservarían durante algún tiempo en los pocos corazones que, como el mío, vibran con ellas. El cementerio de Tarrytown, por ejemplo. Esos brutos que dan dinero para preservar las cosas también lo han echado a perder. Sleepy Hollow ha desaparecido; Washington Irving está muerto y cada año que pasa sus libros nos interesan menos… por eso es mejor dejar que el cementerio también se desmorone, como debe hacerlo, como deben hacerlo todas las cosas. Tratar de conservar un siglo manteniendo al día sus reliquias es como mantener vivo con estimulantes a un hombre que está agonizando.

—¿Así que tú piensas que cuando una época se desmorona, sus casas deben hacer lo mismo?

—¡Naturalmente! ¿Valorarías tu carta de Keats si alguien hubiese repasado los trazos de la firma para que durase más? Precisamente porque amo el pasado, quiero que esta casa recuerde su esplendoroso momento de juventud y belleza, y quiero que sus escalones crujan como si los pisaran mujeres con miriñaques y hombres con botas y espuelas. Pero la han transformado en una anciana de sesenta años, teñida de rubio y demasiado maquillada. No existe ninguna razón para que tenga un aire tan próspero. Debiera sentirse suficientemente identificada con Lee para dejar caer un ladrillo de cuando en cuando. ¿Cuántos de esos… de esos animales —haciendo un gesto circular con la mano—, sacan algo en limpio de esta casa, a pesar de todas

las historias y las guías y las restauraciones? ¿Cuántos de los que, en el mejor de los casos, piensan que el aprecio por el pasado consiste en hablar en voz baja y andar de puntillas, vendrían aquí si el viaje fuera difícil? Yo quiero que esta casa huela a magnolias en lugar de a cacahuetes y quiero que mis zapatos pisen la misma grava que pisaron las botas de Lee. No existe belleza sin patetismo, y no hay patetismo sin la sensación de que todo se va, personas, nombres, libros, casas… condenados al polvo… mortales…

Un niño apareció junto a ellos con una cáscara de plátano en la mano y, después de imprimirle un suave balanceo, la arrojó valientemente en dirección al Potomac.

Sentimiento

Anthony y Gloria llegaron a Nueva York coincidiendo con la caída de Lieja. Retrospectivamente, las seis semanas transcurridas les parecieron milagrosamente felices. Habían descubierto —como hasta cierto punto sucede con muchas jóvenes parejas— que tenían en común un considerable número de ideas fijas, intereses y extrañas peculiaridades; que eran esencialmente compatibles.

Pero había sido muy difícil mantener muchas de sus conversaciones a nivel de intercambio de ideas. Gloria reaccionaba muy mal ante las discusiones. Toda su vida se había relacionado con personas menos inteligentes o con hombres que, amedrentados por su belleza, no se atrevían a contradecirla; por ello, cuando Anthony no quería aceptar sus afirmaciones como infalibles y definitivas, la irritación de Gloria resultaba perfectamente natural.

Él, por su lado, no se daba cuenta al principio de que esto era resultado, en parte, de su educación «femenina» y en parte de su belleza, y se sentía inclinado a considerarla, junto al resto de las mujeres, como una criatura de muy singulares y definidas limitaciones. Le enfurecía que

careciese por completo de sentido de la justicia. Pero Anthony acabó descubriendo que cuando un tema le interesaba, el cerebro de Gloria tardaba más en fatigarse que el suyo. Lo que sobre todo echaba de menos en su mente era cierta pedante teleología: el sentido del orden y de la precisión, el sentido de la vida como una pieza de rompecabezas con misteriosas correlaciones; pero después de cierto tiempo comprendió que, en ella, semejante cualidad hubiese sido una incongruencia.

El más grande de los dones que poseían en común era su casi extraña habilidad para llegar al corazón del otro. El día que se marcharon del hotel de Coronado, Gloria se sentó en una de las camas mientras estaban haciendo las maletas y empezó a llorar amargamente.

—Querida… —Anthony la rodeó con sus brazos y le hizo reclinar la cabeza sobre el hombro—. ¿Qué te sucede? Cuéntamelo.

—Nos vamos —sollozó ella.

En realidad es el primer sitio en el que hemos vivido juntos. Hemos tenido aquí nuestras dos camas, una al lado de la otra; nos estarán esperando siempre y nosotros no volveremos nunca.

Le estaba desgarrando el corazón, como siempre conseguía hacerlo. La emoción se apoderó de Anthony, desbordándosele por los ojos.

—Pero, Gloria, iremos a otra habitación, y tendremos otras dos camas. Seguiremos estando juntos toda la vida.

Las palabras —en voz baja y un poco ronca— salieron a borbotones de su boca.

—Pero no será… como nuestras dos camas… nunca más. Cada vez que nos marchamos y nos mudamos hay algo que

se pierde… algo que dejamos atrás. Nada se repite nunca por completo, y yo he sido tan tuya aquí…

Anthony la estrechó apasionadamente, captando —mucho más allá de cualquier crítica de sus sentimientos— una sabia percepción del momento presente, aunque solo fuera para ceder ante el deseo de llorar… Gloria, la indolente, siempre absorta en sus propios sueños, extrayendo patetismo de las cosas memorables de la vida y de la juventud…

Aquella tarde, horas después, cuando regresó de la estación con los billetes, Anthony encontró a Gloria dormida en una de las camas, con el brazo doblado alrededor de un objeto negro que al principio no fue capaz de identificar. Al acercarse más descubrió que era uno de sus propios zapatos, ni particularmente nuevo ni especialmente limpio, pero el rostro de Gloria, manchado de lágrimas, estaba pegado contra él, y Anthony entendió el antiguo y muy honorable mensaje que ella le dirigía. Con un sentimiento casi de embeleso, la despertó y vio cómo Gloria le sonreía con timidez, pero muy consciente de su sutileza imaginativa.

Sin necesidad de hacer una valoración de las ventajas e inconvenientes de estas dos cosas, a Anthony le parecía que se hallaba en algún lugar muy próximo al corazón del amor.

La casa gris

Es ya en la tercera década de la existencia cuando el auténtico impulso vital empieza a disminuir, y la persona para quien a los treinta existen tantas cosas valiosas y llenas de significado como diez años antes posee sin duda un alma simple. A los treinta un organillero es más o menos un individuo apolillado que da vueltas a un manubrio… ¡y hubo un momento en que era un organillero! El

inconfundible estigma de la humanidad mancha todas esas hermosas cosas impersonales que tan solo la juventud capta en toda su gloria personal. Un baile esplendoroso, con la alegría ligera de mil risas románticas, acaba desgastando sus propias sedas y satenes hasta mostrar el entramado de una cosa fabricada por el hombre —¡ah, esa mano eternamente presente!—; una obra de teatro, trágica y divina, se convierte en simple sucesión de parlamentos, producidos con gran esfuerzo por el eterno plagiario en horas húmedas y frías, y representados por hombres sujetos a calambres, cobardía y sentimientos varoniles.

Y este momento de la vida de Anthony y Gloria este primer año de matrimonio, y la casa gris coincidieron con la etapa en la que el organillero estaba sufriendo lentamente su inevitable metamorfosis. Gloria tenía veintitrés años; Anthony, veintiséis.

La casa gris tuvo en principio un significado puramente pastoral. Durante los primeros quince días después de regresar de California vivieron, desasosegados, en el apartamento de Anthony, en una asfixiante atmósfera de baúles abiertos, demasiadas visitas, y el eterno problema de su futuro. Dick y Maury se sentaban con ellos asintiendo solemnemente, casi con aire pensativo, mientras Anthony repasaba la lista de lo que «tenían» que hacer y de dónde «tenían» que vivir.

—Quisiera llevarme a Gloria al extranjero —se lamentaba—, si no fuera por esta maldita guerra… de lo contrario, creo que me gustaría vivir en el campo, en algún sitio cercano a Nueva York, por supuesto, donde pudiera escribir… o cualquier otra cosa que decida hacer.

Gloria se echó a reír.

—¿No es gracioso? —le preguntó a Maury—. ¡Cualquier otra cosa que decida hacer! Pero ¿qué voy a hacer yo si él

trabaja? Maury, ¿saldrás conmigo si Anthony se pone a trabajar?

—De todas formas, no tengo intención de hacerlo por el momento —se apresuró a decir Anthony.

Existía entre los dos el vago recuerdo de que en algún futuro nebuloso él entraría en una especie de incorpóreo servicio diplomático en el que príncipes y primeros ministros lo envidiarían por tener una esposa tan bella.

—Bueno —dijo Gloria con aire desvalido—, estad seguros de que no tengo la menor idea. Hablamos y hablamos y nunca llegamos a ninguna parte, y cuando preguntamos a nuestros amigos, nos dan la respuesta que queremos que nos den. Me gustaría que alguien se ocupara de nosotros.

—¿Por qué no os vais a… a Greenwich o algo parecido? —sugirió Richard Caramel.

—Eso estaría bien —dijo Gloria, animándose—. ¿Crees que conseguiríamos una casa allí?

Dick se encogió de hombros y Maury se echó a reír.

—Los dos me hacéis mucha gracia — dijo—. ¡No hay personas con menos sentido práctico que vosotros! En cuanto se menciona un sitio, esperáis que nos saquemos de los bolsillos montones de fotografías que pongan de manifiesto los diferentes estilos arquitectónicos de los bungalows.

—Eso es precisamente lo que no quiero —gimió Gloria—: Un bungalow caluroso y mal ventilado, con un montón de niños en la puerta de al lado y su padre cortando la hierba en mangas de camisa…

—Por el amor de Dios, Gloria —le interrumpió Maury—, nadie quiere encerrarte en un bungalow. ¿Quién demonios ha introducido los bungalows en esta conversación? Pero

nunca encontraréis una casa en ningún sitio a no ser que salgáis a buscarla.

—¿Salir adónde? Tú dices «a no ser que salgáis a buscarla», sí, pero ¿dónde?

Con gran dignidad, Maury agitó su mano-zarpa sin indicar ninguna dirección precisa.

—En cualquier sitio. En el campo. Hay montones de sitios.

—Gracias.

—¡Escuchadme! —Richard Caramel hizo entrar gallardamente en juego su ojo ambarino—. Vuestro problema es que estáis completamente desorganizados. ¿Sabes algo del estado de Nueva York? Cállate, Anthony, estoy hablando con Gloria.

—Bueno —admitió ella finalmente—, he estado en dos o tres fiestas de varios días de duración en Portchester y en Connecticut… pero, claro, eso no es el estado de Nueva York, ¿verdad? Ni tampoco Morristown —terminó, con soñolienta incongruencia.

Se produjo un estallido de risas.

—¡Cielo santo! —exclamó Dick—. Morristown tampoco. Y lo mismo sucede con Santa Barbara, Gloria. Ahora escúchame. Para empezar, a no ser que tengáis una fortuna, no tiene sentido considerar ningún sitio como Newport o Southampton o Tuxedo. Están totalmente excluidos.

Todos asintieron solemnemente.

—Y a mí, personalmente, no me gusta nada New Jersey. Queda, por supuesto, la parte alta de Nueva York, por encima de Tuxedo.

—Demasiado frío —dijo Gloria lacónicamente. —Estuve una vez por allí en automóvil.

—Bueno, a mí me parece que hay muchos pueblos como Rye entre Nueva York y Greenwich donde podríais comprar una casita gris de algún…

Gloria saltó ante aquella frase con expresión triunfante. Por primera vez desde su regreso al este sabía lo que quería.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Sí! Eso es: una casita gris con algo de blanco alrededor y montones de arces tan marrones y dorados como un cuadro de octubre en una exposición. ¿Dónde podemos encontrar una?

—Desgraciadamente he perdido mi lista de casitas grises con arces alrededor… pero trataré de encontrarla. Mientras tanto, coge un trozo de papel y apunta los nombres de siete posibles pueblos. Y esta semana os vais cada día a uno de ellos.

—¡Caramba! —exclamó Gloria, derrumbándose mentalmente—, ¿por qué no haces eso por nosotros? No me gustan nada los trenes.

—Bueno, podéis alquilar un coche y…

Gloria bostezó.

—Estoy cansada de palabrería. Me parece que todo lo que hacemos es hablar sobre dónde vamos a vivir.

—Mi exquisita esposa se cansa de pensar —hizo notar Anthony irónicamente—. Necesita un sándwich de tomate para estimular sus agotados nervios. Salgamos a tomar el té.

La desafortunada consecuencia de esta conversación fue que aceptaron literalmente el consejo de Dick, y dos días más tarde se trasladaron a Rye, donde pasearon de un lado

para otro en compañía de un irritado corredor de fincas, como niños perdidos en el bosque. Vieron casas de cien dólares al mes que estaban pegadas a otras casas también con una renta de cien dólares; vieron casas aisladas que les produjeron invariablemente un decidido sentimiento de rechazo, aunque se sometieron tímidamente al deseo del agente de que «se fijaran en el fogón ¡gran calidad!», así como a un repetido zarandeo de jambas y aporreo de paredes, con la intención, sin duda, de mostrar que la casa no iba a hundirse de un momento a otro, por mucho que su apariencia lo hiciera sospechar. Examinaron, a través de ventanas, interiores amueblados «comercialmente» con sillas duras como piedras y rígidos tresillos, o «a estilo casero» con los melancólicos desechos de pasados veranos: raquetas de tenis cruzadas, sofás reclinables y deprimentes cuadros de muchachas, firmados por Gibson. Con sentimiento de culpabilidad visitaron unas pocas casas realmente bonitas, solitarias, dignas y frescas... a trescientos dólares al mes. Se marcharon de Rye dándole efusivamente las gracias al corredor de fincas.

En el abarrotado tren de vuelta para Nueva York, el asiento inmediatamente posterior estaba ocupado por un latino de profundísimas respiraciones que durante los últimos días no había comido más que ajos. Suspiraron felices al llegar de nuevo al apartamento —casi al borde de la histeria—, y Gloria corrió a sumergirse en agua caliente en el impecable cuarto de baño. En lo que al problema de su futura residencia se refería, ambos habían quedado incapacitados para una semana.

El asunto terminó resolviéndose por sí mismo de manera inesperadamente atractiva. Una tarde Anthony entró corriendo en la sala de estar, sin duda alguna en posesión de «la idea».

—Ya lo tengo —exclamó como si hubiese atrapado un ratón—. Vamos a comprar un coche.

—¡Caramba! ¿No tenemos suficientes problemas cuidando de nosotros mismos?

—Concédeme un segundo para que te lo explique, haz el favor. No tenemos más que dejarle nuestras cosas a Dick, meter un par de maletas en el coche, el coche que nos vamos a comprar (en cualquier caso necesitamos uno en el campo), y ponernos en camino en dirección a New Haven. ¿Comprendes? En cuanto salgamos de la zona donde viven los que vienen a trabajar a Nueva York, los alquileres serán más baratos, y tan pronto como encontremos una casa que nos guste, nos instalamos.

La aparente simplicidad del plan logró despertar en Gloria un letárgico entusiasmo, y, pavoneándose por la habitación, Anthony simulaba estar en posesión de una dinámica e irresistible eficiencia.

—Mañana nos compraremos el coche.

La vida, siempre cojeando detrás de las botas de diez leguas de la imaginación, los vio salir de la ciudad una semana más tarde en un automóvil barato pero relucientemente nuevo, atravesar el caótico e ininteligible Bronx y seguir luego por un amplio y lóbrego distrito en el que se iban sucediendo melancólicos eriales de color azul verdoso y arrabales de tremenda y sórdida actividad. Salieron de Nueva York a las once y considerablemente después del cálido y beatífico mediodía iniciaron gallardamente la travesía de Pelham.

—Esto no son pueblos —dijo Gloria desdeñosamente—; tan solo manzanas de casas de la ciudad dejadas caer fríamente en zonas vacías. Supongo que todos los hombres que vivan aquí tendrán manchas en el bigote por beberse el café demasiado deprisa antes de ir a trabajar.

—Y jugarán al pinacle mientras van en el tren.

—¿Qué es el pinacle?

—Note tomes las cosas tan al pie de la letra. ¿Cómo quieres que lo sepa? Pero da toda la impresión de que es a eso a lo que juegan.

—Me gusta el nombre. Suena como si fuera un juego en el que hay que hacer crujir los nudillos o algo parecido… Déjame conducir.

Anthony la miró con desconfianza.

—¿Me juras que eres una buena conductora?

—Desde que tenía catorce años.

Anthony detuvo el coche con muchas precauciones a un lado de la carretera y Gloria y él cambiaron de asiento. Luego, con un horrible chirrido, el automóvil se puso en marcha, mientras Gloria lanzaba una carcajada que su marido juzgó inquietante y de muy mal gusto.

—¡Allá vamos! —gritó Gloria—. ¡Yupiii!

Sus cabezas saltaron hacia atrás como marionetas movidas por la misma cuerda al salir disparado el coche y describir luego un círculo alrededor de un carro de la leche completamente inmóvil, cuyo conductor se incorporó de su asiento para perseguirlos a gritos. Echando mano de la inmemorial tradición de la carretera, Anthony replicó con algunos breves epigramas sobre la vulgaridad de los repartidores de leche. No tardó mucho, sin embargo, en dar por terminadas sus observaciones y concentrar su atención en Gloria con el creciente convencimiento de que había cometido un grave error al ceder el control del automóvil y de que su mujer era una conductora sujeta a muchas excentricidades e infinitamente descuidada.

—No te olvides —le advirtió con evidente nerviosismo— de lo que dijo el hombre de la tienda: no debemos ir a más de veinte por hora durante las primeras cinco mil millas.

Gloria hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza, pero —sin duda con la intención de cubrir la distancia mencionada en el menor tiempo posible— aumentó levemente la velocidad. Unos instantes después, Anthony hizo otro intento.

—¿Ves ese cartel? ¿Es que quieres que nos detengan?

—¡Anthony, por el amor del cielo! — exclamó Gloria, exasperada—. ¡Siempre lo exageras todo!

—Bueno, no quiero que me detengan, eso es todo.

—¿Quién te ha detenido? ¿Por qué te pones tan pesado? Como anoche, con mi medicina para la tos.

—Era por tu propio bien.

—¡Ja! Es como seguir viviendo con mi madre.

—¿Te parece bien decirme esas cosas?

Un policía surgió bruscamente ante ellos para ser sobrepasado instantes después.

—¿Lo has visto? —preguntó Anthony.

—¡Me estás volviendo loca! ¿Acaso nos ha detenido?

—Cuando lo haga será demasiado tarde —contrarrestó Anthony brillantemente.

La réplica de Gloria fue desdeñosa, casi como si se sintiera ofendida.

—¡Vaya, este cacharro viejo no va a más de treinta y cinco!

—No es viejo.

—Lo es en espíritu.

Aquella tarde el automóvil se unió a la ropa sucia y a las costumbres alimenticias de Gloria para completar una trinidad de puntos de fricción. Anthony le advirtió sobre las vías del ferrocarril; le señaló los coches que se acercaban, y, finalmente, insistió en recuperar el volante, y una Gloria furiosa y ofendida permaneció en silencio a su lado entre Larchmont y Rye.

Pero gracias a este furioso silencio de Gloria la casa gris llegó a materializarse, porque, nada más atravesar Rye, Anthony se declaró vencido y volvió a cederle el volante. Ante su muda súplica, Gloria —inmediatamente recuperado el buen humor— prometió conducir con más cuidado. Pero debido a que un tranvía descortés insistía sin la menor consideración en permanecer sobre sus raíles, Gloria torció por una calle lateral, y aquella tarde ya no fue capaz de encontrar el camino de vuelta a Post Road. La calle con la que en última instancia la confundieron perdió su aspecto de Post Road cinco millas más allá de Cos Cob. El asfalto se convirtió en grava y luego en tierra, y la calzada, cada vez más estrecha, llegó a adquirir una linde de arces, por entre cuyas hojas se filtraba el sol del oeste, repitiendo sus interminables experimentos de dibujos de sombras sobre las hierbas altas.

—Nos hemos perdido —se quejó Anthony.

—¡Lee ese cartel!

—«Marietta, Cinco Millas». ¿Qué es Marietta?

—No lo he oído nunca, pero será mejor seguir. Aquí no podemos dar la vuelta y probablemente habrá una desviación para coger otra vez Post Road.

En el camino iban apareciendo surcos cada vez más hondos e insidiosos salientes de piedra. Después de dejar

atrás tres casas de labranza, surgió ante ellos el pueblo: un grupo de techos grisáceos en torno a un alto chapitel blanco.

Gloria, al dudar entre dos vías de acceso y decidirse demasiado tarde, pasó por encima de una boca de incendios y rompió la transmisión del coche.

Ya había oscurecido cuando el corredor de fincas de Marietta les enseñó la casa gris. La encontraron nada más salir del pueblo en dirección este, donde descansaba recortándose contra un cielo que era un cálido manto azul abotonado con minúsculas estrellas. La casa gris ya había estado allí cuando las mujeres que tenían gatos eran probablemente brujas, cuando Paul Revere fabricaba dientes postizos en Boston antes de incitar a la rebelión a un gran pueblo de comerciantes, cuando nuestros antepasados desertaban gloriosamente del ejército de George Washington a centenares. Desde aquellos días la casa había sido reforzada en una esquina algo débil, la distribución era distinta, las paredes habían sido enlucidas recientemente, y contaba además con la adición de una cocina y de un porche lateral. Pero, con la excepción del tejado rojo de hojalata que algún patán con buen humor le había puesto a la nueva cocina, el estilo de la casa seguía siendo decididamente colonial.

—¿Cómo se les ha ocurrido venir a Marietta? —preguntó el corredor de fincas con una actitud inquisitiva que era prima hermana de la desconfianza, mientras les enseñaba cuatro espaciosos y bien ventilados dormitorios.

—Hemos tenido un accidente —explicó Gloria—. Pasé con el coche por encima de una boca de incendios y tuvieron que remolcarnos hasta el garaje. Fue entonces cuando vimos el letrero de su agencia.

El corredor hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, incapaz de entender aquel arranque de espontaneidad. Había algo sutilmente inmoral en hacer cualquier cosa sin varios meses de reflexión.

Firmaron el contrato de arrendamiento aquella noche y regresaron jubilosos, en el coche del corredor, a un somnoliento y ruinoso hotel de Marietta, demasiado venido a menos incluso para los fortuitos y culpables encuentros que suelen tener por escenario cualquier hospedería rural al borde de una carretera. Pasaron despiertos la mitad de la noche planeando las cosas que iban a hacer en la casa gris. Anthony trabajaría en su historia a un ritmo sorprendente y se congraciaría así con su sarcástico abuelo… Cuando el automóvil estuviese arreglado explorarían los alrededores y se harían socios del club más próximo que les gustara de verdad, donde Gloria jugaría al golf «o a algo parecido» mientras Anthony escribía. Aquello, por supuesto, era una ocurrencia de Anthony: Gloria estaba segura de que solo quería leer y soñar y que un criado angélico (todavía relegado a una imprecisa tierra de nadie) le trajese sándwiches de tomate y limonada. Entre párrafo y párrafo, Anthony vendría a besarla mientras ella yacía, indolente, en la hamaca… ¡La hamaca! Una multitud de nuevos sueños surgió ante Gloria en armonía con su imaginado vaivén al balancearla el viento, mientras el calor del sol hacía vibrar la atmósfera sobre el trigo florecido, o la carretera polvorienta se llenaba de salpicaduras y se oscurecía con la sosegada lluvia del verano…

E invitados… al llegar a este punto Gloria y Anthony mantuvieron una larga discusión, ambos tratando de comportarse de manera extraordinariamente madura y previsora. Anthony sostenía que necesitarían gente por lo menos cada dos fines de semana «para cambiar un poco». Esto provocó un diálogo muy complicado y

extraordinariamente sentimental sobre si Anthony no consideraba a Gloria cambio suficiente. Aunque él aseguraba que sí, ella insistía en ponerlo en duda… Finalmente la conversación recuperó su eterna monotonía: «Entonces, ¿qué? ¿Qué vamos a hacer en ese caso?».

—Bueno, tendremos un perro —sugirió Anthony.

—Un perro, no. Yo quiero un gato. — Gloria se extendió con gran entusiasmo sobre la historia, costumbres y gustos de un gato que había tenido en cierta ocasión. Anthony llegó a la conclusión de que tenía que haberse tratado de un ser horrible, tan carente de magnetismo personal como de verdadera fidelidad.

Después se durmieron, para despertar una hora antes del amanecer con la casa gris —adornada de fantasmal esplendor— danzando ante sus ojos deslumbrados.

El alma de Gloria

Aquel otoño la casa gris los recibió con un torrente de sentimiento que desmentía por completo el supuesto cinismo de sus muchos años. Es cierto que seguía existiendo la ropa sucia, las peculiaridades alimenticias de Gloria, la tendencia de Anthony a deprimirse y su «nerviosismo» imaginativo, pero también disfrutaba de intervalos de inesperada serenidad. Sentados muy juntos en el porche, esperaban a que la luna se alzara sobre los plateados campos de labor, y después de iluminar un espeso bosque, viniera a caer a sus pies en olas refulgentes. Bajo aquel claro de luna el rostro de Gloria adquiría una penetrante y evocadora blancura, y con un mínimo de esfuerzo los dos lograban quitarse las anteojeras de la costumbre y descubrir en el otro algo muy semejante al auténtico atractivo romántico de aquel junio ya desvanecido.

Una noche, mientras la cabeza de Gloria descansaba sobre el pecho de su marido y los cigarrillos de ambos brillaban como zigzagueantes botones de luz en la cúpula de oscuridad sobre la cama, ella habló por vez primera y de forma fragmentaria de los hombres que se habían aferrado durante breves momentos a su belleza.

—¿Piensas alguna vez en ellos? —le preguntó él.

—Raras veces... solo cuando sucede algo que me hace recordarlos.

—¿Qué es lo que recuerdas… sus besos?

—Muchas cosas distintas… Los hombres son diferentes con las mujeres.

—¿Diferentes en qué sentido?

—Completamente diferentes… y de manera imposible de explicar. Hombres con una sólida reputación de ser de esta o aquella manera, se mostraban a veces sorprendentemente incongruentes conmigo. Otros con fama de brutales eran tiernos; los insignificantes resultaban asombrosamente leales y dignos de afecto, y, a menudo, hombres honorables adoptaban actitudes que eran todo menos honorables.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, tienes a Percy Wolcott, un muchacho procedente de la universidad de Cornell que se había comportado como un héroe durante sus años de estudiante, era un gran atleta y había salvado a mucha gente en un fuego o algo parecido. Pero yo descubrí muy pronto que era estúpido de una manera bastante peligrosa.

—¿De qué manera?

—Parece que se había hecho una idea muy ingenua de la mujer «adecuada para ser su esposa», una idea peculiar

con la que solía tropezarme con mucha frecuencia y que siempre me sacaba de quicio. Percy Wolcott exigía una chica que nadie hubiese besado, y a la que le gustase coser y quedarse en casa y rendir tributo a su amor propio. Y me apuesto cualquier cosa a que si ha conseguido una idiota que se quede en casa y haga la estúpida por él, Percy se estará desquitando de tapadillo con alguna moza mucho más animada.

—Lo sentiría por su mujer.

—Yo no. Piensa en lo idiota que tendría que ser para no darse cuenta antes de casarse. Percy era el tipo de hombre cuya idea de honrar y respetar a una mujer consiste en no proporcionarle nunca ninguna emoción. Con la mejor de las intenciones estaba hundido hasta el cuello en la época feudal.

—¿Cuál era su actitud contigo?

—Estoy llegando a ello. Como ya te he dicho (¿o no te lo he dicho?), era extraordinariamente apuesto: grandes ojos castaños llenos de honradez y una de esas sonrisas que garantizan un corazón de oro de veinte quilates. Como yo era joven y crédula, pensé que tenía un mínimo de discreción, así que una noche lo besé con ardor cuando estábamos dando un paseo después de un baile en el Homestead de Hot Springs. Había sido una semana maravillosa, lo recuerdo bien, con árboles exquisitos extendidos como espuma verde, o algo parecido, por todo el valle y una bruma que salía de ellos en las mañanas de octubre, como humo de hogueras encendidas para volverlos de color marrón…

—¿Qué pasó con tu amigo el de los nobles ideales? —interrumpió Anthony.

—Parece ser que después de besarme empezó a pensar que quizá pudiera conseguir un poco más, que no hacía

falta «respetarme» como a esa encantadora chica de sus sueños a lo Beatrice Fairfax.

—¿Y qué fue lo que hizo?

—No mucho. Le di un empujón y se cayó por un terraplén de dieciséis pies de altura casi antes de empezar.

—¿Se hizo daño? —preguntó Anthony riendo.

—Se rompió un brazo y se torció un tobillo. Se dedicó a contar la historia por todo Hot Springs, y cuando tuvo el brazo curado un tipo llamado Barley a quien yo le gustaba se peleó con él y volvió a rompérselo. Fue un lío terrible. Wolcott amenazó con demandar a Barley, y a Barley (que era de Georgia) lo vieron comprando una pistola en la ciudad. Pero antes de eso mi madre me había llevado otra vez al norte, muy en contra de mi voluntad, de manera que nunca llegué a saber lo que pasó… aunque una vez vi a Barley en el vestíbulo del Vanderbilt.

Anthony rio largamente a carcajadas.

—¡Vaya carrera! Quizá tendría que ponerme furioso saber que has besado a tantos hombres, pero lo cierto es que no se me ocurre hacerlo.

Al oír esto Gloria se incorporó en la cama.

—Es curioso, pero estoy completamente segura de que esos besos no dejaron ninguna marca en mí (me refiero a un rastro de promiscuidad), aunque un hombre me habló una vez completamente en serio de lo mucho que le desagradaba pensar que yo había sido un vaso del que bebía todo el mundo.

—¡Qué cara más dura!

—Yo me eché a reír y le dije que pensara en mí como una copa de la amistad que va pasando de mano en mano sin que por ello se la tenga menos aprecio.

—Por alguna razón no me molesta… claro está que me molestaría si hubieses hecho algo más que besarlos. Pero estoy convencido de que tú eres absolutamente incapaz de celos como no sea en forma de vanidad herida. ¿Por qué no te interesa lo que yo haya hecho? ¿No preferirías que hubiese sido una persona totalmente inocente?

—Todo depende de la impresión que las cosas hagan en ti. Mis besos se debían a que mi acompañante era guapo, o a que había una luna muy bonita, o incluso a que me sentía vagamente sentimental y un poco excitada. Pero eso es todo; no tenían el menor efecto sobre mí. Tú, en cambio, te acordarías y permitirías que esos recuerdos te obsesionaran y preocuparan.

—¿Nunca has besado a nadie como me has besado a mí?

—No —contestó ella con simplicidad—. Como ya te he dicho, los hombres han intentado… bueno, montones de cosas. Cualquier chica bonita ha tenido esa experiencia… ¿Comprendes? —resumió—. No me importa con cuántas mujeres hayas estado en el pasado, siempre que se tratara tan solo de una satisfacción física, pero no creo que pudiera soportar la idea de que hubieses vivido con otra mujer por un largo período de tiempo o incluso que hubieses querido casarte con alguna chica. Resulta diferente, de alguna manera. Existiría el recuerdo de todos esos pequeños detalles de intimidad, y eso echaría a perder esa frescura que, después de todo, es la parte más valiosa del amor.

Extasiado, Anthony hizo que Gloria recostara la cabeza junto a la suya sobre la almohada.

—Querida —susurró—, ¡como si yo pudiese recordar otra cosa que tus besos!

—Anthony —dijo entonces Gloria con voz muy suave—, ¿he oído a alguien decir que tenía sed?

Anthony rio bruscamente y se levantó de la cama con aire divertido.

—Solo con un trocito de hielo en el agua —añadió—. ¿Crees que será posible?

Gloria usaba el diminutivo siempre que pedía un favor; eso hacía que el favor pareciera menos arduo. Anthony rio de nuevo… tanto si quería mucho como poco hielo, él tenía que bajar a la cocina... Su voz le fue siguiendo por el pasillo: «Y una galletita con un poco de mermelada encima…».

—¡Cielos! —suspiró Anthony—, ¡esa chica es única!

¡No hay otra como ella!

—Cuando tengamos un niño —empezó Gloria cierto día (ya estaba decidido que iban a esperar tres años)—, quiero que se parezca a ti.

—Excepto las piernas —insinuó él, solapadamente.

—Sí, claro, excepto las piernas. Tiene que tener las mías. Pero en todo lo demás puede ser como tú.

—¿Mi nariz?

Gloria dudó.

—Bueno, quizá también la mía. Pero tendrá tus ojos, sin duda alguna… y mi boca, e imagino que la forma de mi cara. Quizá tampoco estaría mal que tuviera mi pelo.

—Querida Gloria, te has quedado con todo el niño.

—Bueno, no era esa mi intención —se disculpó ella alegremente.

—Que tenga mi cuello por lo menos —solicitó él, mirándose seriamente en el espejo—. Has dicho muchas veces que te gusta mi cuello porque apenas tengo nuez, y, además, el tuyo es demasiado corto.

—¡Eso no es verdad! —exclamó ella, llena de indignación, volviéndose hacia el espejo—. Tiene las proporciones justas. No creo haber visto nunca un cuello mejor.

—Es demasiado corto —repitió Anthony en broma.

—¿Corto? —Su tono manifestaba exasperado asombro. — ¿Corto? ¡Estás loco! —Se puso a alargarlo y a contraerlo para convencerse a sí misma de su reptílica sinuosidad—. ¿A esto le llamas tú un cuello corto?

—Uno de los más cortos que he visto nunca.

Por primera vez desde hacía varias semanas los ojos de Gloria se llenaron de lágrimas y la mirada que dirigió a su marido.

—¡Anthony!

—¡Cielo santo, Gloria! —Se acercó a ella desconcertado y le sujetó los codos con las manos—. ¡No llores, por favor! ¿No te has dado cuenta de que estaba bromeando? ¡Gloria, mírame! ¡Querida, pero si tienes el cuello más largo que he visto nunca! De verdad.

Sus lágrimas se disolvieron en una difícil sonrisa.

—No tendrías que haberlo dicho, de todas formas. Hablemos del n… niño.

Anthony empezó a pasearse por la habitación y habló como si estuviera ensayando un debate.

—Para decirlo con pocas palabras, hay dos niños que podemos tener, dos niños distintos, perfectamente diferenciados. Está el niño combinación de lo mejor en cada uno de nosotros. Tu cuerpo, mis ojos, mi cerebro, tu inteligencia. Y luego está el niño que reuniría lo peor de los dos, mi cuerpo, tu genio y mi falta de decisión.

—Me gusta el segundo —dijo ella.

—Lo que realmente me gustaría —continuó Anthony— sería tener dos grupos de trillizos con un año de diferencia y luego hacer experimentos con los seis…

—Pobre de mí —protestó ella.

—… educaría a cada uno en un país distinto y con un sistema diferente, y cuando tuvieran veintitrés años los reuniría para ver cómo son.

—Pero que tengan todos mi cuello — sugirió Gloria.

El final de un capítulo

Después de una larga espera el automóvil quedó reparado, y con frío espíritu vengativo retomó, donde la había dejado, la tarea de causar infinitas disensiones. ¿Quién debería conducir? ¿A qué velocidad tendría que ir Gloria? Estas dos preguntas y las eternas recriminaciones que las acompañaban se prolongaron durante días. Recorrieron los pueblos situados en Post Road: Rye, Portchester y Greenwich, y visitaron a una docena de amigos y amigas (en su mayor parte de Gloria) que parecían hallarse invariablemente en diferentes estadios de la producción de niños, y que por este motivo, y también por otros, aburrieron a Gloria hasta llevarla al borde del desequilibrio nervioso. Por espacio de una hora después de cada visita, se mordía las uñas furiosamente y se sentía inclinada a desahogar su rencor sobre Anthony.

—Odio a las mujeres —exclamaba de malhumor—. No me queda más remedio que recurrir a esas tonterías de que hablan siempre las señoras. Me he tenido que entusiasmar con una docena de niños que únicamente me apetecía estrangular. Y cada una de esas chicas o está empezando a tener celos y a sospechar de su marido, si es agradable, o a aburrirse con él si no lo es.

—¿No piensas ver nunca a ninguna mujer?

—No lo sé. Nunca me parece que jueguen limpio… nunca, nunca. Excepto unas pocas. Constance Shaw, ya sabes, la mistress Merrian que vino a vernos el martes pasado, es casi la única. ¡Es tan alta y tiene un aire tan sincero y majestuoso!

—No me gustan las chicas tan altas.

Fueron a varias cenas con baile en diferentes clubes de campo, pero decidieron que el otoño estaba demasiado próximo para «salir» de manera sistemática, aunque realmente les hubiese apetecido. A Anthony no le gustaba nada el golf, a Gloria solo a medias, y si bien disfrutó con las atenciones que algunos estudiantes le dedicaron una noche y le agradó que Anthony se sintiera orgulloso de su belleza, también advirtió que la anfitriona de aquella velada, una tal mistress Granby, se disgustó hasta cierto punto porque el compañero de promoción de Anthony, Alec Granby, también la hacía objeto de sus atenciones. Los Granby no volvieron a telefonearles, y aunque Gloria fingió no darle importancia, le molestó, y no poco.

—¿Comprendes? —le explicó a Anthony—. Si yo no estuviese casada no le preocuparía, pero ha visto las películas de su época y piensa que quizá sea una vampiresa. Mi problema es que tranquilizar a esas personas requiere un esfuerzo que no estoy dispuesta a hacer… ¡Y todos aquellos guapos muchachitos poniéndome ojos tiernos y diciéndome piropos estúpidos! Ya no soy una niña, Anthony.

Marietta tampoco ofrecía mucha vida social. Media docena de grandes propiedades formaban una especie de hexágono a su alrededor, pero pertenecían a ancianos que solo se dejaban ver como bultos inertes de pelo gris en el asiento de atrás de su automóvil camino de la estación, adonde iban algunas veces acompañados por sus igualmente ancianas y doblemente masivas esposas. La

gente del pueblo pertenecía a un tipo poco interesante: predominaban las mujeres solteras, sin otro horizonte que las fiestas escolares, y almas tan sombrías como la repulsiva arquitectura blanca de las tres iglesias. La única persona de la localidad con quien mantuvieron un estrecho contacto fue la muchacha sueca de amplias caderas y anchos hombros que contrataron como asistenta. Era una mujer silenciosa y eficiente, y Gloria, después de encontrarla llorando amargamente sobre la mesa de la cocina con la cabeza escondida entre los brazos, empezó a sentir hacia ella un extraño miedo y dejó de quejarse de la comida. Gracias a su callado y esotérico dolor la chica sueca siguió en la casa.

La afición de Gloria a las premoniciones y sus explosiones de vago sobrenaturalismo resultaron una sorpresa para Anthony. Algún complejo, adecuada y científicamente inhibido en los primeros años de su vida con una madre bilfista, o alguna hipersensibilidad heredada, la hacían susceptible a cualquier sugestión psíquica, y, aunque nada crédula sobre las motivaciones de las personas vivas, tendía a creer cualquier suceso extraordinario atribuido a los caprichosos paseos de los muertos. Los terribles crujidos de la vieja casa en las noches de viento, que para Anthony eran ladrones empuñando una pistola, representaban para Gloria los perversos e intranquilos efluvios de las generaciones muertas, que expiaban lo inexpiable sobre el antiguo y romántico hogar de la chimenea. Una noche, debido a dos golpes muy rápidos y violentos en el piso de abajo, que Anthony fue a investigar lleno de miedo pero sin resultado alguno, se quedaron los dos despiertos casi hasta el amanecer haciéndose el uno al otro preguntas dignas de un examen escrito sobre la historia del mundo.

En octubre Muriel fue a hacerles una visita de dos semanas. Gloria le había puesto una conferencia, y miss

Kane terminó la conversación diciendo, de manera muy característica: «De acuerdo. ¡Iré y la animación corre de mi cuenta!». Cuando llegó lo hizo con una docena de canciones del momento bajo el brazo.

—Os hace falta un fonógrafo aquí en el campo —dijo—; un Vic pequeño: no cuestan demasiado. Así, cuando os sintierais melancólicos, tendríais a Caruso y a Al Jolson en vuestra propia casa.

Casi consiguió volver loco a Anthony diciéndole que «era el primer hombre inteligente que había conocido y que a ella le cansaba mucho la gente superficial». Anthony se preguntaba cómo era posible que alguien se enamorara de personas así. Pero supuso que contemplándola con mirada apasionada quizá fuera posible verla como una criatura suave y prometedora.

Gloria, por su parte, exhibiendo sin rebozo su amor por Anthony, logró un estado de ronroneante satisfacción.

Finalmente, Richard Caramel pasó con ellos un locuaz fin de semana literario, muy penoso para Gloria. Dick habló con Anthony largo y tendido sobre sí mismo mientras ella dormía con infantil inocencia en el piso de arriba.

—Este éxito mío ha sido una cosa muy curiosa —dijo Dick——. Muy poco antes de que apareciese la novela estuve intentando, sin resultado, vender algunos relatos breves. Luego, después de publicarse el libro, he revisado un poco tres de ellos y los ha aceptado una de las revistas que no los quiso. Ya he escrito bastantes desde entonces; la editorial no me pagará el libro hasta el invierno.

—No permitas que los despojos se apoderen del vencedor.

—¿Te refieres a escribir porquerías? — Se detuvo un momento a considerar—. Si hablas de añadir

deliberadamente un final sentimental a cada uno, no lo estoy haciendo. Pero imagino que no soy demasiado cuidadoso. Desde luego escribo más deprisa y me parece que no pienso las cosas tanto como solía. Quizá se deba a que no hablo con nadie ahora que tú te has casado y Maury se ha ido a Filadelfia. Me falta el impulso que tenía antes y la ambición. El éxito rápido, y todo eso.

—¿Y no estás preocupado?

—Terriblemente. Me siento dominado por un nerviosismo que debe de ser como el del cazador ante su primera pieza… es una especie de intensa falta de naturalidad literaria que se apodera de mí cuando intento forzarme. Pero los días en que me parece que no puedo escribir no son los peores. Lo peor es empezar a preguntarse si hay alguna obra que merezca le pena, quiero decir, si soy algo más que un bufón pretencioso.

—Me gusta oírte hablar así —dijo Anthony con un toque de su antigua superioridad llena de insolencia—. Temía que el éxito te hubiera entontecido un poco. Leí la más detestable entrevista que te han…

Dick le interrumpió con un gesto atormentado.

—¡Por favor! No me hables de ella. La escribió una joven que destilaba admiración por todos los poros. No se cansaba de repetir que mi obra tenía «fuerza», y creo que perdí un tanto la cabeza e hice muchas afirmaciones bastante extrañas. Aunque algunas cosas no estaban mal, ¿no crees?

—Sí, es cierto; aquella parte sobre el autor prudente que escribía para los jóvenes de su generación, los críticos de la siguiente y los profesores de todas las generaciones futuras.

—Creo que en gran parte es cierto — admitió Richard Caramel con una débil sonrisa de complacencia—. Pero fue una equivocación decirlo para que lo publicaran.

En noviembre regresaron al apartamento de Anthony, de donde hicieron triunfantes salidas a los partidos de fútbol americano entre Yale y Harvard y Harvard y Princeton, a la pista para patinar sobre hielo de St. Nicholas, a todos los teatros y a muchas fiestas, desde pequeños bailes sin importancia hasta los grandes acontecimientos, que tanto le gustaban a Gloria, en las pocas casas donde lacayos con pelucas empolvadas se deslizaban por los salones como perfectas encarnaciones de la nostalgia británica, bajo la dirección de gigantescos mayordomos. Tenían intención de marcharse al extranjero a primeros de año o, en todo caso, cuando acabara la guerra. Anthony había terminado un ensayo a lo Chesterton sobre el siglo XII que podría servir de introducción al libro que se proponía escribir, y Gloria había realizado investigaciones muy amplias sobre el tema de los abrigos de martas cibelinas… De hecho, el invierno se acercaba de manera bastante agradable cuando, a mediados de diciembre, el demiurgo bilfista decidió repentinamente que el alma de mistress Gilbert había envejecido lo suficiente en su actual encarnación. El resultado fue que Anthony tuvo que llevar a una desdichada e histérica Gloria a Kansas City, donde, de la manera habitual, participaron en la terrible experiencia de rendir un último tributo de respeto a los seres queridos.

Mr. Gilbert, por primera y última vez en su vida, se convirtió en una figura verdaderamente patética. Irónicamente, la mujer a quien había adiestrado para cuidar de su cuerpo y compartir sus opiniones lo había abandonado cuando ya no iba a ser capaz de seguir manteniéndola mucho tiempo. Nunca más podría aburrir y avasallar a un alma humana de manera tan satisfactoria.

2. Simposio

Gloria había conseguido adormecer la mente de Anthony. Ella, que parecía la más lista y la más hermosa de las mujeres, colgaba como una brillante cortina delante de sus puertas interiores, impidiendo que pasara la luz del sol. En aquellos primeros años, lo que Anthony creía llevaba invariablemente la marca de Gloria; él veía siempre el sol a través del dibujo de la cortina

Fue una especie de dejadez lo que les llevó un segundo verano a Marietta. Durante la dorada primavera —dominados por una especie de inquietud y perezosamente extravagantes— vagabundearon por la costa de California, uniéndose de cuando en cuando con otros grupos y trasladándose de Pasadena a Coronado, y de Coronado a Santa Barbara, sin otro propósito definido que el deseo de Gloria de bailar con una música diferente o de captar alguna variación infinitesimal entre los cambiantes colores del océano. Del Pacífico se alzaban para recibirlos abruptas zonas rocosas y establecimientos hoteleros igualmente bárbaros, donde a la hora del té uno puede adormecerse en un lánguido bazar de objetos de mimbre, dignificado por la última moda deportiva de Southampton, Lake Forest, Newport y Palm Beach. Y, mientras las olas se mezclaban y salpicaban y brillaban en la más tranquila de las bahías, ellos se incorporaban a este grupo o a aquel, y con ellos iban de una estación de ferrocarril a otra, quejándose siempre de las extrañas e insustanciales diversiones que les aguardaban más allá del próximo valle lleno de verdura y de árboles frutales.

Vivían con grupos de personas saludables y algo simples dedicadas al ocio. Los mejores de entre los hombres tenían un aire estudiantil que no resultaba desagradable; parecían

hallarse en una lista de perpetuos candidatos para alguna etérea fraternidad universitaria ampliada de manera indefinida al mundo exterior. Las mujeres, de belleza por encima de lo normal, frágilmente atléticas, eran de una total ineptitud como anfitrionas, pero encantadoras e infinitamente decorativas como huéspedes. Con serenidad y gracia bailaban al compás de los ritmos que consideraban adecuados durante las tibias horas del té, realizando con cierta dignidad movimientos horriblemente caricaturizados por dependientes y coristas a todo lo largo y ancho del país. Parecía irónico que en este solitario y desacreditado retoño de las artes, los americanos sobresalieran de manera incuestionable.

Después de bailar y chapotear a lo largo de una pródiga primavera, Anthony y Gloria descubrieron que habían gastado demasiado dinero y que tenían que retirarse durante cierto tiempo. Estaba el «trabajo» de Anthony, decían ellos. Casi antes de darse cuenta se hallaban otra vez en la casa gris, más conscientes de que otros amantes habían dormido allí, de que otros nombres habían resonado por encima de las barandillas y de que otras parejas se habían sentado en los escalones del porche contemplando los campos de un verde grisáceo y la masa negra de los bosques que quedaban detrás.

Anthony seguía siendo el mismo, más inquieto, inclinado a animarse tan solo bajo el estímulo de varios whiskies y manifestando una leve, casi imperceptible, apatía hacia su mujer. Gloria, por su parte, cumpliría veinticuatro años en febrero y experimentaba un terror que resultaba muy atractivo pero que era totalmente sincero. ¡Seis años para llegar a los treinta! Si hubiese estado menos enamorada de Anthony, la sensación de paso del tiempo habría encontrado expresión en un nuevo interesarse por otros hombres, en un deliberado propósito de extraer un pasajero destello de ilusión romántica de cada posible amante que la miraba

disimuladamente desde el otro lado de una resplandeciente mesa de comedor.

—Creo que si quisiera algo lo cogería —le dijo en una ocasión a Anthony—. Esa ha sido siempre mi actitud. Pero te quiero a ti, de manera que no tengo sitio para ningún otro deseo.

Iban en dirección este, a través de un estado de Indiana reseco y sin vida, y Gloria había alzado los ojos de una de sus queridas revistas de cine para encontrarse con que una conversación trivial se convertía de pronto en seria.

Anthony frunció el entrecejo mientras miraba por la ventanilla del tren. Al cruzar la vía férrea una carretera secundaria, vio por unos instantes a un granjero en su carro; estaba masticando una paja y era, al parecer, el mismo granjero que ya habían dejado atrás una docena de veces, aguardando inmóvil, dotado de un silencioso y maligno simbolismo. Al volverse hacia Gloria, el ceño de Anthony se hizo más pronunciado.

—Me preocupas —protestó—; yo sí me imagino deseando a otra mujer bajo ciertas circunstancias momentáneas, pero no me imagino cediendo a ese impulso.

—Pero yo no siento así las cosas, Anthony. No veo razón para oponer resistencia a las cosas que quiero. Lo mío es no quererlas… es desearte solo a ti.

—Pero cuando pienso en que podrías encapricharte con alguien…

—¡No seas idiota! —exclamó ella—. No tendría nada de casual. Y ni siquiera soy capaz de imaginarme la posibilidad.

Esto puso fin a la conversación de manera concluyente. El persistente afecto de Anthony hacía que Gloria fuese más feliz en su compañía que en la de cualquier otra

persona. Disfrutaba positivamente con él… lo quería. De manera que el verano empezó de manera muy semejante a como se iniciara el anterior.

Había, sin embargo, un cambio radical en la familia. La escandinava de corazón de hielo, cuya austera cocina y manera burlona de servir la mesa tanto habían deprimido a Gloria, cedió el sitio a un japonés extraordinariamente eficiente cuyo nombre era Tanalahaka, pero que confesaba atender a cualquier requerimiento que incluyera el bisílabo «rana».

Tana era muy pequeño, incluso para ser japonés, y exhibía una concepción relativamente ingenua de sí mismo como hombre de mundo. El día de su llegada, procedente de la Acreditada Agencia Japonesa de Colocación R. Gugimoniki, Tana llamó a Anthony a su habitación para enseñarle los tesoros de su baúl. Uno de ellos era una voluminosa colección de tarjetas postales japonesas, que él se mostraba dispuesto a explicar a su amo inmediatamente, una por una, y con gran lujo de detalles. Entre ellas había media docena de contenido pornográfico y de origen claramente americano, aunque, modestamente, los editores habían omitido sus nombres, dejando el reverso completamente en blanco. Tana extrajo a continuación algunos de sus trabajos manuales: unos pantalones americanos hechos por él mismo, y dos juegos completos de ropa interior de seda. De manera confidencial informó a Anthony sobre la utilización que pensaba dar a estos últimos. El siguiente objeto fue una copia bastante aceptable de un grabado de Abraham Lincoln, a cuyo rostro se había incorporado un inconfundible aire japonés. En último lugar apareció una flauta; la había hecho él pero estaba rota: Tana pensaba arreglarla muy pronto.

Después de este cortés ceremonial, que Anthony supuso ser originariamente japonés, Tana pronunció una larga

perorata en inglés chapurreado sobre las relaciones entre amo y criado, de la que Anthony dedujo que había trabajado en casas con mucha servidumbre, pero que siempre se peleaba con sus compañeros porque no eran honestos. Dedicaron mucho tiempo a la palabra «honestos», y de hecho los dos llegaron a enfadarse bastante, porque Anthony insistía testarudamente en que Tana trataba de decir «abejorros», llegando incluso al extremo de zumbar a la manera de una abeja y de agitar los brazos para imitar el movimiento de sus alas.

Al cabo de tres cuartos de hora Anthony fue puesto en libertad con la amable promesa de que continuarían aquellas charlas tan agradables y Tana le contaría «cómo hacemos las cosas en mi país».

Esa fue la primera intervención del locuaz Tana en la casa gris… y, desde luego, cumplió su promesa. Aunque concienzudo y honesto, era también, sin duda, terriblemente pesado. Parecía incapaz de controlar la lengua, pasando a veces de un párrafo al siguiente con una mirada casi de sufrimiento en sus ojillos castaños.

Los domingos y los lunes por la tarde leía las historietas del suplemento dominical de los periódicos. Una de ellas, en la que intervenía un chistoso mayordomo japonés, le divertía enormemente, aunque insistía en que el protagonista, que a Anthony le parecía claramente oriental, tenía en realidad facciones americanas. La dificultad con las historietas era que cuando, ayudado por Anthony, Tana lograba deletrear los rótulos de las tres últimas viñetas y asimilaba su contenido con un recogimiento sin duda adecuado para la Crítica de Kant, había olvidado por completo de qué trataban los primeros dibujos.

A mediados de junio Anthony y Gloria celebraron su primer aniversario con una «cita». Anthony llamó a la puerta y Gloria corrió a abrirle. Luego se sentaron juntos

en el sofá, diciéndose las ternezas que cada uno había inventado para el otro, nuevas combinaciones de expresiones de afecto tan viejas como el mundo. Esta «cita», sin embargo, no tuvo que culminar con el rito de un «Buenas noches» apenas audible y su consiguiente éxtasis de pesadumbre.

A finales de junio, el horror lanzó a Gloria una mirada de soslayo, para luego atacarla y darle un susto que supuso para su alma radiante un retroceso de media generación. Después el horror fue desvaneciéndose lentamente, regresando a la impenetrable oscuridad de donde había salido… pero llevándose, inexorablemente, una porción de juventud.

Con infalible sentido de lo dramático, eligió una pequeña estación de ferrocarril en una mísera aldea próxima a Portchester. El andén permanecía todo el día tan despejado como una pradera, expuesto a la polvorienta luz del sol y a las miradas del más molesto tipo de campesino: el que vive cerca de una gran ciudad y ha logrado su barata elegancia sin alcanzar su urbanidad. Una docena de aquellos patanes, de ojos enrojecidos y tan lúgubres como espantapájaros, presenciaron el incidente. Sus obtusas mentes apenas comprendieron lo que sucedía; los más insensibles lo tomaron por un vulgar chiste grosero, y los más sensibles por una escena vergonzosa, pero, mientras tanto, sobre aquel andén, una parte del esplendor del mundo se desvaneció para siempre.

Anthony había estado sentado con Eric Merrian junto a un frasco de whisky durante toda la calurosa tarde de verano, mientras Gloria y Constance Merrian nadaban y tomaban el sol en el Beach Club: la mujer de Eric bajo un toldo a rayas, y Gloria tumbada sobre la suave arena caliente, bronceándose las inevitables piernas. Más tarde los cuatro mordisquearon unos insignificantes sándwiches;

luego Gloria se puso en pie, y dio un golpecito con la sombrilla en la rodilla de Anthony para atraer su atención.

—Tenemos que irnos, querido.

—¿Ahora? —Anthony la miró contrariado. En aquel momento nada parecía tan importante como holgazanear bajo el porche sombreado bebiendo whisky añejo, mientras su anfitrión rememoraba interminablemente los manejos entre bastidores de alguna olvidada campaña electoral.

—No nos queda otro remedio —repitió Gloria—. Tomaremos un taxi para ir a la estación… ¡Vamos, Anthony! —exigió con tono algo más imperioso.

—Pero, quizá… —Merrian, su relato interrumpido, puso objeciones convencionales, mientras insidiosamente llenaba el vaso de su huésped con una cantidad de whisky que, a velocidad normal, hubiese tardado por lo menos diez minutos en beber. Pero ante el tono disgustado con que Gloria dijo «¡De verdad, tenemos que irnos!», Anthony se bebió el whisky de un trago, se puso en pie e hizo una florida reverencia a la anfitriona.

—Parece que «tenemos» que irnos — dijo de bastante malhumor.

Un minuto más tarde iba siguiendo a Gloria por un sendero entre altos rosales, mientras la sombrilla de su mujer rozaba suavemente el lozano follaje de junio. Muy poco considerada, pensó Anthony cuando llegaron a la carretera. Con ofendida ingenuidad decidió que Gloria no tendría que haber interrumpido un placer tan inocente y tan sencillo. El whisky había logrado apaciguar y clarificar las zonas de inquietud en el interior de su mente. Se le ocurrió que Gloria ya había adoptado antes la misma actitud en varias ocasiones. ¿Iba él siempre a tener que abandonar agradables episodios por un golpecito de su sombrilla o un simple parpadeo? Su contrariedad se

desdibujó hasta convertirse en mala voluntad, que fue ascendiendo en su interior como una irresistible burbuja. Pero Anthony permaneció silencioso, conteniendo perversamente el deseo de hacer reproches. Hallaron un taxi delante del hotel y fueron en silencio hasta la estación…

Fue entonces cuando Anthony supo lo que quería… Imponer su voluntad a aquella muchacha fría e impenetrable, obtener con un magnífico esfuerzo un dominio que parecía infinitamente deseable.

—¿Por qué no vamos a ver a los Barnes? —dijo sin mirar a Gloria—. No tengo ganas de volver a casa.

Mistress Barnes, de soltera Rachel Jerryl, tenía una casa para el verano a unas cuantas millas de Redgate.

—Estuvimos allí anteayer —contestó ella lacónicamente.

—Estoy seguro de que se alegrarían de vernos. —Se dio cuenta de que no había conseguido un tono suficientemente firme, y alentándose a sí mismo, decidido a no desfallecer, añadió—: Quiero ver a los Barnes. No tengo la menor gana de volver a casa.

—Bueno; yo no tengo ninguna gana de ver a los Barnes.

De repente, se miraron fijamente el uno al otro.

—Vamos, Anthony —dijo ella, dando síntomas de irritación—, estamos a domingo por la noche y lo más probable es que tengan invitados a cenar. ¿Por qué tendríamos que presentarnos a esta hora…?

—Entonces, ¿por qué no nos hemos quedado con los Merrian? —estalló él—. ¿Por qué irnos a casa cuando lo estábamos pasando francamente bien? Nos han pedido que nos quedáramos a cenar.

—¿Qué otra cosa podían hacer? Dame dinero para que saque los billetes.

—¡Nilo sueñes! No estoy de humor para ir en ese maldito tren que está tan caliente como un horno.

Gloria dio una patada sobre el andén.

—¡Anthony, te portas como si estuvieses borracho!

—En absoluto; estoy perfectamente sereno.

Pero su pronunciación resultaba un tanto borrosa y Gloria supo con certeza que aquello no era cierto.

—Si estuvieses sereno me darías el dinero para los billetes.

Pero era demasiado tarde para hablarle de aquella manera. En la mente de Anthony no dominaba ya más que una idea: Gloria estaba siendo egoísta, lo era siempre y seguiría siéndolo a menos que allí y en aquel momento él demostrara ser su dueño. Aquella era la ocasión de las ocasiones, ya que sin motivo alguno Gloria lo había privado de un placer. Su decisión cristalizó, acercándose momentáneamente a un odio sordo y malhumorado.

—No voy a subir al tren —dijo, la voz un poco temblorosa de indignación—. Vamos a ir a ver a los Barnes.

—¡Yo no! —exclamó ella—. Si vas, me iré sola a casa.

—Vete entonces.

Sin añadir una palabra, Gloria se dio la vuelta en dirección a la ventanilla; simultáneamente Anthony recordó que su mujer llevaba encima algún dinero y que no era aquella la victoria que él quería, la victoria que él necesitaba. Dio un paso hacia ella y la agarró del brazo.

—¡Escúchame! —murmuró—, ¡no vas a irte sola!

—Claro que sí… ¡Anthony! —exclamó Gloria al intentar soltarse y descubrir que él le apretaba el brazo con más fuerza.

Él la contempló con ojos semicerrados y mirada malévola.

—¡Suéltame! —Su exclamación tenía un componente de rabia—. Si te queda algo de decencia me soltarás.

—¿Por qué? —Anthony sabía por qué. Pero retenerla allí le producía un confuso orgullo no desprovisto de inseguridad.

—Me voy a casa, ¿entiendes? Y tú tienes que dejarme ir.

—No, no te voy a dejar.

Los ojos de Gloria ardían ya.

—¿Es que vas a hacer una escena aquí?

—¡Lo único que digo es que no te vas! Estoy cansado de tu eterno egoísmo.

—Yo solo quiero irme a casa. —Dos indignadas lágrimas brotaron de sus ojos.

—Esta vez vas a hacer lo que yo digo.

Lentamente el cuerpo de Gloria se enderezó, echando la cabeza para atrás con un gesto de infinito desprecio.

—¡Te odio! —Las palabras, dichas en voz baja con los dientes apretados, salieron de su boca como un chorro de veneno—. ¡Suéltame! ¡Te odio! Trató de zafarse, pero solo consiguió que él le sujetara el otro brazo—. ¡Te odio! ¡Te odio!

Ante la furia de Gloria su incertidumbre se acentuó, pero le pareció que había ido demasiado lejos para volverse atrás. Le parecía que siempre acababa cediendo y que en el fondo de su corazón Gloria lo despreciaba por ello. Quizá

ahora lo odiase, pero después lo admiraría por su autoridad.

El tren, al acercarse, dejó escapar un silbido premonitorio que se desplomó melodramáticamente hacia ellos sobre los relucientes raíles azulados. Gloria tiró y se retorció tratando de librarse y de sus labios salieron palabras más antiguas que el libro del Génesis.

—¡Bruto! — gimió—. ¡Te odio! ¡Bruto, más que bruto!

Sobre el andén de la estación otros presuntos viajeros empezaban a volverse y a mirar; el traqueteo del tren se hizo audible hasta convertirse en clamor. Los esfuerzos de Gloria aumentaron para cesar luego por completo, y se quedó allí temblorosa y con los ojos encendidos, impotente ante aquella humillación, mientras la locomotora, rugiente y estruendosa, penetraba en la estación.

Por debajo de las nubes de vapor y el rechinar de los frenos se oyó la voz de Gloria:

—¡Si hubiese aquí un hombre no podrías hacer eso! ¡No lo podrías hacer! ¡Cobarde, más que cobarde!

Anthony, en silencio, temblando también, la sujetó firmemente, dándose cuenta de los otros que, a docenas, curiosamente impasibles, sombras en un sueño, lo estaban mirando. Luego las campanas destilaron choques metálicos que eran como dolores corporales, las chimeneas lanzaron humo hacia el cielo en lenta aceleración, y durante un momento de ruido y gris turbulencia gaseosa, la línea de caras pasó de largo, alejándose, volviéndose cada vez más borrosa… hasta que, repentinamente, no quedaron más que los oblicuos rayos de sol sobre la vía, y a lo lejos un sonido decreciente, como una sucesión de truenos cada vez más débiles. Anthony soltó los brazos de Gloria. Había vencido.

Ahora, si lo deseaba, podía reír. Había hecho la prueba e impuesto su voluntad mediante la violencia. Convenía que la indulgencia siguiese los pasos de la victoria.

—Alquilaremos un coche aquí y volveremos a Marietta —dijo él, manteniendo una actitud de reserva.

Como respuesta, Gloria le cogió una mano entre las suyas y, llevándosela a la boca, le mordió con violencia en el pulgar. Anthony apenas notó el dolor; al ver que salía sangre, sacó distraídamente el pañuelo y se vendó la herida. Supuso que también aquello era parte del triunfo —era inevitable que el resentimiento por la derrota se manifestara así— y que, por lo tanto, ni siquiera había que darse por enterado.

Gloria sollozaba con gran amargura y casi sin lágrimas.

—¡No iré! ¡No iré! ¡No… me… harás… ir! Has… has matado el amor que alguna vez he sentido por ti, y el respeto. Pero todo lo que queda en mí morirá como me obligues a salir de este sitio. ¡Si hubiese pensado que me pondrías las manos encima…!

—Vas a venir conmigo —dijo él brutalmente—, aunque tenga que llevarte.

Dándose la vuelta, llamó a un taxi y dijo al conductor que fuese a Marietta. El taxista se apeó y abrió la portezuela del coche. Anthony se encaró con su mujer y dijo, apretando los dientes:

—¿Vas a subir… o tendré que subirte yo?

Con un débil grito de infinito dolor y desesperación, Gloria cedió, entrando en el automóvil.

Durante todo el largo trayecto, mientras atravesaban la creciente oscuridad del crepúsculo, Gloria permaneció acurrucada en su lado del asiento, rompiendo a veces el silencio con un solitario sollozo sin lágrimas. Anthony

miraba por la ventanilla, tratando torpemente de entender el significado de lo sucedido, significado que parecía modificarse a cada instante que pasaba. Algo iba mal… el último gemido de Gloria le había tocado una fibra sensible, inquietándolo de la manera más incongruente. Era él quien tenía razón… pero ahora ella no parecía más que una cosa patética, rota y desalentada, más humillada de lo que en justicia le correspondía. Se le habían rasgado las mangas del vestido; la sombrilla había desaparecido, olvidada en el andén. Anthony recordó que se trataba de un vestido nuevo, y que Gloria se había mostrado muy orgullosa de él aquella misma mañana, al salir de casa… Empezó a preguntarse si algún conocido habría presenciado el incidente. Y una y otra vez volvía a revivir la exclamación de Gloria: «Todo lo que queda en mí morirá…».

Esto aumentó su preocupación, haciéndolo sentirse cada vez más confundido. ¡Se ajustaban tan bien aquellas palabras a la Gloria que yacía en el rincón… y que ya no era una Gloria orgullosa, ni ninguna de las Glorias que él había conocido! Se preguntó a sí mismo si era posible. Aunque no creía que hubiese dejado de amarlo —eso era, por supuesto, impensable—, resultaba problemático que Gloria, sin su arrogancia, sin su independencia, sin su confianza virginal en su propio valor, pudiera seguir dándole el mismo esplendor, pudiera seguir siendo la radiante mujer que resultaba maravillosa e incomparable por ser siempre —inefable y triunfalmente— ella misma.

Anthony seguía borracho en aquel momento, tan borracho que no se daba cuenta de que lo estaba. Cuando llegaron a la casa gris se fue a su habitación, y, mientras su mente seguía tratando en vano de justificar sus propias acciones, cayó en la cama, sumiéndose en un profundo letargo.

Era más de la una y el corredor aparecía extraordinariamente silencioso cuando Gloria, con los ojos muy abiertos e incapaz de dormir, lo cruzó y abrió la puerta de la habitación de su marido. Anthony había llegado demasiado aturdido para acordarse de abrir las ventanas, y el aire estaba viciado y con un intenso olor a whisky. Gloria permaneció un momento junto a la cama —una figura de gracia exquisita, esbelta como un muchacho en su pijama de seda—, para dejarse caer luego sobre Anthony en total abandono, despertándolo a medias con la frenética emoción de su abrazo, derramando lágrimas ardientes sobre su garganta.

—¡Anthony! —exclamó apasionadamente—, cariño, ¡no sabes lo que has hecho!

Pero por la mañana, yendo muy pronto a su cuarto, él se arrodilló junto a la cama de Gloria y lloró como un niño pequeño y como si fuese su corazón el que estaba hecho pedazos.

—Anoche —dijo ella gravemente, jugueteando con el pelo de Anthony mientras hablaba—, me pareció que la parte de mí que tú amabas, la parte que merecía la pena conocer, todo el orgullo y todo el fuego, habían desaparecido. Supe que lo que aún quedaba de mí te amaría siempre, pero que ya nunca sería igual.

Sin embargo, Gloria se daba cuenta de que terminaría por olvidar y de que la vida raras veces aniquila, aunque siempre desgaste. Después de aquella mañana nunca se volvió a mencionar el incidente y su honda herida se curó con ayuda de Anthony… y si hubo triunfo, quien lo poseía era una fuerza más oscura que la de ellos y, junto con el triunfo, el conocimiento de los hechos.

***

La independencia de Gloria, como toda cualidad profunda y sincera, había empezado inconscientemente, pero, al descubrirla Anthony y sacarla a la luz, y gracias a la fascinación que causara en él, había llegado a adoptar casi las características de un código muy rígido. Oyendo hablar a Gloria, cabía pensar que gastase toda su energía y toda su vitalidad en una violenta afirmación del principio negativo de «No importarle a uno nada».

—Nada ni nadie —decía Gloria—, excepto yo misma y, por implicación, Anthony. Esa es la regla de toda vida y, aunque no lo fuera, yo seguiría siendo así en cualquier caso. Nadie haría nada por mí si no encontrara alguna satisfacción en ello, y yo estoy dispuesta a hacer exactamente lo mismo.

Gloria se hallaba en el porche de la señora más amable de Marietta cuando dijo esto, y nada más terminar de hablar dejó escapar un curioso grito ahogado y cayó al suelo desmayada.

La señora hizo que volviera en sí y la llevó a casa en su coche. A Gloria se le había pasado por la imaginación que quizá estuviese embarazada.

Se hallaba echada en el sofá del piso bajo. El día acababa tibiamente al otro lado de la ventana, acariciando las últimas rosas en las columnas del porche.

—Lo único que se me ocurre pensar es que te quiero —gimió—. Valoro mi cuerpo porque tú lo encuentras hermoso. ¡Imaginar que este cuerpo mío, tuyo, tenga que volverse feo y deforme! Es simplemente intolerable. Y no creas que me asusta el dolor.

Él trató de consolarla desesperadamente, pero en vano.

—Y después —continuó ella—, quizá tenga caderas anchas y me quede pálida; puede que desaparezca toda mi

lozanía y el brillo de mi pelo.

Anthony se paseó por el cuarto con las manos en los bolsillos, preguntando:

—¿Es seguro?

—No lo sé. Siempre me ha dado horror la obstetricia, o comoquiera que se llame. Pensaba tener un niño alguna vez. Pero no ahora.

—Bueno, por el amor de Dios, no tienes que tomártelo tan a pecho.

Sus sollozos cesaron. Un compasivo silencio pareció brotar de la penumbra que llenaba la habitación.

—Enciende la luz —suplicó ella—. ¡Qué cortos se me hacen los días! Junio parecía… tener… días más largos cuando yo era niña.

Al brillar la luz fue como si hubiesen aparecido detrás de las ventanas y de la puerta cortinas azules de una seda muy suave. La palidez de Gloria, su inmovilidad, sin desconsuelo ni alegría ya, despertaron la simpatía de Anthony.

—¿Quieres que lo tenga? —le preguntó ella apáticamente.

—Me es indiferente. Quiero decir que soy neutral. Si lo tienes, probablemente me alegraré. Si no… bueno, también me parecerá bien.

—¡Me gustaría que te decidieras en un sentido o en otro!

—Supongamos que eres tú quien lo decide.

Gloria lo miró con desprecio, negándose a contestar.

—Se diría que te han elegido a ti sola entre todas las mujeres del mundo para este ultraje incalificable.

—¡Y qué, si es así como pienso! — exclamó enfadada—. No es un ultraje para ellas. Es la única excusa que tienen para vivir. No sirven para otra cosa. Es un ultraje para mí.

—Mira, Gloria, estoy contigo hagas lo que hagas, pero ¡por el amor de Dios, no lo conviertas en una tragedia!

—¡No me regañes! —gimió ella.

Se contemplaron en silencio con miradas sin particular significado pero cargadas de tensión. Luego, Anthony cogió un libro del estante y se dejó caer en una silla.

Media hora más tarde, de la intensa quietud que llenaba el cuarto surgió la voz de Gloria, manteniéndose como incienso en el aire.

—Mañana iré en el coche a ver a Constance Merrian.

—De acuerdo. Y yo iré a Tarrytown a ver al abuelo.

—… ¿No lo comprendes? —añadió ella—, no es que esté asustada… ni de esto ni de ninguna otra cosa. No hago más que ser fiel a mí misma.

—Lo sé —asintió él.

El hombre práctico

Adam Patch, lleno de virtuosa indignación contra los alemanes, se alimentaba de las noticias de la guerra. Mapas con alfileres de colores llenaban las paredes; los atlas se apilaban sobre mesas convenientemente a mano, junto con «Historias fotográficas de la Guerra Mundial», explicaciones oficiales de todo lo sucedido, y las «Impresiones personales» de corresponsales de guerra y de los soldados X, Y y Z. Durante la visita de Anthony, el secretario de su abuelo, Edward Shuttleworth, el en otro tiempo «consumado mago de la ginebra» de Pat’s Place en Hoboken, cubierto ahora con la túnica de la más justa indignación, apareció varias veces con ediciones

extraordinarias de algunos diarios. El anciano atacaba cada periódico con incansable furia, cortando las columnas que le parecían suficientemente significativas para conservarlas, arrojándolas inmediatamente en una de sus ya voluminosas carpetas archivadoras.

—Bien, ¿qué has estado haciendo? —le preguntó a Anthony suavemente—. ¿Nada? Bueno, eso es lo que suponía. Quería ir a verte, pero se me ha pasado el verano sin hacerlo.

—He estado escribiendo. ¿No te acuerdas del ensayo que te envié… el que vendí a The Florentine el pasado invierno?

—¿Ensayo? Nunca me has mandado ningún ensayo.

—Sí, claro que lo hice. Hablamos acerca de ello.

Adam Patch movió la cabeza mansamente.

—No, no. Nunca me has mandado un ensayo. Quizá hayas pensado que me lo mandabas, pero yo no lo he recibido.

—Pero si lo has leído, abuelo — insistió Anthony, algo irritado—; lo leíste y dijiste que no te parecía bien.

El anciano se acordó de repente, denunciando su equivocación tan solo por una parcial abertura de la boca, que puso al descubierto unas encías de color grisáceo. Contemplando a Anthony con una mirada vieja y enfermiza, dudó entre confesar su error u ocultarlo.

—De manera que estás escribiendo —dijo, hablando deprisa—. Bien, ¿por qué no vas a Europa y escribes sobre los alemanes? Escribe algo real, algo acerca de lo que está sucediendo, algo que la gente lea.

—Cualquiera puede ser corresponsal de guerra —objetó Anthony—. Hace falta tener algún periódico dispuesto a

comprar tus crónicas. Y no tengo dinero suficiente como para ir allí por mi cuenta.

—Yo te enviaré —sugirió su abuelo sorprendentemente—. Te mandaré como corresponsal autorizado de cualquier periódico que elijas.

Anthony retrocedió ante la idea, y casi al mismo tiempo se sintió atraído por ella.

—No… sé…

Tendría que dejar a Gloria, cuya vida entera dependía de él, y que al mismo tiempo lo envolvía. Gloria tenía problemas. Aquel proyecto no era factible… sin embargo… se vio a sí mismo vestido de caqui, apoyado, como se apoyan todos los corresponsales de guerra, en un pesado bastón, una cartera al hombro… tratando de parecer inglés.

—Me gustaría pensarlo —confesó—. Es un ofrecimiento muy amable. Lo pensaré y te comunicaré lo que decida.

Pensar sobre ello le ocupó todo el camino hasta Nueva York. Tuvo uno de esos repentinos instantes de lucidez concedidos a todos los hombres dominados por una mujer fuerte a la que aman, y que les permite ver un mundo de hombres más duros, educados de manera más estricta y en contacto con las abstracciones del pensamiento y de la guerra. En ese mundo los brazos de Gloria solo existirían como tibio abrazo de una amante fortuita, fríamente buscada y olvidada a toda prisa…

Estos fantasmas tan poco familiares se agolpaban a su alrededor cuando se subió al tren de Marietta, en Grand Central Station. El vagón estaba abarrotado; consiguió ocupar el último asiento libre y solo al cabo de varios minutos lanzó una mirada casual al hombre que tenía al lado. Al hacerlo vio una mandíbula y una nariz de rasgos

pronunciados, una barbilla torcida y unos ojos muy pequeños con bolsas en los párpados. Inmediatamente reconoció a Joseph Bloeckman.

Los dos se alzaron a medias, sintiéndose vagamente turbados, e intercambiaron algo parecido a un apretón de manos. Luego, como para redondear la actuación, rieron sin ganas.

—Vaya —hizo notar Anthony, totalmente falto de inspiración—, hace mucho tiempo que no lo he visto. —Inmediatamente lamentó haber dicho aquellas palabras y empezó a añadir—: No sabía que viviera usted en esta dirección. —Pero Bloeckman se le anticipó, preguntándole amablemente:

—¿Qué tal está su mujer?

—Está muy bien. Y a usted, ¿qué tal le va?

—Excelentemente. —Su tono amplió la magnificencia de la palabra.

Anthony tuvo la impresión de que durante el último año Bloeckman había aumentado mucho en dignidad. El aire como de carne cocida había desaparecido; el magnate cinematográfico parecía por fin suficientemente «hecho». Además, ya no iba vestido con elegancia pasada de rosca. La frivolidad de otro tiempo en la elección de corbatas había desaparecido, y su mano derecha, en la que destacaban anteriormente dos voluminosas sortijas, quedaba ahora libre de todo adorno y sin el brillo vulgar que dejan los cuidados de las manicuras.

Esta dignidad se manifestaba incluso en su personalidad. El último efluvio del viajante de comercio con éxito se había evaporado de él: ese deliberado deseo de agradar, cuya más baja manifestación es el chiste verde en el vagón de fumadores. Era posible imaginar que al verse

adulado en los círculos financieros, Bloeckman había alcanzado la indiferencia, y al verse desairado socialmente, había adquirido discreción. Pero fuera cual fuese la causa, el vicepresidente de Films Par Excellence había ganado peso en lugar de volumen, y Anthony no se sintió ya superior en su presencia.

—¿Se acuerda usted de Caramel, Richard Caramel? Creo que se conocieron ustedes una noche.

—Lo recuerdo. Estaba escribiendo un libro.

—Bien, pues lo vendió para que hiciesen una película con él. Y luego los productores pusieron a un tipo llamado Jordan a trabajar en el guion. Bueno, el caso es que Dick está suscrito a una de esas oficinas que mandan recortes de prensa, y está furioso porque la mitad de los críticos hablan del «vigor y de la fuerza de El amante demoníaco de William Jordan», sin mencionar al bueno de Dick en absoluto. Cualquiera pensaría que el tal Jordan había inventado toda la historia completamente solo.

Bloeckman movió la cabeza con gesto comprensivo.

—La mayoría de los contratos especifican que el nombre del autor de la novela original ha de figurar en toda la publicidad. ¿Caramel sigue escribiendo?

—Ya lo creo. Escribe mucho. Relatos breves.

—Bueno, eso está bien, eso está bien… ¿Toma usted este tren con frecuencia?

—Una vez a la semana por término medio. Vivimos en Marietta.

—¡Vaya! Yo vivo cerca de Cos Cob. He comprado una casa hace muy poco. Solo estamos a cinco millas el uno del otro.

—Tiene usted que venir a vernos. —A Anthony le sorprendió su propia amabilidad—. Estoy seguro de que Gloria se alegrará mucho de ver a un viejo amigo. Cualquier persona a quien pregunte le dirá dónde está la casa… Es la segunda temporada que pasamos allí.

—Gracias. —Luego, como devolviendo de alguna forma el gesto de cortesía, añadió—: ¿Qué tal está su abuelo?

—Se encuentra bastante bien últimamente. Hoy he comido con él.

—Una gran persona —dijo Bloeckman con gran seriedad—. Todo un americano.

El triunfo de la apatía

Anthony encontró a su esposa hundida en la hamaca del porche, tomando una limonada y un sándwich de tomate, y manteniendo con Tana una conversación —al parecer muy animada— sobre uno de los complicados temas característicos del criado japonés.

—En mi país —Anthony reconoció su invariable introducción—, todo el tiempo… personas… comen arroz… porque no tienen más. No pueden comer lo que no tienen. —Si su nacionalidad no fuese un hecho tan irrefutable, cabría haber pensado que los conocimientos de Tana sobre su país de origen procedían de un texto americano de geografía para escuelas primarias.

Después de desconcertar al oriental y devolverlo a la cocina, Anthony se volvió hacia Gloria inquisitivamente.

—Todo en orden —anunció ella, sonriendo ampliamente—. Y te aseguro que a mí me ha sorprendido más que a ti.

—¿No hay ninguna duda?

—¡Ninguna! ¡No sería posible!

Los dos se alegraron, felices de nuevo con su renacida ausencia de responsabilidades. Luego, Anthony habló de su oportunidad de ir a Europa y de que casi le daba vergüenza rechazarla.

—¿A ti qué te parece? Dímelo con toda franqueza.

—¿Es que quieres marcharte? — Sus ojos se llenaron de alarma—. ¿Sin mí?

El rostro de Anthony se entristeció… sabía, sin embargo, al oír la pregunta de su mujer, que era demasiado tarde. Los brazos de Gloria, dulces y asfixiantes, lo tenían apresado desde que él tomó todas las posibles decisiones un año antes en aquella habitación del hotel Plaza. Frente a los sueños que soñaron juntos esta idea actual no era más que un anacronismo.

—Claro que no —mintió Anthony, en un generoso estallido de comprensión—. Había pensado que quizá pudieras ir tú también de enfermera o algo parecido. —Se preguntó, lleno de desánimo, si su abuelo estaría dispuesto a considerar semejante posibilidad.

Al sonreírle Gloria, volvió a darse cuenta de lo hermosa que era, una muchacha maravillosa de incomparable lozanía y ojos absolutamente sinceros. Ella acogió la sugerencia con sensual intensidad, colocándola en lo alto como si fuera un sol fabricado por ella para calentarse con sus rayos. Enseguida compuso un asombroso guion para un espectacular drama de aventuras marciales.

Después de cenar, harta del tema, empezó a bostezar. No quería hablar, tan solo leer Penrod tumbada en el sofá, donde se quedó dormida a medianoche. Anthony, en cambio, después de subirla románticamente en brazos a su cuarto, siguió despierto, cavilando acerca del día, vagamente irritado con ella, vagamente insatisfecho.

—Tengo que encontrar alguna ocupación —dijo durante el desayuno—. Llevamos un año casados y no hemos hecho más que perder el tiempo sin llegar siquiera a ser de esas personas que sacan partido al ocio.

—Sí, tendrías que hacer algo —admitió ella, que se encontraba de buen humor y con ganas de hablar. No era la primera vez que surgía aquel tema, pero como siempre tendía a situar a Anthony en el papel de protagonista, Gloria procuraba evitarlo.

—No es que me cause remordimientos el no trabajar —continuó Anthony—, pero mi abuelo puede morirse mañana o vivir diez años más. Mientras tanto estamos viviendo por encima de nuestras posibilidades y todo lo que hemos sacado en limpio es un coche de granjero y un poco de ropa. Tenemos alquilado un apartamento en el que solo hemos vivido tres meses y una casita vieja en el quinto infierno. Nos aburrimos con frecuencia pero no queremos hacer ningún esfuerzo para conocer gente distinta del grupo que se dedica a vagabundear por California todo el verano, vistiendo trajes deportivos y esperando a que se mueran sus familias.

—¡Cómo has cambiado! —comentó Gloria—. En cierta ocasión me dijiste que no entendías por qué un americano no podía holgazanear elegantemente.

—Pero entonces no estaba casado, maldita sea. Y mi cabeza trabajaba a toda velocidad, mientras que ahora se dedica a dar vueltas y más vueltas, como una rueda dentada que no tiene donde engancharse. De hecho creo que si no te hubiese conocido habría hecho algo. Pero tú conviertes la ociosidad en algo tan sutilmente atractivo…

—¿Así que es todo culpa mía?

—No es eso lo que quería decir, y tú lo sabes. Pero aquí me tienes, con casi veintisiete años…

—¡No me saques de mis casillas! —le interrumpió ella, muy enfadada—. ¡No hables como si yo pusiera objeciones o te impidiera trabajar!

—Solo estaba analizando un problema. ¿Es que no puedo…

—Siempre habría pensado que tienes la suficiente fuerza de voluntad para…

—… comentar algo contigo sin que…

—… resolver tus propios problemas sin acudir a mí. Hablas mucho sobre ponerte a trabajar. A mí no me vendría mal disponer de algún dinero más, pero no me quejo. Te quiero tanto si trabajas como si no lo haces. —Sus últimas palabras fueron tan dulces como la nieve sobre la tierra endurecida. Pero, de momento, ninguno de los dos escuchaba al otro… estaban ocupados en pulir y perfeccionar su propia actitud.

—Algo he trabajado. —Con estas palabras Anthony proporcionó imprudentemente nuevas reservas a la oposición. Gloria se echó a reír, a mitad de camino entre la burla y el aplauso; le parecían mal los sofismas de su marido y al mismo tiempo admiraba su despreocupación. Nunca le echaría en cara su ociosidad siempre que fuera sincera, que surgiera del convencimiento de que no había nada que mereciera la pena hacerse.

—¡Trabajo! —se burló ella—. ¡Pobrecito infeliz! ¡Cuentista! Trabajo… quieres decir un gran despliegue de energías para ordenar el escritorio y preparar las luces, un meticuloso sacar punta a los lápices, y gritos de «¡Gloria, no cantes!», «¡Haz el favor de conseguir que ese condenado Tana no me dé la lata!», «Déjame que te lea la primera frase», «Voy a estar ocupado mucho tiempo, Gloria, así que no me esperes levantada», y grandes cantidades de té o café. Y eso es todo. Al cabo de una hora

ya no oigo el garrapateo del lápiz y me vuelvo a mirarte. Tienes un libro en las manos y estás «buscando» algo. Luego te pones a leer. Después bostezas… te vas a la cama y empiezas a dar vueltas y más vueltas porque te has atiborrado de cafeína y no puedes dormir. Y al cabo de dos semanas repites otra vez el mismo espectáculo.

Con grandes dificultades Anthony mantuvo un mínimo de dignidad.

—Me parece que exageras un poco. Sabes de sobra que vendí un ensayo a The Florentine… y que despertó mucho interés teniendo en cuenta la tirada reducida de esa revista. Y más aún, sabes perfectamente que me quedé hasta las cinco de la mañana terminándolo.

Gloria se había limitado a permanecer en silencio, y aunque a Anthony no llegaran a condenarlo sus propios argumentos, lo cierto es que se le acababan enseguida.

—Por lo menos —concluyó débilmente—, estoy perfectamente dispuesto a ser corresponsal de guerra.

Pero Gloria también lo estaba. Los dos se hallaban dispuestos… ansiosos; se lo aseguraron mutuamente. La velada terminó en un ambiente de profundos sentimientos, la grandeza del ocio, la mala salud de Adam Patch, el amor a cualquier precio.

—¡Anthony! —lo llamó ella desde el piso alto, una tarde de la semana siguiente—, hay alguien en la puerta.

Anthony, que había estado tumbado en la hamaca del porche que daba al sur, salpicado de sol, dio la vuelta alrededor de la casa para llegar a la parte delantera. Un automóvil extranjero, grande e imponente, estaba agazapado como un inmenso y melancólico insecto al comienzo de la avenida. Un hombre con un traje muy ligero de seda japonesa y una gorra haciendo juego lo saludó.

—¿Qué tal, Patch? He venido a hacerles una visita.

Era Bloeckman, dando la misma sensación de haber mejorado, de poseer una entonación más sutil, una seguridad en sí mismo mucho más convincente.

—Me alegro mucho de que lo haya hecho. —Anthony levantó la voz en dirección a una ventana cubierta de enredaderas—: ¡Gloria! ¡Tenemos visita!

—Me estoy bañando —se lamentó Gloria, cortésmente.

Los dos hombres admitieron con una sonrisa el triunfo de su coartada.

—Bajará enseguida. Venga conmigo al porche lateral. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? Gloria está siempre en el baño… se pasa ahí la tercera parte de cada día.

—Es una lástima que no vivan junto al mar.

—No podemos permitírnoslo.

En boca del nieto de Adam Patch, Bloeckman consideró aquellas palabras como una broma. Al cabo de quince minutos de frases aceptablemente brillantes, apareció Gloria con un vestido amarillo recién almidonado, trayendo consigo su propio ambiente y una sobrecarga de vitalidad.

—Quiero causar sensación en el cine —anunció—. Me han dicho que Mary Pickford gana un millón de dólares al año.

—No me cabe duda de que podría hacerlo —dijo Bloeckman—. Creo que quedaría usted muy bien en la pantalla.

—¿Me dejarías, Anthony, si solo hiciese papeles sencillos?

Mientras la conversación proseguía por cauces perfectamente convencionales, Anthony se maravillaba de

que tanto para él como para Bloeckman aquella muchacha hubiese sido en otro tiempo la personalidad más estimulante, más vigorizante que habían conocido nunca… y de que ahora los tres estuviesen allí sentados como máquinas perfectamente engrasadas, sin tensiones, sin miedo, sin júbilo, figurillas con una gruesa capa de esmalte, más allá de todo goce en un mundo donde la muerte y la guerra, las emociones embotadas y la noble ferocidad estaban cubriendo un continente con la espesa humareda del terror.

Al cabo de un momento, él llamaría a Tana y los tres ingerirían un grato y delicado veneno que les devolvería momentáneamente los placenteros entusiasmos de la infancia, cuando cada rostro en la multitud encerraba la sugerencia de espléndidas y significativas transacciones que se realizaban siempre con algún magnífico e ilimitado propósito… La vida no era más que aquella tarde de verano; una suave brisa agitando el cuello de encaje del vestido de Gloria, la lenta somnolencia calcinada del porche... Los tres parecían intolerablemente indiferentes, lejos de cualquier romántica inminencia de actividad. Hasta la belleza de Gloria requería emociones desatadas, necesitaba patetismo, necesitaba muerte…

—… Cualquier día de la semana que viene. —Bloeckman le estaba diciendo a Gloria—. Tenga, coja esta tarjeta. Le harán una prueba de unos cien metros de película, y con eso se forman ya una idea bastante aproximada.

—¿Qué tal el miércoles?

—Perfectamente. Llámeme por teléfono e iré con usted…

Se había puesto en pie y estaba estrechando manos con energía… Enseguida su coche no fue más que un rastro de polvo carretera adelante. Anthony se volvió desconcertado hacia su mujer.

—¡Pero, Gloria!

—No te importará que me hagan una prueba, ¿verdad? ¿Nada más que una prueba? El miércoles tengo que ir a Nueva York de todas formas.

—¡Pero es que me parece una tontería! Tú no quieres trabajar en el cine… ir todo el día de un lado para otro de un estudio con un montón de extras.

—¡Como si Mary Pickford se pasara la vida yendo de un sitio para otro!

—Todo el mundo no es Mary Pickford.

—Está bien, pero no veo cuáles puedan ser tus objeciones a que lo intente.

—Sí que las tengo. No me gustan nada los actores.

—Siempre acabas por sacarme de mis casillas. ¿Crees que lo paso tan bien dormitando en este maldito porche?

—No te importaría si me quisieras.

—Claro que te quiero —dijo ella, impacientada, fabricándose rápidamente una justificación—. Precisamente porque te quiero no soporto ver cómo te derrumbas precisamente por quedarte cruzado de brazos y decir que necesitas trabajar. Quizá si yo me metiera en esto una temporada, consiguiera removerte y lograr que hicieras algo.

—Son solo tus ganas de divertirte, eso es todo.

—¡Quizá lo sea! Pero son unas ganas perfectamente naturales, ¿no es cierto?

—Está bien, voy a decirte una cosa. Si tú te metes en el cine, yo me voy a Europa.

—¡Vete, entonces! ¡No seré yo quien te detenga!

Para demostrar que no era ella quien iba a detenerlo, Gloria se deshizo en lágrimas. Juntos congregaron les ejércitos del sentimiento: palabras, besos, caricias, reproches de cada uno a sí mismo. No consiguieron nada. Inevitablemente, nunca conseguían nada. Por fin, en un estallido de desmesurada emoción, los dos se sentaron y escribieron sendas cartas. La de Anthony iba dirigida a su abuelo; la de Gloria, a Joseph Bloeckman. Era el triunfo de la apatía.

Un día de primeros de julio, Anthony, al regresar de Nueva York después de pasar allí las primeras horas de la tarde, subió al piso alto para ver a Gloria. Como no recibió respuesta a sus llamadas supuso que estaría durmiendo y bajó a la despensa, en busca de uno de los sándwiches que había siempre preparados para ellos. Entonces encontró a Tana sentado ante la mesa de la cocina, con una multitud de objetos diversos: cajas de puros, cuchillos, lápices, tapas de latas y varios trozos de papel cubiertos de complicadas figuras y diagramas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le preguntó Anthony, movido por la curiosidad.

Tana sonrió cortésmente.

—Va a ver —exclamó, lleno de entusiasmo—. Voy a decir…

—¿Estás fabricando una casa para un perro?

—No, señor —Tana sonrió de nuevo—. Hago máquina de escribir.

—¿Máquina de escribir?

—Sí, señor. Yo pienso, pienso todo el tiempo; tumbado en cama pienso sobre máquina de escribir.

—De manera que has pensado en hacer una, ¿no es eso?

—Espere. Voy a decir.

Anthony, comiendo un sándwich sin prisas, se apoyó contra el fregadero. Tana abrió y cerró la boca varias veces como si estuviera comprobando su capacidad de movimiento. Luego, se lanzó a hablar precipitadamente:

—Yo he estado pensando… máquina de escribir… tiene muchas, muchas, muchas cosas. Muchas, muchas, muchas.

—Muchas teclas. Ya entiendo.

—¡Sí… teclas! Muchas, muchas, muchas letras. Como a-b-c.

—Así es, efectivamente.

—Espere. Voy a decir. —Tana torció el rostro en un tremendo esfuerzo para expresarse—: Estado pensando… muchas palabras… terminan igual. Como n-d-o.

—No hay la menor duda. Un verdadero montón.

—Así que… hago… máquina de escribir… rápida. No tantas letras…

—Eso es una gran idea, Tana. Ahorrar tiempo. Te harás rico. Se aprieta una tecla y ya tienes el «ndo». Confío en que te salga bien.

Tana rio despectivamente.

—Espere. Voy a decir…

—¿Dónde está mistress Patch?

—Salió. Espere, voy a decir… —De nuevo torció la cara preparándose para la acción—. Mi máquina de escribir…

—¿Dónde ha ido?

—Fabrico… aquí. —Tana señaló la multitud de cachivaches que tenía sobre la mesa.

—Me refiero a mistress Patch.

—Salió. —Tana lo tranquilizó—: Dijo estará de vuelta a las cinco.

—¿Ha ido al pueblo?

—No. Salió antes de comer. Fue con Mr. Bloeckman.

Anthony se sobresaltó.

—¿Salió con Mr. Bloeckman?

—Estará de vuelta a las cinco.

Sin añadir una palabra, Anthony abandonó la cocina seguido por los desconsolados «Voy a decir» de Tana. Así que era aquella la idea de diversión que tenía Gloria. Apretó los puños; en muy pocos momentos consiguió alcanzar un tremendo grado de indignación. Se llegó hasta la puerta y miró fuera; no se veía ningún automóvil y por su reloj eran las cinco menos cuatro minutos. Con la energía que le proporcionaba su enfado, fue corriendo hacia el comienzo de la avenida: desde la curva de la carretera —a una milla de distancia no se veía ningún vehículo… excepto… pero no era más que el viejo automóvil de un granjero. Luego, preocupado por su dignidad, corrió de manera un tanto indecorosa en busca de la casa cuyo refugio acababa de abandonar.

Paseando de un lado a otro por el cuarto de estar, inició un indignado ensayo del discurso con que iba a obsequiar a Gloria cuando apareciera.

«¡Así que esto es amor!», empezaría… mejor no, porque sonaba demasiado como aquella frase tan popular «¡Así que esto es París!». Tenía que mostrarse lleno de dignidad, herido, apesadumbrado. De todas formas… «Así que esto es lo que haces cuando tengo que irme a pasar calor en Nueva York durante todo el día para resolver asuntos pendientes. ¡No tiene nada de extraño que no sea capaz de escribir! ¡Ni

que no me atreva a perderte de vista!» Estaba ampliando el tema, ganando en convicción. «Voy a decirte una cosa —continuó—, voy a decirte…» Hizo una pausa, al notar un no sé qué de familiar en las palabras… enseguida se dio cuenta… era el «Voy a decir» de Tana.

Pero Anthony no llegó a sonreír ni a encontrarse absurdo a sí mismo. Para su desenfrenada imaginación ya eran las seis… las siete… las ocho, ¡y Gloria no aparecía por ningún sitio! Bloeckman, al encontrarla tan aburrida e insatisfecha, la había convencido para marcharse con él a California…

Se oyó un gran alboroto delante de la casa, seguido de un gozoso «Anthony, ¿estás ahí?», y él se puso en pie temblando, vagamente contento de verla acercarse por la avenida. Bloeckman iba siguiéndola, con la gorra en la mano.

—¡Querido! —exclamó ella.

—Hemos hecho una excursión preciosa… el estado de Nueva York de parte a parte.

—Tengo que ponerme en camino —dijo Bloeckman casi inmediatamente—. Me hubiese gustado encontrarlos a los dos cuando llegué.

—Siento no haber estado —contestó Anthony secamente.

Al marcharse Bloeckman, Anthony vaciló. El miedo había desaparecido de su corazón, pero tuvo la impresión de que alguna manifestación de protesta era éticamente necesaria. Gloria resolvió sus vacilaciones.

—Sabía que no te iba a importar. Bloeckman llegó justo antes del almuerzo y dijo que tenía un asunto que resolver en Garrison y que si quería acompañarlo. Daba la impresión de sentirse muy solo, Anthony. Y, además, he ido conduciendo yo todo el camino.

Anthony se dejó caer apáticamente en una silla, con la mente cansada… cansada de nada y de todo; cansada del peso del mundo que él no había elegido nunca tener que soportar. En aquella situación se mostraba tan ineficiente y desvalido como siempre. La suya era una de esas personalidades que, a pesar de una gran abundancia de palabras, resultan incapaces de expresarse; Anthony parecía haber heredado tan solo la vasta tradición del fracaso humano… eso, y el sentido de la muerte.

—Supongo que no me importa —respondió.

Uno tiene que mostrarse amplio en este tipo de cosas, y Gloria, por ser joven y hermosa, tenía que disfrutar de razonables privilegios. Sin embargo, lo que a Anthony le molestaba era que no conseguía entenderlo.

Invierno

Gloria se dio la vuelta, quedándose un momento inmóvil boca arriba sobre la cama, contemplando cómo el sol de febrero sufría una última y sutil modificación al atravesar los vidrios emplomados de las ventanas. Durante algún tiempo no tuvo una idea exacta de dónde se hallaba ni de los acontecimientos del día anterior, o de dos días atrás; luego, como un péndulo inmóvil que recobra de pronto su libertad, la memoria empezó a desgranar su historia, liberando a cada vaivén una agobiante carga de tiempo hasta devolverle aquel fragmento de vida.

Ahora oía ya la agitada respiración de Anthony a su lado; también empezó a oler a whisky y a humo de cigarrillos. Se dio cuenta de que le faltaba el control de sus músculos; de que, al intentar moverse, la tensión muscular no se distribuía armoniosamente por todo su cuerpo, sino que cada movimiento requería un tremendo esfuerzo de su sistema nervioso, como si cada vez se estuviera autohipnotizando para realizar una acción imposible…

Estaba en el cuarto de baño, lavándose los dientes para librarse de aquel insoportable mal sabor de boca; y de nuevo junto a la cama, oyendo el ruido de la llave de Bounds en la puerta de la calle.

—¡Anthony, despierta! —dijo ella con cierta brusquedad.

Luego se tumbó en la cama, a su lado, y cerró los ojos. Casi la última cosa que recordó fue una conversación con míster y mistress Lacy. Mistress Lacy había dicho: «¿Están seguros de que no quieren que les busquemos un taxi?», y Anthony había contestado que suponía que podrían llegar andando hasta la Quinta Avenida sin mayores problemas. Luego, los dos habían tratado, imprudentemente, de hacer una reverencia… tropezando y cayéndose de la manera más absurda sobre un regimiento de botellas de leche vacías que se hallaban junto a la puerta. Por lo menos había dos docenas de botellas de pie y a oscuras con la boca abierta. Gloria no encontraba ninguna explicación aceptable para aquellas botellas de leche. Quizá les atrajeron las canciones en la casa de los Lacy y habían acudido boquiabiertas, para no perderse la diversión. Bueno, se habían llevado la peor parte… aunque parecía que Anthony y ella nunca iban a ser capaces de levantarse, dada la perversa tendencia a rodar que manifestaban las botellas…

Con todo, habían encontrado un taxi.

—Tengo el contador roto y les costará un dólar y medio ir a casa —dijo el taxista.

—Vaya —dijo Anthony—, yo soy Packy McFarland el joven, y si bajas del coche te daré una paliza que no se te olvidará mientras vivas…

Al llegar a aquel punto el taxista se había marchado sin ellos. Debían de haber encontrado otro taxi, porque estaban en el apartamento…

—¿Qué hora es? —Anthony se había incorporado en la cama y la estaba mirando con fijeza de búho.

Se trataba sin duda de una pregunta retórica. Gloria no encontraba ningún motivo para que ella tuviera que saber la hora.

—¡Caramba, me encuentro francamente mal! —murmuró Anthony desapasionadamente. Relajando los músculos, se dejó caer de nuevo sobre la almohada—. ¡Le hace pensar a uno en la vieja parca!

—Anthony, ¿cómo logramos llegar anoche a casa?

—Taxi.

—¡Ah! —Luego, después de una pausa—: ¿Me acostaste tú?

—No lo sé. A mí me parece que me acostaste tú a mí. ¿A qué día estamos?

—Martes.

—¿Martes? Espero que sea cierto. Si es miércoles, tengo que empezara trabajar en ese estúpido sitio. Se supone que entro a las nueve o a alguna otra hora así de atroz.

—Pregúntale a Bounds —sugirió Gloria débilmente.

—¡Bounds! —llamó él.

Lleno de animación, sereno —una voz desde un mundo que ellos parecían haber abandonado para siempre durante los dos últimos días—, Bounds recorrió el pasillo con breves pasos elásticos y apareció en la semioscuridad de la puerta.

—¿Qué día es hoy, Bounds?

—Veintidós de febrero, según creo, señor.

—Quiero decir qué día de la semana.

—Martes, señor.

—Gracias.

Después de una pausa:

—¿Desean tomar ya el desayuno los señores?

—Sí, pero antes de servirlo, ¿hará el favor de llenar una jarra de agua, y dejarla aquí junto a la cama? Tengo un poco de sed.

—Sí, señor.

Bounds se retiró con sobria dignidad pasillo adelante.

—Hoy debe de ser el aniversario del nacimiento de Lincoln —afirmó Anthony sin entusiasmo—, o el día de San Valentín o algo parecido. ¿Cuándo empezamos este festejo tan descabellado?

—El domingo por la noche.

—¿Después de los servicios religiosos? —sugirió Anthony sarcásticamente.

—Echamos carreras por toda la ciudad con aquellos cabriolés, y Maury se sentó en el pescante del suyo con el cochero, ¿no te acuerdas? Luego vinimos a casa, trató de freír unas lonchas de bacón… y salió de la cocina con varios restos ennegrecidos, insistiendo en que les había dado «el punto exacto».

Los dos rieron espontáneamente, aunque con cierta dificultad, y, tumbados uno al lado del otro, repasaron la cadena de acontecimientos que había desembocado en aquel caótico amanecer de dolor de cabeza y músculos agarrotados.

Llevaban ya casi cuatro meses en Nueva York, desde que a finales de octubre empezó a hacer demasiado frío en el campo. Habían renunciado al viaje a California, en parte por falta de fondos, y en parte con la idea de marcharse al extranjero en el caso de que aquella interminable guerra,

en camino ya de consumir su segundo año, terminara durante el invierno. Últimamente sus ingresos habían perdido elasticidad; ya no daban de sí para costear alegres caprichos y agradables extravagancias, y Anthony había pasado muchas horas de perplejidad e insatisfacción ante un cuaderno de notas lleno de números, preparando notables presupuestos que dejaban enormes márgenes para «distracciones, viajes, etc.», y tratando de reconstruir, aunque solo fuera aproximadamente, las distintas partidas de sus gastos pretéritos.

Anthony recordaba la época en que al salir a divertirse con sus dos mejores amigos, Maury y él pagaban invariablemente más de lo que en justicia les correspondía. Compraban las entradas para el teatro y se disputaban entre los dos la cuenta de la cena. Entonces parecía lo lógico; Dick, con su ingenuidad y sus asombrosas reservas de información acerca de sí mismo, había sido siempre una figura divertida, casi juvenil: la de bufón, junto al regio empaque de sus dos amigos. Pero aquello había dejado de ser verdad. Ahora era Dick el que siempre tenía dinero; y Anthony el que se veía obligado a invitar siempre con restricciones — excepto algún desenfrenado festejo excepcional, inspirado por el vino, financiado a base de extender cheques—, y también quien adoptaba un aire solemne al otro día para decirle a la desdeñosa y disgustada Gloria que era preciso «tener más cuidado la próxima vez».

En los dos años transcurridos desde la publicación de El amante demoníaco, Dick había ganado más de veinticinco mil dólares, la mayor parte en los últimos meses, cuando la remuneración de los autores de narraciones había empezado a crecer de manera nunca vista como resultado del hambre insaciable de argumentos manifestada por la industria cinematográfica. A Dick le pagaban setecientos dólares por cada relato, en aquella época una retribución

importante para una persona tan joven —aún no había cumplido los treinta— y, por cada narración con suficiente «acción» (besos, disparos e inmolaciones) para el cine, recibía una recompensa adicional de otros mil. Sus historias variaban; todas conservaban cierta vitalidad y una especie de técnica instintiva, pero ninguna igualaba la personalidad de El amante demoníaco, y había varias que a Anthony le parecían decididamente malas. Estas últimas (Dick lo explicaba con mucha precisión) estaban destinadas a ampliar su público. ¿No era cierto que hombres que habían alcanzado un prestigio perdurable, desde Shakespeare hasta Mark Twain, habían gustado tanto a la multitud como a los elegidos?

Aunque Anthony y Maury no estaban de acuerdo, Gloria le dijo que siguiera adelante y que ganase todo el dinero que pudiera, porque eso era lo único que contaba después de todo…

Maury, algo más corpulento, un poco más dulcificado y más complaciente, se había ido a trabajar a Filadelfia. Volvía a Nueva York una o dos veces al mes y en esas ocasiones los cuatro recorrían las rutas populares, desde la cena hasta el teatro, para ir de allí al Frolic o, quizá, ante la insistencia de Gloria, eternamente curiosa, a uno de los sótanos de Greenwich Village, que había alcanzado notoriedad gracias a que el «movimiento de la nueva poesía» se había puesto furiosamente de moda, aunque fuera para durar poco tiempo.

En enero, después de muchos monólogos dirigidos a una esposa que insistía en guardar silencio, Anthony decidió «buscar algo que hacer», al menos para el invierno. Quería dar una satisfacción a su abuelo e incluso, en cierta medida, calibrar su propia reacción. Durante varias visitas experimentales de carácter semisocial, descubrió que los patronos no se interesaban por un joven que solo tenía

intención de hacer una prueba durante unos cuantos meses, más o menos. Por su condición de nieto de Adam Patch se le recibía en todas partes con marcada cortesía, pero el anciano era ya cosa pasada: el apogeo de su fama, primero como «opresor» y posteriormente como reformador moral, llenaba los veinte años anteriores a su desaparición de la vida activa. Anthony se encontró incluso con que algunos de los hombres más jóvenes que fue a ver tenían la impresión de que Adam Patch había muerto varios años atrás.

Finalmente Anthony fue a pedir consejo a su abuelo, y este le dijo que debería entrar en el negocio de los bonos y títulos de renta fija como vendedor, una sugerencia muy molesta para Anthony pero que en último extremo decidió seguir. El dinero puro y simple, hábilmente manipulado, resultaba fascinador en cualquier circunstancia, mientras que casi cualquier aspecto del mundo industrial resultaría insufriblemente aburrido. Anthony consideró también la posibilidad de trabajar como periodista, pero decidió que los horarios resultaban muy poco convenientes para un hombre casado. También acarició agradables fantasías acerca de sí mismo como director de un brillante semanario de opinión, una especie de Mercure de France americano, o como deslumbrante productor de comedias satíricas y revistas musicales al estilo de París. Sin embargo, las vías de acceso a estos últimos gremios parecían estar defendidas mediante secretos profesionales. La gente que llegaba hasta ellos lo hacía gracias a los tortuosos caminos de la autoría o de la interpretación. Era a todas luces imposible incorporarse a una publicación a no ser que ya se hubiese trabajado en otra anteriormente.

Así que al final Anthony entró, con la ayuda de una carta de su abuelo, en el sanctasanctórum americano donde el presidente de Wilson, Hiemer y Hardy está entronizado

ante una mesa vacía, y salió de allí con un empleo. Empezaría a trabajar el veintitrés de febrero.

La fiesta de dos días de duración había sido planeada para marcar esta trascendental ocasión, ya que, según explicó Anthony, una vez que empezara a trabajar tendría que acostarse pronto los días de entre semana. Maury Noble había llegado de Filadelfia para entrevistarse con algún individuo de Wall Street (a quien, dicho sea de paso, no consiguió ver), y también lograron convencer y engañar a medias a Richard Caramel para que se uniera a ellos. El lunes por la tarde habían asistido a una boda elegante en la que se sirvieron bebidas alcohólicas, y ya a primeras horas de la noche se había producido el desenlace: Gloria, superando su acostumbrado límite de cuatro cócteles convenientemente distanciados, los empujó a la más alegre y gozosa bacanal que jamás habían presenciado, revelando unos sorprendentes conocimientos sobre pasos de ballet, y cantando canciones que confesó le había enseñado su cocinera cuando era inocente y tenía diecisiete años. Estas últimas las fue repitiendo a petición, con diferentes intervalos, a lo largo de la noche, con tal despliegue de buen humor que Anthony, lejos de molestarse, se sintió complacido por aquella nueva fuente de diversión. El festejo también resultó memorable por otros motivos: una larga conversación entre Maury y un cangrejo difunto que llevaba de un lado para otro atado con una cuerda, sobre si este último estaba totalmente familiarizado con las aplicaciones de la teoría de los binomios, y la ya mencionada carrera en dos cabriolés con las tranquilas e impresionantes sombras de la Quinta Avenida como público, que terminó en laberíntica fuga por la oscuridad de Central Parle. Finalmente, Anthony y Gloria habían hecho una visita a un joven matrimonio algo disoluto —los Lacy— que coronaron desplomándose sobre las vacías botellas de leche.

Ahora, ya de mañana, les llegaba el turno de sumar los cheques entregados aquí y allá en clubes, tiendas y restaurantes. De airear la sala de estar para que desapareciera la atmósfera húmeda y viciada de vino derramado y cigarrillos; de recoger las copas rotas y cepillar las fundas manchadas de sillones y sofás; de dar a Bounds trajes y vestidos para llevar a limpiar; y, finalmente, de recoger sus sofocados cuerpos medio enfebrecidos y sus deprimidos espíritus para exponerlos al aire cortante de febrero, de manera que la vida pudiera seguir su curso, y, a las nueve de la mañana siguiente, Wilson, Hiemer y Hardy obtuvieran los servicios de un hombre vigoroso.

—¿Te acuerdas —exclamó Anthony desde el cuarto de baño— de cuando Maury se colocó en el cruce de la calle Ciento diez y se puso a hacer de guardia de tráfico, diciendo a los coches si tenían que avanzar o detenerse? Debieron de creer que se trataba de un detective privado.

Después de cada reminiscencia los dos reían desmedidamente, con nervios sobreexcitados que respondían de manera igualmente aguda y discordante al júbilo y a la depresión.

Gloria, delante del espejo, se asombraba del espléndido color y de la frescura de su cutis; parecía que nunca hubiese tenido mejor aspecto, aunque le molestase el estómago y le doliera la cabeza furiosamente.

El día transcurrió con mucha lentitud. Anthony, cuando iba en un taxi a ver a su agente de bolsa para conseguir dinero prestado mediante un bono, descubrió que tenía únicamente dos dólares en el bolsillo. No le quedaría nada después de pagar la carrera, pero aquella tarde no se sentía capaz de enfrentarse con el metro. Cuando el contador señalara su límite tendría que apearse y continuar a pie.

Preocupado con esto, su mente se fue dejando arrastrar a una de sus características ensoñaciones… En el sueño, Anthony descubría que el contador avanzaba demasiado deprisa: el taxista lo había manipulado fraudulentamente. Sin perder la calma, Anthony llegaba a su destino y despreocupadamente entregaba al conductor lo que en justicia le debía. El hombre estaba dispuesto a pelear, pero casi antes de que levantara las manos, Anthony le había derribado de un terrible puñetazo. Y al alzarse de nuevo, Anthony se apartaba muy deprisa y le remataba definitivamente con un golpe en la sien.

… Ahora estaba ante un tribunal. El juez le había impuesto una multa de cinco dólares y no tenía dinero. ¿Aceptaría el tribunal un cheque? Desgraciadamente el tribunal no lo conocía. Bien, era posible identificarlo si llamaban por teléfono a su apartamento.

… Así lo hicieron. Sí, era mistress Gloria Patch quien estaba al aparato, pero ¿cómo sabía ella que aquel hombre era su marido? ¿Cómo averiguarlo? Que el sargento le preguntara a Gloria si se acordaba de las botellas de leche…

Anthony se inclinó hacia delante a toda prisa y dio unos golpes en el cristal de separación. El taxi había llegado tan solo al puente de Brooklyn, pero el contador marcaba un dólar ochenta centavos, y Anthony nunca hubiese omitido la propina del diez por ciento.

Ya más avanzada la tarde Anthony regresó al apartamento. Gloria también había salido —de compras— y ahora estaba dormida, acurrucada en un extremo del sofá, abrazada al objeto que acababa de adquirir. Su rostro tenía la serenidad del de una niña, y el paquete que apretaba contra su pecho era una muñeca, bálsamo profundo e infinitamente curativo para su maltrecho e infantil corazón.

Fue precisamente a raíz de esta fiesta, y más especialmente de la intervención de Gloria en ella, cuando empezó a producirse un decidido cambio en su manera de vivir. La despreocupada actitud de que nada tenía importancia se modificó en una sola noche; de simple principio de Gloria pasó a convertirse en el único consuelo y justificación para cualquier cosa que decidían hacer y para las consecuencias que trajera consigo. Todo quedaba reducido a no pedir perdón, a no dejar escapar un solo grito de remordimiento, a vivir de acuerdo con un preciso código de honor en sus relaciones mutuas y a buscar la felicidad del momento con toda la perseverancia y el fervor posibles.

—Nadie se preocupa de nosotros excepto nosotros mismos, Anthony —dijo Gloria un día—. Sería ridículo que yo fuera por ahí fingiendo sentir obligaciones hacia el mundo, y en cuanto a preocuparme por lo que la gente piense de mí, es algo que sencillamente no me pasa, eso es todo. Desde que era niña y empecé a ir a la escuela de baile, me han criticado las madres de todas las niñas que no tenían tanta popularidad como yo, y siempre me ha parecido que las críticas son una especie de homenaje de los envidiosos.

Esto estaba relacionado con una fiesta en el Boul Mich cierta noche, cuando Constance Merrian tuvo ocasión de verla formando parte de un grupo de cuatro, en un estado de euforia de claro origen alcohólico. Constance Merrian, «en calidad de antigua amiga de sus días de estudiante», se había tomado la molestia de invitarla a almorzar al día siguiente para informarle de lo terrible que había sido.

—Le dije que no veía por qué —le explicó luego Gloria a Anthony—. Erich Merrian es una especie de Percy Wolcott más refinado (¿te acuerdas de aquel individuo de Hot

Springs del que te hablé?), y su idea del respeto debido a Constance es dejarla en casa con su costura, su niño y su libro, y otras diversiones igualmente inocuas, cada vez que él se va a una fiesta que da toda la impresión de ser mortalmente aburrida.

—¿Le has dicho eso a ella?

—Claro que se lo he dicho. Y he añadido que lo que en realidad le parecía mal era que yo lo pasara mejor que ella.

Anthony la aplaudió. Estaba tremendamente orgulloso de Gloria, orgulloso de que siempre eclipsara a cualquier otra mujer que pudiera haber en una fiesta, orgulloso de que a los hombres les encantara ir de jarana con ella en grandes grupos alborotadores, sin intentar otra cosa que disfrutar de su belleza y del calor de su vitalidad.

Estas «fiestas» se convirtieron gradualmente en su principal fuente de diversión. Todavía enamorados, todavía enormemente interesados el uno por el otro, descubrieron, sin embargo, que, con la proximidad de la primavera, el pasar las veladas en casa había perdido todo su sabor; los libros eran cosas irreales; la antigua magia de estar a solas había desaparecido tiempo atrás… preferían más bien aburrirse presenciando una estúpida comedia musical, o salir a cenar con conocidos totalmente desprovistos de interés, con tal de que hubiese suficientes cócteles para evitar que la conversación se convirtiera en algo totalmente insoportable. Un puñado de matrimonios jóvenes que habían sido amigos suyos en el instituto o en la universidad, así como un variado surtido de solteros, pensaban instintivamente en ellos siempre que se necesitaba color y animación, de manera que apenas pasaba un día sin su correspondiente llamada telefónica, y su «Nos preguntábamos qué ibais a hacer esta noche». Las esposas, por regla general, tenían miedo de Gloria; cosas como la facilidad con que lograba ocupar el centro de la

escena, su manera inocente pero perturbadora de convertirse en la favorita de los maridos, las empujaban instintivamente a una actitud de profunda desconfianza, aumentada por el hecho de que Gloria se mostraba casi por completo indiferente ante los deseos de intimar que manifestaban otras mujeres.

En el miércoles de febrero previamente fijado, Anthony había acudido a las grandiosas oficinas de Wilson, Hiemer y Hardy y escuchado las muchas y poco precisas instrucciones impartidas por un enérgico joven, aproximadamente de su misma edad, llamado Kahler, que lucía un desafiante tupé rubio y que, al presentarse a sí mismo como secretario-ayudante, dio la impresión de que se trataba de un tributo a sus excepcionales méritos.

—Descubrirás que aquí hay dos tipos de hombre —dijo—. Está el que llega a ser secretario o tesorero ayudante, y su nombre aparece en nuestro folleto antes de que cumpla los treinta, y está el que solo aparece a los cuarenta y cinco. Estos últimos se quedan ahí el resto de su vida.

—¿Y qué sucede con quienes lo consiguen a los treinta? —preguntó Anthony cortésmente.

—Bueno, esos suben hasta aquí, ¿comprendes? —Señaló una lista de vicepresidentes auxiliares que figuraba en el folleto—. O quizá llegan a ser presidente o secretario o tesorero.

—¿Y qué pasa con los de esa otra lista?

—¿Ésos? Son los consejeros… los hombres con capital.

—Ya entiendo.

—Algunas personas —continuó Kahler— piensan que las posibilidades de hacer carrera dependen de que se tenga o no formación universitaria. Pero están equivocados.

—Ya veo.

—Yo la he tenido; soy de la promoción de mil novecientos once de Buckleigh, pero cuando llegué a Wall Street descubrí enseguida que lo que me iba a servir aquí no eran las cosas estrambóticas que había aprendido en la universidad. De hecho, tuve que hacer un esfuerzo para sacarme muchas de la cabeza.

Anthony no pudo por menos de preguntarse cuáles serían aquellas «cosas estrambóticas» que Kahler había aprendido en Buckleigh hasta terminar sus estudios en 1911. La idea incontrolable de que se trataba de algún tipo de labores de ganchillo reapareció varias veces por su mente durante el resto de la conversación.

—¿Ves a ese señor que está ahí? — Kahler señaló a un hombre relativamente joven, de cabellos grises muy favorecedores, sentado ante un escritorio aislado del resto mediante una barandilla de caoba—. Es Mr. Ellinger, el primer vicepresidente. Ha estado en todas partes y lo ha visto todo; tiene una excelente formación.

Anthony trató en vano de sintonizar su mente con el atractivo romántico de las finanzas; solo lograba pensar en Mr. Ellinger como uno de los compradores de las obras completas de Thackeray, Balzac, Hugo y Gibbon en hermosos volúmenes encuadernados en piel que llenaban los estantes de las grandes librerías.

Durante el húmedo y deprimente mes de marzo recibió el curso preparatorio para convertirse en vendedor. La falta de entusiasmo le permitía contemplar la confusión y el bullicio que lo rodeaba únicamente como un entorno estéril que se esforzaba por alcanzar una meta incomprensible de cuya existencia no había otra prueba tangible que las instituciones rivales de Mr. Frick y de Mr. Carnegie en la Quinta Avenida. Que los portentosos vicepresidentes y consejeros fueran, de hecho, los padres de las «mejores

cabezas» que había conocido en Harvard, le resultaba extraordinariamente incongruente.

Anthony almorzaba en el comedor de los empleados en el piso alto, con la desagradable sospecha de que se le daba un trato de favor, y preguntándose durante la primera semana si las docenas de jóvenes empleados, algunos de ellos de aire despierto e inmaculadamente vestidos —recién salidos de la universidad—, vivían con la flamante esperanza de abrirse camino hasta aquella estrecha franja de cartulina antes de cumplir los catastróficos treinta. Las conversaciones que se iban entretejiendo a lo largo de cada jornada de trabajo eran siempre muy parecidas. Un empleado analizaba cómo Mr. Wilson se había enriquecido, qué método había empleado Mr. Hiemer y los medios utilizados por Mr. Hardy. Otro relataba anécdotas seculares, pero eternamente sugestivas, de las fortunas que habían hecho de repente en Wall Street un «carnicero» o un «tabernero», o «un simple chico de los recados, ¡caramba!», y luego un tercero hablaba de las actuales jugadas en la bolsa, y si era mejor ir por cien mil al año o contentarse con veinte. Durante el año anterior, uno de los secretarios-ayudantes había invertido todos sus ahorros en Bethlehem Steel. La historia de su espectacular magnificencia, de su desdeñosa dimisión en enero y del triunfal palacio que se estaba construyendo en California era el tema favorito de la oficina. El nombre mismo de aquel sujeto había adquirido una significación mágica, al simbolizar las aspiraciones de todos los buenos americanos. Se contaban anécdotas acerca de él… cómo uno de los vicepresidentes le había aconsejado vender, nada menos, pero él había seguido en sus trece, comprando incluso más a crédito, «¡y ahora fíjate dónde está!».

Tal era, evidentemente, la sustancia de la vida: un triunfo vertiginoso capaz de deslumbrarlos a todos; un

canto de sirena para que se contentaran con sus mezquinos salarios y con la aritmética improbabilidad de su éxito final.

A Anthony esta idea le causó verdadera consternación. Comprendió que para triunfar allí la idea del éxito tenía que apoderarse de su mente, limitándola. Le parecía que el elemento esencial de los hombres que se hallaban en la cúspide era la fe en que sus asuntos eran el meollo de la vida. Manteniendo iguales todos los demás factores, la confianza en uno mismo y una actitud oportunista primaban sobre los conocimientos técnicos; estaba claro que el trabajo de más precisión se hacía cerca de la base, y que, con la adecuada eficiencia, los expertos en cuestiones técnicas no salían de esas zonas bajas.

La decisión de Anthony de quedarse en casa por la noche los días de entre semana no prosperó, y casi la mitad de las veces llegaba al trabajo con un violento dolor de cabeza acompañado de náuseas, y el estrépito del abarrotado metro matutino resonando en sus oídos como un eco infernal.

Luego, bruscamente, dejó el empleo. Se había quedado todo un lunes en la cama, y a última hora de la tarde, dominado por uno de los ataques de malhumorada desesperación a los que sucumbía periódicamente, escribió y echó al correo una carta para Mr. Wilson, confesando que se consideraba poco idóneo para aquel trabajo. Gloria, al regresar del teatro con Richard Caramel, se lo encontró en el salón, contemplando el techo en silencio, más deprimido y desanimado que en ninguna otra ocasión desde su boda.

Gloria deseaba que Anthony se lamentara. Si lo hubiese hecho, le habría dirigido amargos reproches, porque estaba muy enojada, pero él se limitó a seguir allí, con un aire de sentirse tan profundamente desgraciado que Gloria se compadeció de él, y arrodillándose le acarició la cabeza, diciendo que no tenía ninguna importancia, que nada tenía

importancia mientras ellos se siguieran queriendo. Era como durante su primer año de vida en común, y Anthony, reaccionando al contacto refrescante de su mano, al sonido de su voz que era tan suave para su oído como un soplo de brisa, recobró casi la animación, y estuvo hablando con ella de sus planes para el futuro. Antes de acostarse llegó casi a lamentar, para sus adentros, haber echado su dimisión al correo tan apresuradamente.

—Incluso cuando todo parece podrido no puede uno fiarse de esa impresión —había dicho Gloria—. Lo que cuenta es la suma de todas las impresiones.

A mediados de abril llegó una carta del corredor de fincas de Marietta, animándolos a alquilar la casa gris durante otro año por un precio ligeramente más alto, e incluyendo un contrato preparado ya para que lo firmaran. Por espacio de una semana, carta y contrato permanecieron sobre el escritorio de Anthony sin que nadie les prestara atención. No pensaban volver a Marietta. Estaban cansados de aquel sitio, y se habían aburrido durante la mayor parte del último verano. Además, su automóvil se había convertido en una desvencijada e hipocondríaca masa de metal, y adquirir uno nuevo resultaba imprudente desde un punto de vista financiero.

Pero gracias a otra desenfrenada francachela, que se prolongó durante cuatro días y en la que, en un momento u otro, participaron más de una docena de personas, firmaron el contrato; para su completa desesperación lo firmaron y lo enviaron, e inmediatamente les pareció oír cómo la casa gris, mostrando por fin con toda claridad su malevolencia, se relamía aguardando el momento de devorarlos.

—Anthony, ¿dónde está el contrato? — preguntó Gloria llena de alarma al levantarse un domingo con algo de

resaca pero de nuevo en contacto con la realidad—. ¿Dónde lo has dejado? ¡Estaba aquí!

Enseguida supo dónde estaba el contrato. Recordó la fiesta de varios días que habían planeado en el momento álgido de su optimismo; recordó una habitación llena de hombres para quienes Anthony y ella carecían de importancia en otros momentos de menos exaltación, y de cómo su marido se había jactado del trascendental mérito y apartada situación de la casa gris, tan aislada que podía hacerse todo el ruido que se quisiera. Entonces Dick, que se hallaba presente, exclamó lleno de entusiasmo que era la mejor casita imaginable, y que sería absurdo que no volviesen a alquilarla para el verano. No les costó ningún trabajo convencerse del calor que hacía ya en Nueva York y de lo desierta que se estaba quedando la ciudad, y también de lo refrescantes y deliciosos que eran los alrededores de Marietta. Anthony había cogido el contrato, agitándolo desenfrenadamente, Gloria había dado su sonriente asentimiento, y con un último estallido de locuaz determinación durante el cual todos los presentes se comprometieron con solemnes apretones de manos que irían a hacerles una visita…

—¡Anthony! —exclamó Gloria—. ¡Lo hemos firmado y enviado!

—¿El qué?

—¡El contrato!

—¡No es posible!

—¡Anthony! —La voz de Gloria reflejaba un abatimiento sin límite. Ellos mismos se habían construido una prisión para el verano, para toda la eternidad. Aquello parecía ir directamente contra los últimos cimientos de su equilibrio mental. A Anthony se le ocurrió que quizá lograran arreglarlo con el corredor de fincas. No estaban ya en

condiciones de permitirse dos alquileres, y pasar el verano en Marietta significaba renunciar al apartamento de Anthony, el impecable apartamento con el exquisito cuarto de baño y las habitaciones cuyos muebles y cortinas había comprado él mismo —lo más parecido a un hogar que había tenido nunca—, el apartamento tan ligado a cuatro años llenos de colorido.

Pero el asunto no llegó a arreglarse con el corredor de fincas; no se arregló en absoluto. Totalmente desalentados, sin hablar siquiera de sacarle todo el partido posible, y sin que Gloria utilizara sus palabras mágicas «Me tiene sin cuidado», regresaron a la casa que —como ahora sabían perfectamente— no prestaba atención ni a la juventud ni al amor, sino tan solo a aquellos austeros e incomunicables recuerdos que ellos nunca podrían compartir.

El verano siniestro

Había una especie de horror en la casa aquel verano. Un algo que llegó con ellos y se instaló sobre aquel lugar como un manto sombrío, y que después de ocupar las habitaciones inferiores fue extendiéndose y trepando por las estrechas escaleras hasta abrumarlos incluso durante las horas del sueño. Anthony y Gloria descubrieron que les resultaba insoportable estar allí solos. El dormitorio de ella, que siempre había parecido tan alegre, tan juvenil y tan delicado, en consonancia con su ropa interior de colores suaves arrojada aquí y allá sobre una silla o sobre la cama, parecía susurrar ahora con el roce de sus cortinas:

«¡Ah, mi querida joven! Tu figura y tu delicadeza no son las primeras que se han marchitado aquí bajo los soles del verano… generaciones de mujeres sin amor se han adornado ante ese espejo para rústicos amantes que las ignoraron… La juventud ha entrado en este cuarto ataviada de azul celeste y ha salido con la mortaja gris de la desesperación, y, durante largas noches, incontables

muchachas han permanecido despiertas donde se alza esa cama, derramando a borbotones en la oscuridad oleadas de aflicción».

Gloria terminó por sucumbir ignominiosamente y sacar todos sus vestidos y cosméticos de allí, declarando que había venido a vivir con Anthony, y añadiendo como excusa que una de las telas metálicas de sus ventanas estaba rota y dejaba entrar a los insectos. De manera que su antigua habitación quedó destinada a albergar huéspedes con escasa sensibilidad, y marido y mujer se vestían y dormían en el cuarto de Anthony, que Gloria consideraba de alguna manera «bueno», como si la presencia allí del joven Patch hubiese tenido la virtud de exterminar cualquier sombra perturbadora del pasado que pudiera haber flotado entre sus paredes.

La distinción entre «bueno» y «malo» —expulsada muy pronto y sumariamente de la vida de ambos— había vuelto a ser introducida de otra manera. Gloria insistía en que todas las personas a las que se invitase a la casa gris tenían que ser «buenas», lo que, tratándose de una muchacha, significaba que tenía que ser sencilla y sin tacha o, de lo contrario, poseer cierta solidez y fuerza. Siempre extraordinariamente escéptica sobre su propio sexo, el interés de Gloria se hallaba centrado en determinar si las mujeres eran o no eran limpias. Por falta de limpieza entendía varias cosas distintas: falta de orgullo, ausencia de fibra y, sobre todo, una inconfundible atmósfera de promiscuidad.

—Las mujeres se corrompen fácilmente —decía—; mucho más fácilmente que los hombres. A no ser que una muchacha sea muy joven y valiente, le resulta casi imposible ir cuesta abajo sin cierta carga de animalidad histérica, ese tipo de animalidad artificiosa y sucia. Un hombre es diferente… y supongo que esa es la razón de

que uno de los personajes novelescos más comunes sea el de un hombre que camina valerosamente hacia su ruina.

Estaba dispuesta a que le gustaran muchos hombres, preferiblemente aquellos que le consagraban su rendido homenaje y que siempre conseguían distraerla; pero a menudo, con un golpe de intuición, le decía a Anthony que algunos de sus amigos se limitaban a utilizarlo y que era mejor desprenderse de ellos. Anthony, de ordinario, se resistía, asegurando que el acusado era «bueno», pero sus juicios resultaban siempre ser más falibles que los de Gloria, especialmente cuando, como sucedió en varias ocasiones, tuvo que enfrentarse con una serie de cuentas de restaurantes que nadie excepto él se molestaba en pagar.

Más por el temor a la soledad que por el deseo de tener huéspedes, dadas las molestias que eso lleva consigo, llenaban la casa de invitados todos los fines de semana y, con frecuencia, también durante los días de entre semana. Las reuniones de sábado y domingo se parecían mucho entre sí. Cuando habían llegado ya los tres o cuatro invitados, todos ellos del sexo masculino, lo indicado, por regla general, era empezar a beber, para pasar después a una cena muy divertida y terminar con un paseo en coche al Country Club de Cradle Beach, del que Gloria y Anthony se habían hecho miembros porque era barato, bullicioso aunque no elegante, y porque resultaba casi una necesidad precisamente para ocasiones como aquellas. Además, apenas tenía importancia lo que uno hiciese allí, y mientras el grupo de los Patch no levantara demasiado la voz, importaba poco que los dictadores sociales de Cradle Beach vieran a la alegre Gloria consumiendo cócteles en el comedor durante toda la velada con muy breves intervalos entre uno y otro.

El sábado terminaba, por regla general, en encantadora confusión: con frecuencia resultaba necesario ayudar a algún huésped desorientado a llegar hasta la cama. El domingo traía consigo los periódicos de Nueva York y una tranquila mañana en el porche dedicada a recuperarse; la tarde significaba decir adiós a uno o dos huéspedes que debían regresar a la ciudad, y una animada vuelta a la bebida por parte de los que se quedaban hasta el día siguiente, concluyendo con una velada muy cordial, si es que no llegaba a francamente divertida.

El fiel Tana, pedagogo por naturaleza y «hombre para todo» por profesión, estaba otra vez con ellos. Entre los huéspedes más habituales de la casa gris había surgido una tradición acerca del criado japonés. Maury Noble comentó una tarde que su verdadero nombre era Tannenbaum, y que se trataba de un agente alemán establecido en el país para diseminar propaganda teutónica por todo el condado de Westchester, y, a partir de aquel día, desde Filadelfia empezaron a llegar misteriosas cartas dirigidas al desconcertado oriental como «Tnte. Emile Tannenbaum», conteniendo crípticos mensajes firmados por el «Estado mayor» y adornados con una doble columna en japonés macarrónico a modo de ambientación. Anthony se los entregaba siempre a Tana sin una sola sonrisa; horas más tarde aún podía verse al recipiendario en la cocina intentando desentrañarlos y declarando con gran seriedad que los símbolos perpendiculares ni eran japoneses ni guardaban el menor parecido con el japonés.

A Gloria, Tana no le resultaba nada simpático desde el día en que, al regresar inesperadamente del pueblo, se lo encontró recostado en la cama de Anthony, descifrando un periódico. Era algo instintivo en todos los criados encariñarse con Anthony y detestar a Gloria, y Tana no era una excepción a la regla. Pero el japonés tenía muchísimo miedo a su señora y solo expresaba su animadversión en

los momentos de mayor malhumor dirigiéndose a Anthony con observaciones destinadas a los oídos de Gloria:

—¿Qué quiere cenar Miz Pats? — decía, mirando a su amo. O bien hacía comentarios sobre el intenso egoísmo de las «gentes americanas», dejando bien claro mediante el tono de voz quién era la «gente» a que se hacía referencia.

Pero no se atrevían a despedirlo. Semejante paso hubiese sido incompatible con la inercia que los dominaba. Soportaban a Tana como soportaban el mal tiempo y las enfermedades del cuerpo y la benéfica Voluntad Divina… de la misma manera que soportaban todas las demás cosas, incluso a sí mismos.

En la oscuridad

Una calurosa tarde de finales de julio Richard Caramel telefoneó desde Nueva York para decir que Maury y él venían a hacerles una visita y que traían a un amigo. Llegaron a eso de las cinco, un poco borrachos, acompañados por un hombre pequeño y corpulento de unos treinta y cinco años, a quien presentaron como Mr. Joe Hull, una de las mejores personas que Anthony y Gloria habían conocido nunca.

Joe Hull tenía una barba rubia en lucha constante por rebrotar y una voz que parecía a veces de bajo profundo y otras no pasaba de ser un ronco susurro. Anthony, que subió la maleta de Maury al piso alto, entró con él en la habitación y procedió a cerrar cuidadosamente la puerta.

—¿Quién es ese tipo? — preguntó.

Maury dejó escapar una risita jubilosa.

—¿Quién? ¿Hull? No te preocupes. Es un buen tipo.

—Sí, pero ¿quién es?

—¿Hull? Tan solo una buena persona. Es un príncipe. —Su risa se acentuó, culminando en una sucesión de agradables sonrisas gatunas. Anthony dudó entre sonreír o fruncir el entrecejo.

—Yo lo encuentro un tanto curioso. Lleva una ropa muy rara. —Hizo una pausa—. Tengo la ligera sospecha de que os lo encontrasteis anoche en algún sitio.

—Totalmente ridículo —aseguró Maury—. ¡Lo conozco de toda la vida!

Sin embargo, como Noble coronó su afirmación con otra serie de risitas, Anthony no pudo por menos de comentar:

—¡Seguro que sí!

Más adelante, justo antes de cenar, mientras Maury y Dick conversaban ruidosamente, y Joe Hull los escuchaba en silencio bebiendo un sorbo de su copa de cuando en cuando, Gloria se llevó a Anthony al comedor.

—No me gusta ese tal Hull —dijo ella—. Preferiría que usara el baño de Tana.

—No creo que sea factible sugerírselo.

—Pues yo no le quiero en el nuestro.

—Parece ser un alma cándida.

—Lleva unos zapatos blancos que parecen guantes. Se le ven perfectamente los dedos a través. ¡Uf! De todas formas, ¿quién es, si puede saberse?

—No sabría decirte.

—Yo solo sé que esos dos tienen una cara muy dura trayéndonoslo aquí. ¡Esta casa no es un Refugio de Marineros!

—Estaban borrachos cuando telefonearon. Maury ha dicho que llevan de juerga desde ayer por la tarde.

Gloria movió la cabeza, furiosa, y sin añadir otra palabra regresó al porche. Anthony notó que estaba tratando de olvidar sus dudas y de consagrarse por completo a disfrutar de la velada.

Habían tenido un día tropical, e incluso cuando ya casi era de noche las olas de calor que salían de la carretera vibraban débilmente como ondulantes cristales de mica. Aunque el cielo estaba sin nubes, mucho más allá de los bosques, en dirección al mar, había comenzado un ruido sordo y persistente, como un redoble de tambores. Cuando Tana anunció que la cena estaba lista, los hombres, ante una indicación de Gloria, entraron en el comedor sin ponerse las chaquetas.

Maury empezó una canción en la que todos participaron durante el primer plato sin desafinar. La letra no eran más que dos versos, y se cantaba con la música de una tonada popular llamada QueridaDaisy. Los versos decían así:

El… pá… pico… se… nos… ha… venido… encima,

¡y… tam… biéeeen… la… decadencia… mo… cal!

Cada interpretación era recibida con estallidos de entusiasmo y prolongados aplausos.

—¡Anímate, Gloria! —sugirió Maury—. Pareces estar un poquito deprimida.

—No lo estoy —mintió ella.

—¡Eh, Tannenbaum! —llamó Maury por encima del hombro—. Te he llenado una copa. ¡Ven por ella!

Gloria trató de detener el brazo de Maury.

—¡No, por favor!

—¿Por qué no? Quizá toque la flauta para nosotros después de cenar. Cógela, Tana.

Tana, sonriendo, se llevó la copa a la cocina. Al cabo de unos momentos Maury le dio otra.

—¡Anímate, Gloria! —exclamó—. ¡Por el amor de Dios, que todo el mundo anime a Gloria!

—Querida, bébete otra copa —le aconsejó Anthony.

—¡Sí, haz el favor!

—Anímate, Gloria —dijo Joe Hull sin esfuerzo alguno.

Gloria dio un respingo ante aquel injustificado uso del tuteo, y miró alrededor para ver si alguien más lo había notado. Su nombre, saliendo con tanta soltura de labios de una persona que se le antojaba decididamente desagradable, le repugnó. Un momento después advirtió que Joe Hull le había dado otra copa a Tana y su indignación creció de punto, intensificada en cierta manera por los efectos del alcohol.

—… y en una ocasión —estaba diciendo Maury—, Peter Granby y yo entramos en unos baños turcos de Boston a eso de las dos de la madrugada. No estaba más que el propietario, así que lo metimos en un armario empotrado y cerramos la puerta con llave. Luego entró un tipo que quería un baño turco. ¡Se creyó que éramos los masajistas, nada menos! Bien, lo agarramos y lo tiramos a la piscina con la ropa puesta. Después lo sacamos, lo tumbamos en el suelo y empezamos a darle bofetadas hasta amoratarlo. «¡No con tanta fuerza, muchachos! — decía con una vocecita chillona—. ¡Por favor…!»

¿Era aquel Maury?, pensó Gloria. Contada por cualquier otro, aquella historia le hubiese divertido, pero en boca de Maury, un hombre capaz de apreciar los matices más sutiles, un hombre que era la apoteosis del tacto y de la consideración…

El… páni… co… se… nos… ha… venido… encima, ¡y… tam… biéeen…!

Desde el exterior, un nuevo redoble de tambores ahogó el resto de la canción; Gloria se estremeció y trató de apurar su copa, pero el primer sorbo le produjo náuseas, y la dejó de nuevo sobre la mesa. Habían terminado de cenar y se fueron todos a la amplia sala de estar, llevando consigo varias botellas y frascos de licor. Alguien había cerrado la puerta que daba al porche para que no entrara el viento, y el resultado eran nuevos tentáculos de humo enroscándose en un aire ya demasiado cargado.

—¡Llamando al teniente Tannenbaum! —Otra vez el Maury completamente transformado—. ¡Tráiganos la flauta!

Anthony y Maury entraron precipitadamente en la cocina; Richard Caramel puso en marcha el fonógrafo y se acercó a Gloria.

—Baila con tu conocido primo.

—No tengo ganas de bailar.

—Entonces tendré que llevarte.

Como si estuviera haciendo algo de trascendental importancia, Dick la cogió en brazos y empezó a trotar muy seriamente por la habitación.

—¡Ponme en el suelo, me estoy mareando! —suplicó ella.

Caramel la dejó caer como un fardo en el sofá y salió disparado hacia la cocina, gritando: «¡Tapa! ¡Tana!».

A continuación, y sin previo aviso, Gloria sintió otros brazos a su alrededor y se vio una vez más suspendida en el espacio. Joe Hull, con gestos de borracho, estaba tratando de imitar a Dick.

—¡Déjeme en el suelo! —dijo Gloria con voz cortante.

La risa ebria de Hull y ver aquella mandíbula erizada de pelos rubios tan cerca de su cara despertaron en Gloria una repugnancia intolerable.

—¡Ahora mismo!

—«El… páni… co…» —empezó él, pero no llegó más lejos porque la mano de Gloria giró rápidamente, golpeándole en la mejilla. Hull la soltó inmediatamente, y ella fue a parar al suelo, no sin darse antes en el hombro un golpe de refilón con la mesa…

Luego la habitación pareció llenarse de hombres y de humo. Estaba Tana con su chaqueta blanca, haciendo eses y sostenido por Maury. De su flauta salía una extraña mezcla de sonidos, conocida, gritaba Anthony, como la canción japonesa del tren. Joe Hull, que había encontrado una caja de velas, tiraba varias a lo alto simultáneamente, y cada vez que fallaba decía a voz en grito: «¡Una menos!». Dick, por su parte, bailaba solo, totalmente enfrascado en dar vueltas muy rápidas por toda la habitación. A Gloria le pareció que todos los objetos del cuarto se tambaleaban en grotescos giros de cuatro dimensiones, a través de planos entrecruzados de un nebuloso azul.

Fuera, la tormenta había alcanzado todo su esplendor, y en los momentos de silencio se oía el roce de los arbustos más altos contra la casa y el retumbar de la lluvia sobre el techo de hojalata de la cocina. Los relámpagos resultaban interminables, dejando escapar un denso goteo de truenos como hierro en bruto saliendo de un horno al rojo blanco. Gloria veía que la lluvia entraba por tres de las ventanas… pero era incapaz de moverse para cerrarlas…

… Se hallaba en el vestíbulo. Había dado las buenas noches pero o nadie la había oído o nadie le había hecho caso. Por un instante pareció como si algo hubiese mirado hacia abajo desde lo alto de la barandilla, pero en cualquier

caso Gloria no habría podido volver a la sala de estar: mejor la locura que el caos creado por aquel clamor… Una vez en el piso alto, buscó a tientas la llave de la luz sin encontrarla; el resplandor de un relámpago se la mostró con toda claridad sobre la pared. Pero cuando la impenetrable oscuridad lo ocultó todo de nuevo, el interruptor volvió a eludir sus dedos desmañados, de manera que se quitó el vestido y la enagua y se dejó caer sin fuerzas en el lado seco de la cama medio empapada.

Cerró los ojos. Del piso bajo le llegaba el babel de los bebedores, repentinamente desbaratado por un cristalino escalofrío de vidrios rotos, y luego por otro, y también por un desafinado fragmento de canción interpretado a voz en grito…

Estuvo allí tumbada algo más de dos horas; al menos así lo calculó después, por el simple procedimiento de reunir los retazos de tiempo. Después de un largo rato se dio cuenta de que había disminuido el ruido en el piso bajo, y de que la tormenta se alejaba hacia el oeste, acompañada por prolongadas descargas de truenos que caían, pesadas e inertes como su propia alma, sobre los campos empapados. Luego la lluvia y las ráfagas de viento se fueron distanciando poco a poco, hasta que del otro lado de sus ventanas no llegaba ya más sonido que un suave goteo y el ruido silbante de una húmeda enredadera contra el alféizar. Gloria se hallaba a medio camino entre el sueño y la vigilia, sin decidirse por una cosa ni otra… y le atormentaba el deseo de librarse de una opresión que sentía sobre el pecho. Tenía el convencimiento de que, si conseguía llorar, el peso desaparecería, y apretando los párpados trató de que se le formara un nudo en la garganta… pero sin éxito…

El repiqueteo de las gotas en la ventana no era un sonido desagradable… como en primavera, como un refrescante chaparrón de su niñez, de aquellos que

formaban un barro maravilloso en el patio de atrás y regaban el diminuto jardín que Gloria había roturado con un rastrillo en miniatura y una azada. Era como los días en que caía la lluvia de unos cielos amarillos que se disolvían justo antes del crepúsculo y dejaban pasar un esplendoroso rayo de sol que iluminaba diagonalmente los árboles, húmedos y llenos de verdor. Tan refrescante, tan transparente y tan limpia… y su madre allí, en el centro del mundo, en el centro de la lluvia, segura y fuerte y sin mojarse. Gloria necesitaba ahora a su madre, y su madre estaba muerta, y nunca más volvería a verla ni a tocarla. ¡Y aquel peso que la oprimía cada vez más, y de qué manera!

De pronto toda ella se puso en tensión. Alguien había llegado hasta la puerta y estaba allí mirándola, casi completamente inmóvil, balanceándose suavemente. Gloria veía su silueta con mucha claridad, recortada contra algún incomprensible foco de luz. No se oía el menor ruido, tan solo un gran silencio con un extraño poder de sugestión… había cesado incluso el goteo sobre el alféizar… solo quedaba aquella figura, balanceándose, balanceándose junto al marco de la puerta, un terror impreciso y sutilmente amenazador, una sucia personalidad bajo el barniz social, como marcas de viruela bajo una capa de polvos. Y sin embargo su cansado corazón, latiendo con tanta violencia que hacía estremecer sus pechos, le aseguraba que todavía existía vida en ella, desesperadamente temblorosa, amenazada…

El minuto o la sucesión de minutos se prolongó interminablemente, y una mancha borrosa empezó a formarse delante de sus ojos, que trataban, con infantil perseverancia, de atravesar la oscuridad en dirección a la puerta. Parecía que un instante después alguna fuerza inimaginable destrozaría su existencia… y entonces la figura en el umbral —era Hull, Gloria vio que era Hull— se dio la vuelta pausadamente, todavía con un suave balanceo,

y desapareció, como reabsorbido por aquel incomprensible foco de luz que lo había dotado de dimensiones.

La sangre volvió a correr por sus miembros, la sangre y también la vida. En un arranque de energía Gloria se incorporó, moviendo el cuerpo hasta que sus pies tocaron el suelo junto a la cama. Sabía lo que tenía que hacer… ahora, ahora mismo, antes de que fuera demasiado tarde. Tenía que salir a aquel frescor húmedo, alejarse, para sentir el roce húmedo de la hierba alrededor de sus pies y la refrescante humedad en la frente. Se vistió mecánicamente, buscando a tientas un sombrero en el armario. Tenía que salir de aquella casa donde flotaba algo que le oprimía el pecho o que se transformaba en inciertas figuras balanceantes que brotaban de la oscuridad.

Llena de pánico intentó ponerse torpemente el abrigo, y encontró la manga al mismo tiempo que oía los pasos de Anthony en el primer tramo de las escaleras. No se atrevió a esperar; quizá no la dejara salir, e incluso Anthony era parte de aquel peso, parte de aquella casa maléfica y de la sombría oscuridad que estaba creciendo a su alrededor…

Pasillo adelante, entonces… y luego por la escalera de atrás, oyendo la voz de Anthony en el dormitorio que acababa de abandonar.

—¡Gloria! ¡Gloria!

Pero ella había llegado ya a la cocina y atravesado el umbral para perderse en la noche. Un centenar de gotas, arrancadas por un golpe de viento de un árbol empapado, se derramaron sobre ella, que las restregó feliz contra su rostro con manos ardientes.

—¡Gloria! ¡Gloria!

La voz resultaba infinitamente remota, como ahogada y convertida en quejumbroso lamento por las paredes que

acababa de abandonar. Gloria dio la vuelta alrededor de la casa y se dirigió por la avenida hacia la carretera, sintiéndose casi exultante cuando la alcanzó y empezó a seguir la alfombra de hierba corta que corría a su costado, avanzando con precaución en la intensa oscuridad.

—¡Gloria!

Ella echó a correr, y tropezó con un trozo de rama arrancado por el viento. La voz sonaba ya fuera de la casa. Anthony, al encontrar vacío el dormitorio, había salido al porche. Pero aquella presencia que iba dejando atrás obligaba a Gloria a seguir; estaba allí, con Anthony, y ella tenía que seguir huyendo bajo aquel cielo oscuro y opresivo, esforzándose por atravesar el silencio que tenía delante como si fuera una barrera tangible.

Había avanzado ya cierta distancia sobre la carretera apenas visible, probablemente media milla, y dejado atrás un granero desierto, oscuro como un mal presagio, la única edificación existente entre la casa gris y Marietta, cuando torció por la bifurcación donde la carretera entraba en el bosque, y corrió entre dos murallas de hojas y ramas que casi llegaban a tocarse por encima de su cabeza. De repente notó un brillo plateado, estrecho y longitudinal, delante de ella, en la carretera, que era como una resplandeciente espada hundida a medias en el barro. Al acercarse más, Gloria dejó escapar un gritito de satisfacción: era un surco hecho por las ruedas de los carros, lleno de agua, y al mirar hacia el cielo vio una pequeña hendidura entre las nubes y supo que había salido la luna.

—¡Gloria!

La voz le produjo un violento sobresalto. Anthony estaba a menos de sesenta metros de distancia.

—¡Gloria, espérame!

La muchacha apretó los labios para no gritar, y apresuró el paso. Antes de recorrer otros treinta metros el bosque desapareció, enroscándose hacia atrás como una oscura media separándose de la pierna de la carretera. Delante de ella, a tres minutos de camino, suspendido en el aire ahora ilimitado, Gloria vio un delgado entrecruzamiento de débiles brillos y resplandores, centrados en una simétrica ondulación sobre algún punto invisible. Bruscamente supo adónde iría. Aquello era la gran cascada de cables que se alzaba por encima del río, como las patas de una gigantesca araña cuyos ojos fuesen la lucecita verde en la caseta del cambio de aguja, y que corría junto con el puente del ferrocarril hacia la estación. ¡La estación! Allí estaría el tren que la llevaría lejos.

—¡Gloria, soy yo, Anthony! ¡No pienso detenerte! Por el amor de Dios, ¿dónde estás?

Ella no contestó, sino que empezó a correr, manteniéndose en el lado más elevado de la carretera y saltando sobre los charcos centelleantes, pozos sin fondo de tenue oro insustancial. Torciendo bruscamente hacia la izquierda, Gloria se adentró por un estrecho camino de carros, desviándose para evitar un cuerpo oscuro sobre el suelo. Luego levantó la vista hacia un búho que ululó tristemente desde un árbol solitario. Inmediatamente delante de ella se veía la estructura de madera que llevaba hasta el puente del ferrocarril y los escalones que subían hasta ella. La estación se hallaba al otro lado del río.

Otro ruido la sobresaltó, el melancólico pitido de un tren que se acercaba y, casi simultáneamente, la voz de Anthony llamándola nuevamente, pero ahora más débil y mucho más lejos.

—¡Gloria! ¡Gloria!

Anthony debía de haber seguido carretera adelante. Ella se echó a reír, sintiendo una especie de maliciosa alegría por haberlo evitado; ahora disponía de tiempo para esperar a que pasara el tren.

La locomotora silbó de nuevo, mucho más cerca, y luego, sin anunciarse con algún estrépito o clamor, un cuerpo oscuro y sinuoso apareció describiendo una curva contra las sombras por debajo de la vía terraplenada, y, sin otro sonido que el roce del aire al partirse y el repiqueteo de los raíles semejante a un tictac de reloj, avanzó en dirección al puente: era un tren eléctrico. Por encima de la locomotora dos brillantes manchas de luz azul formaban a cada momento una chisporroteante barra refulgente, que, como la llama vacilante de una lámpara junto a un cadáver, iluminaba por un instante las sucesivas hileras de árboles e hizo que Gloria retrocediera instintivamente al lado opuesto del camino. La luz era tibia… la temperatura de la sangre caliente… El repiqueteo del tren se fundió de improviso consigo mismo creando un sonido compacto, y después, alargándose con sombría elasticidad, los vagones pasaron delante de ella con ciego estruendo y se abalanzaron hacia el puente, compitiendo en velocidad con el lívido haz de fuego arrojado sobre el solemne río que avanzaba a su lado. Luego el tren se contrajo rápidamente, succionando su propio sonido hasta dejar tan solo un eco resonante que murió sobre la orilla opuesta.

El silencio se instaló de nuevo en el húmedo paisaje, reanudándose el suave goteo y, de repente, un chaparrón inesperado cayó sobre Gloria, sacándola de la apatía, como de estado hipnótico, en que la había sumido el paso del tren. Echó a correr muy deprisa por un terraplén hacia la orilla y luego trepó por la escalera de hierro hasta el puente, recordando que era algo que siempre había deseado hacer, y que disfrutaría del placer adicional de

atravesar la tablazón de una yarda de ancho que corría junto a los raíles por encima del río.

¡Había llegado! Aquello era mucho mejor. Estaba en lo más alto y podía ver las tierras a su alrededor como sucesivas extensiones de campo abierto, heladas bajo la luna, toscamente remendadas y cosidas con estrechas hileras de árboles y pequeños bosquecillos. A su derecha, a media milla siguiendo el curso del río, que se arrastraba detrás de la luz como un brillante y viscoso rastro de caracol, parpadeaban las desperdigadas luces de Marietta. A menos de doscientas yardas —al final del puente— se agazapaba la estación, marcada por un tétrico farol. La opresión había desaparecido ya... las copas de los árboles por debajo de ella acunaban la joven luz de las estrellas, convirtiéndola en suave ensoñación poblada de fantasmas. Gloria extendió los brazos en un gesto de libertad. Aquello era lo que había deseado: hallarse sola en un lugar alto y fresco.

—¡Gloria!

Como un niño asustado, la muchacha corrió precipitadamente por la tablazón, brincando, saltando, haciendo cabriolas, con maravillosa conciencia de su propia ligereza física. «Que me alcance...», ya no le daba miedo, pero antes tenía que llegar a la estación, porque era parte del juego. Se sentía feliz. Iba descubierta —el sombrero bien sujeto en la mano—, con el cabello corto y rizado flotando alrededor de las orejas. Había creído que nunca volvería a sentirse tan joven, pero aquella era su noche, su mundo. Rio triunfalmente al abandonar la tablazón, y al llegar al andén de madera se dejó caer, feliz, junto a una de las columnas de hierro que sujetaban el techo.

—¡Aquí estoy! —gritó, alegre como la aurora en su exaltación—. Estoy aquí, Anthony, cariño, mi querido y preocupado Anthony.

—¡Gloria! —Su marido llegó al andén y corrió hacia ella—. ¿Estás bien? —Al llegar a su lado se arrodilló y la cogió en brazos.

—Sí.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te has ido? —preguntó ansiosamente.

—Tenía que hacerlo… había algo…— Hizo una pausa y un relámpago de ansiedad cruzó por su mente—. Había algo oprimiéndome… aquí. —Colocó una mano sobre el pecho—. Tenía que salir y alejarme de aquello.

—¿Qué quieres decir con «algo»?

—No lo sé… ese tipo, Hull…

—¿Te ha molestado?

—Vino hasta la puerta de mi cuarto, borracho. Creo que para entonces ya estaba yo medio trastornada.

—Gloria, querida…

Ella apoyó cansadamente la cabeza en su hombro.

—Volvamos a casa —sugirió él.

Gloria se estremeció.

—No; no puedo. Esa cosa volvería a tratar de ahogarme. —Su voz se convirtió en un grito que quedó flotando, lastimero, en la oscuridad.

—Está bien… está bien —la tranquilizó él, apretándola contra sí—. No haremos nada que no te apetezca. ¿Qué quieres? ¿Quedarte aquí, simplemente?

—No… lo que quiero es marcharme.

—¿Dónde?

—Es igual, a cualquier sitio.

—¡Caramba, Gloria! —exclamó él—, ¡todavía no se te ha pasado la borrachera!

—No, no estoy borracha. No lo he estado en toda la noche. Subí a acostarme, media hora después de la cena, poco más o menos… ¡Ay!

Anthony le había tocado involuntariamente el hombro derecho.

—Me duele. Me he dado un golpe. No sé bien… alguien me cogió y me dejó caer.

—Gloria, vamos a casa. Es tarde y hay mucha humedad.

—No puedo —gimió ella—. ¡Anthony, no me pidas que vaya ahora! Volveré mañana. Vete tú a casa; yo esperaré aquí a que pase un tren. Iré a un hotel.

—Iré contigo.

—No, no quiero que vengas conmigo. Quiero estar sola. Quiero dormir… sí, eso es lo que quiero, dormir. Y mañana, cuando hayas conseguido eliminar el olor a whisky y a cigarrillos, y esté todo en su sitio y Hull se haya marchado, volveré a casa. Si fuera ahora, esa cosa… —Se cubrió los ojos con la mano; Anthony se percató de la inutilidad de tratar de convencerla.

—Yo estaba completamente sereno cuando te marchaste —dijo—. Dick dormía en el sofá y Maury y yo discutíamos sobre algo. Ese tipo Hull había desaparecido. Entonces empecé a darme cuenta de que llevaba varias horas sin verte, y subí al dormitorio…

Se interrumpió cuando un «¡Eh, vosotros!» a modo de salutación, salió repentinamente de la oscuridad. Gloria se puso en pie de un salto y Anthony hizo lo mismo.

—Es la voz de Maury —exclamó ella muy excitada—. Si Hull está con él, no dejes que se acerquen, por favor, ¡que

no se acerquen!

—¿Quién anda ahí? —preguntó Anthony.

—Solo Dick y Maury —contestaron dos voces tranquilizadoramente.

—¿Dónde está Hull?

—En la cama. Perdió el conocimiento.

Sus siluetas se dibujaron débilmente sobre el andén.

—¿Qué demonios estáis haciendo Gloria y tú aquí? —preguntó Richard Caramel con somnolienta sorpresa.

—¿Qué demonios hacéis vosotros dos?

Maury se echó a reír.

—Que me ahorquen si lo sé. Te hemos venido siguiendo, y no ha resultado nada fácil. Te oí en el porche llamando a gritos a Gloria, así que desperté a Caramel y conseguí hacerle entender, con cierta dificultad, que si había una expedición de socorro, más valía que formáramos parte de ella. Luego consiguió que me retrasara sentándose en la carretera de cuando en cuando y preguntando qué era lo que pasaba. Os seguimos la pista gracias al agradable aroma del whisky.

Algunas risas nerviosas se alzaron hacia la tejavana de poca altura que cubría el andén.

—De verdad, ¿cómo encontraste la pista?

—Bueno, seguimos carretera adelante y, de repente, os perdimos. Parece que os habíais metido por un camino de carros. Al cabo de un rato alguien nos llamó para preguntar si buscábamos a una chica joven. Nos acercamos y vimos a un ancianito que tiritaba sentado en un árbol caído, como un personaje de un cuento de hadas. «Torció por aquí —dijo —, y casi me pisó de tan deprisa como iba, y luego llegó

corriendo un tipo con pantalones de golf y se fue tras ella. Me tiró esto al pasar». El viejo se dedicaba a agitar un billete de dólar que tenía en la mano…

—¡Pobrecillo! —exclamó Gloria, conmovida.

—Yo le tiré otro dólar y seguimos adelante, aunque nos pidió que nos quedásemos y le contáramos lo que pasaba.

—Pobre viejo —repitió Gloria melancólicamente.

Dick, con aspecto muy soñoliento, se sentó sobre una caja.

—¿Y ahora qué? —preguntó con tono de estoica resignación.

—Gloria está nerviosa —explicó Anthony—. Nos vamos a Nueva York en el próximo tren.

Maury se sacó un horario del bolsillo.

—Enciende una cerilla.

Una minúscula llamarada surgió de la oscuridad, iluminando cuatro rostros, grotescos y extraños en medio de la noche.

—Veamos. Dos, dos y media… no, eso es durante el día. Cielos, no aparecerá un tren hasta las cinco y media.

Anthony dudó.

—Bueno —murmuró, inseguro—, hemos decidido quedarnos aquí a esperarlo. Vosotros, más vale que os volváis a dormir.

—Vete tú también, Anthony —suplicó Gloria—; me gustaría que durmieras un poco, cariño. Te has pasado todo el día tan pálido como un fantasma.

—¡Anda, no digas tonterías!

Dick bostezó.

—Muy bien. Vosotros os quedáis, nosotros nos quedamos.

Dio unos pasos hasta salir de la tejavana y examinó el cielo.

—Una noche bastante agradable, después de todo. Brillan las estrellas y todo lo demás. Una colección extraordinariamente agradable de cuerpos celestes.

—Déjame ver. —Gloria se dirigió hacia donde estaba Dick y los otros dos la siguieron—. Sentémonos aquí fuera —sugirió ella—. Me gusta más este sitio.

Anthony y Dick convirtieron una larga caja en un respaldo y encontraron una tabla suficientemente seca para que Gloria se sentara en ella. Anthony se dejó caer a su lado y Dick, con algunas dificultades, se encaramó en un barril de manzanas que estaba muy cerca.

—Tana se quedó dormido en la hamaca del porche —hizo saber Caramel—. Lo metimos dentro de la casa y lo dejamos en la cocina junto al fogón para que se secara. Estaba calado hasta los huesos.

—¡No me hables de ese horrible hombrecillo! —suspiró Gloria.

—¿Qué tal estáis? —La voz, sonora y fúnebre, les llegaba desde lo alto, y alzaron la vista sorprendidos para descubrir que, de alguna manera, Maury, después de trepar al techo del cobertizo, se había sentado en el borde con los pies colgando, y se recortaba ahora como una gárgola fantástica e incorpórea, contra el cielo otra vez brillante.

—Cuando los virtuosos de la tierra — empezó con voz suave, y sus palabras daban la sensación de caer flotando desde una inmensa altura para posarse blandamente sobre sus oyentes— adornan los ferrocarriles con carteles afirmando en rojo y amarillo que «Jesucristo es Dios»,

colocándolos, muy adecuadamente, junto a otros que anuncian la bondad de «El Whisky de Gunter», deben de hacerlo para ocasiones como esta.

Se oyeron algunas risas no muy fuertes, y los tres que estaban abajo siguieron con las cabezas vueltas hacia el cielo.

—Creo que voy a contaros la historia de mi educación —continuó Maury—, bajo estas irónicas constelaciones.

—¡Sí, por favor!

—¿De verdad queréis que lo haga?

Aguardaron expectantes, mientras Maury dirigía un bostezo meditabundo hacia la blanca y sonriente luna.

—Bien —empezó—; de niño rezaba. Almacenaba oraciones contra futuras maldades. Un año almacené mil novecientos «Con Dios me acuesto».

—Echa un cigarrillo — murmuró alguien.

Una cajetilla cayó sobre el andén al mismo tiempo que una orden estentórea:

—¡Silencio! Estoy a punto de descargarme de muchas memorables observaciones reservadas para la oscuridad de tierras como esta y para el resplandor de cielos como el que nos cobija.

Abajo, una cerilla encendida iba pasando de un pitillo a otro. La voz prosiguió:

—Yo era partidario de engañar a la Deidad. Rezaba inmediatamente después de todos los delitos hasta que terminé siendo incapaz de distinguir una cosa de otra. Creía que porque una persona exclamara «¡Dios mío!» cuando se le caía encima una caja de caudales, quedaba probado que la fe tenía unas raíces muy hondas en el corazón del ser humano. Después fui a la escuela. Durante

catorce años, medio centenar de hombres serios me señalaron con el dedo antiguos trabucos de chispa, gritando: «Eso es lo auténtico. Los nuevos rifles no son más que imitaciones superficiales, sin valor». También condenaban los libros que leía y las cosas que pensaba mediante el procedimiento de llamarlos inmorales; posteriormente la moda cambió, y las mismas personas condenaban las cosas llamándolas «inteligentes».

»Así fue como pasé, con notable prudencia dados mis años, de los profesores a los poetas, escuchando… la voz de tenor lírico de Swinburne y la de tenor dramático de Shelley, la de bajo noble de Shakespeare con su espléndida gama de sonidos, la de bajo segundo de Tennyson, cantando en falsete de cuando en cuando, y la voz de bajo profundo de Milton y Marlowe. Presté oído al charloteo de Browning, al declamar de Byron y al monótono zumbido de Wordsworth. Esto, por lo menos, no me hizo ningún daño. Aprendí un poquito de belleza (lo suficiente para saber que no tiene nada que ver con la verdad) y descubrí, además, que no existía ninguna gran tradición literaria; que solo existía la tradición de la muerte memorable de todas las tradiciones literarias…

»Luego crecí, y dejó de existir para mí la belleza de las ilusiones más llenas de vida. Mi mente se hizo más vulgar y mis ojos, por desgracia, más penetrantes. La vida se alzó como un mar alrededor de mi isla y enseguida me encontré nadando.

»La transición fue sutil… la fuerza que operó el cambio llevaba algún tiempo esperándome. Tiene sus trampas insidiosas, aparentemente inocuas, para todos. ¿Qué pasó conmigo? No; no intenté seducir a la mujer del conserje… ni tampoco corrí por las calles desnudo, proclamando mi virilidad. Nunca es realmente la pasión quien hace las cosas… son los adornos con que se cubre la pasión. Me

aburría… eso era todo. El aburrimiento, que es otro nombre de la vitalidad y uno de sus frecuentes disfraces, se convirtió en motivo inconsciente de todos mis actos.

La belleza había quedado a mis espaldas, ¿comprendéis…? Ya era una persona madura. —Maury hizo una pausa—. Fin del período estudiantil en el instituto y en la universidad. Comienzo de la segunda parte.

Tres puntos de luz calladamente activos precisaban la localización de los oyentes. Gloria estaba ahora mitad sentada y mitad tumbada sobre el regazo de Anthony. Él le rodeaba el cuerpo con un brazo y apretaba con tanta fuerza que Gloria oía los latidos del corazón de su marido. Richard Caramel, subido en el barril de manzanas, se movía de cuando en cuando y dejaba escapar débiles gruñidos.

—Así que llegué a persona adulta en esta tierra de palabrería y música sincopada, y me hundí de inmediato en un estado de confusión que casi podía oírse. La vida se alzaba a mi lado como una profesora inmoral, corrigiendo mis bien ordenadas ideas. Pero, debido a una equivocada fe en la inteligencia, seguí adelante sin escatimar esfuerzos. Leí a Smith, que se reía de la caridad e insistía en que la burla despreciativa era la forma más elevada de autoexpresión. Pero el mismo Smith ocupó el sitio de la caridad como obstáculo para alcanzar la luz. Leí a Jones, que eliminaba limpiamente el individualismo… pero he aquí que Jones me impedía seguir adelante. Yo no pensaba… era un campo de batalla para las ideas de muchos hombres; más bien uno de esos países tan codiciables como impotentes que las grandes potencias invaden periódicamente.

»Había alcanzado la madurez bajo la impresión de que estaba reuniendo la experiencia necesaria para ordenar mi vida hacia la consecución de la felicidad. De hecho, llevé a cabo la hazaña (nada infrecuente, por otro lado) de resolver

todos los problemas en mi mente mucho antes de que se me presentaran en la vida real… sin dejar por ello de salir derrotado ni de experimentar el mismo grado de desconcierto.

»Pero después de probar unas cuantas veces este último manjar decidí que ya estaba bien. No merece la pena acumular experiencia, me dije. No es una cosa que suceda placenteramente a un tú pasivo… es un muro contra el que se estrella un tú activo. De manera que me envolví en lo que consideraba ser mi invulnerable escepticismo y decidí dar por terminada mi educación. Pero ya era demasiado tarde. Fueran cuales fuesen mis intentos de protegerme, renunciando a crear nuevos lazos con una humanidad trágica y predestinada, me encontraba tan perdido como los demás. Había trocado la lucha contra el amor por la lucha contra la soledad, la lucha contra la vida por la lucha contra la muerte.

Maury se interrumpió para dar mayor fuerza a esta última observación, y al cabo de un momento bostezó y reanudó su monólogo.

—Supongo que el principio de la segunda fase de mi educación fue un terrible descontento al saberme usado, a pesar de mí mismo, con algún propósito insondable cuya última meta yo ignoraba… si es que, en realidad, existía una meta última. Era una elección difícil. La profesora parecía estar diciendo: «Vamos a jugar al fútbol y nada más que al fútbol. Si no quieres jugar al fútbol no podrás jugar a nada…».

»¿Qué podía hacer yo? ¡Había tan poco tiempo para jugar!

»¿Comprendéis? Yo sentía que se nos negaba incluso el consuelo que pueda haber en ser el simulacro de un hombre colectivo que empieza a levantarse después de

estar arrodillado. ¿Pensáis que me apresuré a aceptar este pesimismo, que lo abracé como una cosa superior, generadora de una dulce complacencia en mí mismo, tan poco capaz de deprimirme, en realidad, como, digamos, un día gris de otoño delante de un buen fuego…? Creo que no fue eso lo que hice. Creo que había demasiado ardor dentro de mí para hacer eso, que estaba demasiado vivo.

»Porque me parecía que no existía un objetivo último para el hombre. El hombre estaba empezando una lucha grotesca y confusa con la naturaleza… la naturaleza, que por un divino y magnífico accidente nos había hecho llegar a un sitio desde donde podíamos desobedecerla abiertamente. Ella había inventado formas para librar a la raza de los individuos inferiores, dando así a los restantes la fuerza con que llevar a cabo sus propósitos más elevados (o, quizá, podríamos decir, sus propósitos más divertidos), si bien todavía inconscientes y accidentales. Y, lanzados a la acción por los dones más excelsos del conocimiento, estábamos tratando de evitarla. Yo veía a los negros empezando a mezclarse con los blancos… en Europa se producía una catástrofe económica para salvar a tres o cuatro razas enfermas y detestablemente gobernadas del único poder que podría organizarlas para alcanzar la prosperidad material.

»Producimos un Cristo capaz de alzar al leproso… y ahora la descendencia del leproso es la sal de la tierra. Si hay alguien capaz de descubrir una lección en eso, que dé un paso al frente.

—En cualquier caso, de la vida solo se puede aprender una lección —interrumpió Gloria, no para contradecirlo, sino dando más bien una especie de melancólico asentimiento a las palabras de Maury.

—¿Cuál es? —preguntó Noble con tono cortante.

—Que la vida no enseña ninguna lección.

Después de un breve silencio, Maury dijo:

—He aquí a la joven Gloria, la hermosa y despiadada dama, la primera que contempló el mundo con la fundamental desilusión que yo me he esforzado por alcanzar, la desilusión que Anthony nunca logrará, y que Dick nunca entenderá por completo.

Se oyó un gruñido de disgusto procedente del barril de manzanas. Anthony, habituado a la oscuridad, vio claramente el relámpago del ojo amarillo de Richard Caramel y la expresión de resentimiento en su rostro mientras exclamaba:

—¡Estás loco! De acuerdo con tus propias palabras, yo tendría que haber adquirido cierta experiencia por el hecho de intentarlo.

—¿De intentar qué? —gritó Maury furiosamente—. ¿Atravesar la oscuridad del idealismo político con algún estrafalario y desesperado impulso hacia la verdad? ¿Pasar los días sentado en una silla, infinitamente alejado de la vida, contemplando la aguja de un chapitel entre los árboles, e intentar separar, de una vez por todas, lo cognoscible de lo incognoscible? ¿Tomar un fragmento de la realidad y hacerlo atractivo con los recursos de tu alma para suplir esa cualidad inexpresable que poseía en la vida y que ha perdido al trasladarlo al papel o al lienzo? ¿Bregar en un laboratorio durante interminables años por una pizca de verdad relativa en una masa de engranajes o en un tubo de ensayo…?

—¿Es que tú sí lo has hecho?

Maury hizo una pausa, y en su respuesta, cuando se produjo, había una dosis de cansancio, una nota de amargura que se demoró por un instante en la mente de

sus tres oyentes antes de salir a la superficie y empezar su ascensión hacia la luna como una pompa de jabón.

—No, yo no —dijo suavemente—. Yo nací cansado… pero con sentido común, el don de las mujeres como Gloria… a eso, a pesar de todo mi hablar y escuchar, a pesar de aguardar en vano la decisiva generalización que parece esperarnos a la vuelta de todos los razonamientos y de todas las reflexiones, a eso no he sido capaz de añadir absolutamente nada.

A lo lejos, un sonido grave que se estaba oyendo desde hacía unos instantes se hizo reconocible mediante un quejumbroso mugido como de una vaca gigantesca y el brillo nacarado de un faro delantero que apareció a media milla de distancia. Esta vez se trataba de un tren con locomotora de vapor que se acercaba entre gruñidos con gran estrépito, y que al pasar dando tumbos y lanzando un monstruoso lamento, arrojó una lluvia de chispas y de ceniza sobre el andén.

—¡Absolutamente nada! —De nuevo la voz de Maury cayó sobre ellos como si viniera desde gran altura—. ¡Qué cosa tan débil es la inteligencia, con sus pasitos cortos, sus vacilaciones, sus idas y venidas, sus desastrosos retrocesos! La inteligencia es un mero instrumento de las circunstancias. Hay quien dice que la inteligencia debe de haber construido el universo… ¿Cómo sería posible si la inteligencia no ha construido siquiera una locomotora de vapor? Las circunstancias construyeron una locomotora de vapor. La inteligencia es poco más que un doble decímetro con que medir los infinitos logros de las Circunstancias.

»Podría citaros la filosofía del momento… pero nada nos impide pensar que dentro de cincuenta años se haya producido una completa inversión de ese espíritu abnegado que domina hoy a los intelectuales, el triunfo de Cristo sobre Anatole France… —Maury vaciló un momento, y

luego añadió—: Pero todo lo que he aprendido… la tremenda importancia que yo tengo para mí mismo, y la necesidad de reconocerme a mí mismo esa importancia… esas cosas, la prudente y encantadora Gloria nació sabiéndolas, así como la dolorosa inutilidad de tratar de saber cualquier otra cosa.

»Bien, dije que iba a hablaros de mi educación, ¿no es cierto? Pero no he aprendido nada, ¿os dais cuenta?, muy poco incluso acerca de mí mismo. Y aunque lo hubiera hecho moriría con la boca cerrada y sin destapar la pluma estilográfica… como han hecho los hombres más prudentes… bueno, desde el fracaso de cierto proyecto… un asunto bien extraño, dicho sea de paso. Tiene que ver con unos escépticos que se creían muy perspicaces, exactamente igual que vosotros y yo. Dejadme que os cuente lo que les sucedió a modo de oración vespertina antes de que os quedéis dormidos.

»Sucedió una vez que todos los hombres inteligentes y con genio del mundo llegaron a profesar una misma fe… es decir, la falta de fe. Pero les preocupaba pensar que, al cabo de unos pocos años después de su muerte, se les atribuirían muchos cultos y sistemas y presagios que nunca habían considerado ni propuesto. De manera que se dijeron unos a otros:

»»Reunámonos y escribamos un gran libro que logre para siempre burlarse de la credulidad de los hombres. Convenzamos a nuestros poetas más eróticos para que escriban sobre los deleites de la carne, y a algunos de nuestros más vigorosos periodistas para que añadan historias de amores famosos. Incluiremos los más absurdos cuentos de viejas que circulan ahora. Escogeremos los humoristas con mayor agudeza para dar forma a una deidad sacada de todos los dioses adorados por la humanidad, un dios de mayor magnificencia que todos los

demás, pero al mismo tiempo con tantas debilidades humanas que se convierta en objeto de risa para todo el mundo… y le atribuiremos todo tipo de chistes y vanidades y enfados, a los que se dará por supuesto que se entrega para su propia diversión, de manera que la gente leerá nuestro libro y meditará sobre él, y dejarán, ya para siempre, de decirse desatinos en el mundo.

»«Finalmente, ocupémonos de que el libro posea todas las virtudes estilísticas, de manera que dure para siempre como testigo de nuestro profundo escepticismo y universal ironía».

»Así lo hicieron, y posteriormente murieron.

»Pero el libro siguió viviendo, tal era la belleza con que lo habían escrito, y tan asombrosas las cualidades imaginativas con que aquellos hombres de inteligencia y de genio lo habían dotado. Ellos no se molestaron en darle nombre, pero después de su muerte se le llegó a conocer con el nombre de la Biblia.

Al terminar Maury nadie hizo ningún comentario. Una suave lasitud que flotaba en el aire de la noche parecía haberlos hechizado a todos.

—Como os decía, empecé con la historia de mi educación. Pero los vapores del alcohol se han esfumado, la noche se acaba, y muy pronto se alzará un terrible guirigay por todas partes, en los árboles y en las casas, y en las dos tiendecitas que están ahí detrás de la estación, y se producirá un gran ir y venir sobre la tierra durante unas pocas horas… Bueno —concluyó, echándose a reír—, gracias a Dios nosotros cuatro podemos ir al descanso eterno sabiendo que nuestra vida en el mundo ha servido para mejorarlo un poco.

Se alzó una brisa, arrastrando con ella tenues vestigios de vida que se aplastaron contra el cielo.

—Tus palabras no resultan ser más que divagaciones sin conclusión —dijo Anthony con voz somnolienta—. Esperabas uno de esos milagros de iluminación que le permiten a uno decir las cosas más brillantes y llenas de sentido en el marco exacto que debiera poner en marcha el simposio ideal. Mientras tanto Gloria ha demostrado su perspicaz indiferencia quedándose dormida… lo sé con seguridad porque ha logrado concentrar todo su peso sobre mi cuerpo destrozado.

—¿Os he aburrido? —preguntó Maury, mirando hacia abajo con cierta preocupación.

—No, pero nos has decepcionado. Es cierto que has lanzado muchas flechas, pero ¿cuántos pájaros han caído?

—Los pájaros los dejo para Dick —se apresuró a responder Maury—. Hablo desordenadamente, en fragmentos disociados.

—No conseguirás provocarme —murmuró Dick—. Tengo la cabeza demasiado llena de cosas materiales. Me apetece demasiado un baño caliente para preocuparme de la importancia de mi trabajo o de cuántas figuras patéticas hay entre nosotros.

El amanecer se hizo sentir mediante un acopio de blancura hacia el este por encima del río y un piar intermitente en los árboles más cercanos.

—Las cinco menos cuarto —suspiró Dick—; casi otra hora de espera. ¡Mira! Ya han caído dos. —Señalaba a Anthony, a quien se le habían cerrado los ojos.

El sueño de la familia Patch…

Pero al cabo de cinco minutos, a pesar del piar y gorjear cada vez más fuertes, Dick dio una cabezada, y después otra, y luego una tercera…

Solo Maury Noble seguía despierto, sobre el tejado de la estación, los ojos muy abiertos y fijos con cansada intensidad en el distante núcleo de la mañana. Reflexionaba sobre la falta de realidad de las ideas, sobre el brillo cada vez menor de la existencia y sobre los pequeños intereses que se introducían ávidamente en su vida, como ratas en una casa en ruinas. Ahora no sentía ya compasión por nadie… el lunes por la mañana volvería a ocuparse de sus negocios, y después estaría con una chica de otra clase social, para quien él era la vida entera; aquellas eran las cosas que estaban más cerca de su corazón. En la extrañeza creada por la progresiva invasión de la luz diurna, resultaba presuntuoso que hubiese tratado alguna vez de pensar con aquel instrumento débil y roto que era su mente.

Allí estaba el sol, dejando caer grandes masas radiantes de calor; allí estaba la vida, activa y enmarañada, moviéndose a su alrededor como una nube de moscas… los oscuros jadeos humeantes de la locomotora, un tajante «¡Viajeros al tren!» y el repicar de una campana. Confusamente, Maury vio ojos que lo miraban con curiosidad desde el tren de la leche, oyó a Gloria y a Anthony en rápida discusión sobre si él debía acompañarla a la ciudad… luego un nuevo estrépito, y la muchacha se había marchado y los tres hombres, pálidos como muertos, seguían de pie sobre el andén, mientras un tiznado carbonero pasaba por la carretera encima de un camión, alabando con roncos cánticos la mañana de verano.

3. El laúd roto

Son las siete y media de una tarde de agosto. Las ventanas del cuarto de estar de la casa gris están abiertas

de par en par, intercambiando pacientemente la viciada atmósfera con olor a humo y a bebidas alcohólicas por la somnolencia no contaminada del último calor del crepúsculo. Flotan en el aire aromas de flores moribundas, tan sutiles, tan frágiles, como para sugerir que debe darse por terminado el verano. Pero quedan todavía alrededor del porche lateral un millar de grillos que cantan incesantemente a agosto; y hay uno incluso que se ha metido en el interior de la casa, ocultándose confiado tras una librería, para dar a conocer desde allí, de cuando en cuando, su brillante inteligencia y su indomable voluntad.

En la habitación misma reina un desorden total. Sobre la mesa hay una bandeja con fruta de verdad que parece artificial. A su alrededor se agrupa una ominosa variedad de frascos de licor, vasos y ceniceros rebosantes de colillas, de los que aún se alzan hasta el aire viciado temblorosas escalas de humo… El efecto de conjunto solo necesitaría de una calavera para asemejarse a esa venerable estampa coloreada (en otro tiempo elemento imprescindible en toda «guarida») que representa los accesorios de una vida de placer con una deliciosa sensibilidad capaz de inspirar espanto a cualquier alma sencilla.

Al cabo de un rato, el alegre solo del supergrillo se ve interrumpido más que acompañado por un nuevo sonido… el melancólico lamento de una flauta caprichosamente tocada. Resulta obvio que el músico en cuestión practica más que ejecuta, porque de cuando en cuando la informe melodía se interrumpe para recomenzar nuevamente después de un intervalo de impreciso refunfuñar.

Inmediatamente antes del séptimo comienzo en falso, un tercer sonido se incorpora a la suave discordancia. Es un taxi que llega a la casa. Un minuto de silencio, luego otra vez el taxi, que casi oculta con su estrepitosa retirada el

ruido de pasos sobre la avenida con piso de cenizas. El timbre de la puerta extiende la alarma por toda la casa.

De la cocina sale un pequeño y fatigado japonés, abrochándose apresuradamente la chaquetilla de dril blanco. Abre la puerta exterior de tela metálica y hace pasar a un apuesto joven de unos treinta años, que lleva esa ropa bien intencionada característica de las personas que sirven a la humanidad. En él todo tiene un aire bienintencionado: la mirada con la que examina la habitación está compuesta de curiosidad y decidido optimismo; al contemplar a Tana, sus ojos reflejan una total voluntad de elevar moralmente al impío oriental. Su nombre es Frederick E. Paramore. Estudió con Anthony en Harvard, donde debido a las iniciales de sus apellidos siempre los colocaban juntos en las clases. Esto provocó que llegara a existir cierta relación entre ellos… pero no se han vuelto a ver desde entonces.

Sin embargo, Paramore ha entrado en la casa dando la impresión de que viene a pasar la noche.

Tana contesta a una pregunta.

TANA. (Sonriendo con deseo de agradar) Han ido a cenar a la Fonda. De vuelta en media hora. Marcharon a las seis y media.

PARAMORE. (Mirando los vasos sobre la mesa) ¿Tienen invitado s?

TANA. Sí. Invitados. Mr. Caramel, Mr. y mistress Barnes, miss Kane, todos están aquí.

PARAMORE. Ya veo. (Amablemente) Se han corrido una juerga, por lo que parece.

TANA. No entiendo.

PARAMORE. Que han echado una cana al aire, vamos.

TANA. Sí, bebido. Han bebido mucho, mucho.

PARAMORE. (Abandonando delicadamente el tema) ¿No había alguien tocando un instrumento musical hace unos instantes?

TANA. (Con risitas espasmódicas) Si, era yo.

PARAMORE. Un instrumento japonés.

No cabe duda de que está suscrito al National Geographic Magazine.

TANA. Toco la flauta, la flauta japonesa.

PARAMORE. ¿Qué canción interpretaba usted? ¿Una de sus melodías nacionales?

TANA. (Su frente se contrae de manera disparatada) Toco canción del tren. ¿Cómo llaman ustedes…? Canción del ferrocarril. Así se llama en mi país. Como el tren. Hace así-í-í; eso quiere decir silbido; tren arranca. Luego así-í-í; eso significa tren se va. Se va de esa manera. Canción muy bonita en mi país. Canción para niños.

PARAMORE. Suena muy bien. (Al llegar a este punto es evidente que solo un gigantesco esfuerzo de autocontrol evita que Tana se lance escaleras arriba en busca de su colección de postales, incluidas las seis hechas en Estados Unidos)

TANA. ¿El caballero quiere que le prepare un cóctel?

PARAMORE. No, gracias. No acostumbro. (Sonríe)

Tana se retira a la cocina, dejando entornada la puerta de comunicación. Por la abertura surge inesperadamente la melodía de la canción japonesa del tren… esta vez no se trata de un ensayo, desde luego, sino de una interpretación vigorosa y llena de vida.

Suena el teléfono, Tana, absorto en sus armonías, hace caso omiso, de manera que Paramore descuelga el auricular.

PARAMORE. Diga… Sí… No, no está aquí ahora, pero volverá dentro de un momento… ¿Butterworth? Oiga, no he entendido bien el nombre… Oiga… Oiga… ¡Oiga!

El teléfono se niega obstinadamente a producir ningún sonido más. Paramore cuelga el auricular.

Llegados a este punto reaparece el tema del taxi, trayendo consigo un segundo joven; lleva una maleta en la mano y abre la puerta exterior sin llamar al timbre.

MAURY. (Desde el vestíbulo) ¡Anthony! ¡Ah de la casa! (Entra en la sala de estar y ve a Paramore.) ¿Qué tal?

PARAMORE. (Mirándolo con creciente intensidad) ¿No eres… no eres Maury Noble?

MAURY. Efectivamente. (Avanza sonriendo y con la mano extendida) ¿Qué tal estás, muchacho? Hace años que no te veo.

Vagamente ha asociado la cara con Harvard, pero ni siquiera está seguro de ello. El nombre, si alguna vez lo supo, lo olvidó hace mucho tiempo. Sin embargo, confino olfato y caridad igualmente encomiable, Paramore se da cuenta de lo que pasa y resuelve la situación con mucho tacto.

PARAMORE. ¿Te has olvidado de Fred Paramore? Estuvimos juntos en la clase de historia del viejo Unc Robert.

MAURY. No, claro que no, Unc… quiero decir, Fred. Fred era… quiero decir, Unc era un viejo estupendo, ¿no es cierto?

PARAMORE. (Moviendo la cabeza varias veces con gesto de buen humor) Todo un tipo, no cabe la menor duda.

MAURY. (Después de una breve pausa) Sí… sí que lo era. ¿Dónde está Anthony?

PARAMORE. El criado japonés me ha dicho que estaba en una fonda. Imagino que cenando.

MAURY. (Consultando su reloj) ¿Hace mucho que salieron?

PARAMORE. Creo que sí. El japonés me ha dicho que volverían enseguida.

MAURY. ¿Y si nos echáramos un trago?

PARAMORE. No, gracias. No acostumbro. (Sonríe)

MAURY. ¿Te importa que yo beba? (Bostezando mientras se sirve de una botella) ¿Qué has estado haciendo desde que saliste de la universidad?

PARAMORE. Muchas cosas. He llevado una vida muy activa, haciendo un poco de todo. (Su forma de hablar deja abierta cualquier posibilidad, desde cazar leones hasta «negocios» con el hampa)

MAURY. ¿Has estado en Europa?

PARAMORE. No, no he estado… desgraciadamente.

MAURY. Imagino que no tardaremos mucho en ir todos.

PARAMORE. ¿Lo crees de verdad?

MAURY. ¡Claro que sí! Este país lleva más de dos años alimentándose de sensacionalismo. Todo el mundo está inquieto. Quieren divertirse un poco.

PARAMORE. Entonces, ¿no crees que esté en juego ningún ideal?

MAURY. Nada que tenga mucha importancia. La gente quiere divertirse de cuando en cuando.

PARAMORE. (Con gran seriedad) Es muy interesante oírte decir eso. Porque yo he estado hablando con un hombre que ha vuelto de allí…

Durante la posterior declaración, que el lector tendrá que rellenar por su cuenta con frases como «Vio con sus propios ojos», «Espléndido espíritu de Francia» y «Salvación del mundo civilizado», Maury permanece inmóvil con los ojos semicerrados, desapasionadamente aburrido.

MAURY. (En la primera oportunidad que se le presenta) Por cierto, ¿no sabes que hay un espía alemán en esta misma casa?

PARAMORE. (Sonriendo cautamente) ¿Hablas en serio?

MAURY. Totalmente. Considero deber mío advertirte.

PARAMORE. (Convencido) ¿Una institutriz?

MAURY. (En voz muy baja, indicando la cocina con el pulgar) ¡Tana! No es su verdadero nombre, por supuesto. Tengo entendido que recibe constantemente correo dirigido al teniente Emile Tannenbaum.

PARAMORE. (Riendo con sincera indulgencia) Me estás tomando el pelo.

MAURY. Quizá lo acuse falsamente. Pero todavía no me has dicho qué has estado haciendo.

PARAMORE. Sobre todo… escribir.

MAURY. ¿Narrativa?

PARAMORE. No. Lo contrario.

MAURY. ¿Y eso qué es? ¿Un tipo de literatura que es mitad invención y mitad hechos reales?

PARAMORE. Yo me limito a los hechos. He trabajado mucho en el campo de la asistencia social.

MAURY. ¡Ah!

Inmediatamente aparece en sus ojos una chispa de sospecha. Es como si Paramore hubiese procedido a anunciar su calidad de ratero aficionado.

PARAMORE. Hago asistencia social en Stamford. Pero solo me enteré de que Anthony Patch vivía tan cerca la semana pasada.

Se ven interrumpidos por un clamor en el exterior que denuncia inconfundiblemente a un grupo formado por personas de los dos sexos que charlan y ríen. Luego entran todos juntos: Anthony, Gloria, Richard Caramel, Muriel Kane, Rachel Barnes y Rodman Barnes, su marido. Se amontonan alrededor de Maury, respondiendo ilógicamente «¡Bien!» a su general «Hola»… Anthony, mientras tanto, se acerca a su otro huésped.

ANTHONY. Vaya, ¡qué sorpresa! ¿Qué tal estás? Me alegro mucho de verte.

PARAMORE. También yo me alegro de verte, Anthony. Estoy destinado en Stamford, y se me ocurrió venir a dar una vuelta. (Con aire pícaro) Trabajamos como negros casi todo el tiempo, así que tenemos derecho a unas horas de descanso.

Con esfuerzo desesperado Anthony trata de recordar su nombre. Con dolores de parto su mente logra producir el fragmento «Fred», alrededor del cual el dueño de la casa elabora apresuradamente la frase «¡Me alegro de que se te ocurriera, Fred!». Mientras tanto, el tenue silencio que precede a una presentación se ha abatido sobre la reunión. Maury, que podría ayudar, prefiere limitarse a contemplar la escena con malévolo placer.

ANTHONY. (Desesperado) Señoras y caballeros, este es… este es Fred.

MURIEL. (Manteniendo cortésmente el tono frívolo) ¡Hola, Fred!

Richard Caramel y Paramore se saludan familiarmente por el nombre de pila, este último recordando que Dick era uno de sus compañeros de promoción que nunca se había molestado hasta entonces en hablar con él. Caramel se imagina tontamente que Paramore es alguien que ha conocido anteriormente en casa de Anthony.

Las tres jóvenes suben al piso alto.

MAURY. (Hablando en voz baja con Dick) No he visto a Muriel desde la boda de Anthony.

DICK. Ahora está en su mejor momento. Su muletilla más reciente es: «Diría que…».

Anthony se esfuerza durante un rato en hablar con Paramore y finalmente trata de iniciar una conversación generalizada preguntándole a todo el mundo si quiere beber algo.

MAURY. Esta botella no se me da nada mal. He conseguido bajar el nivel desde donde explica los grados que tiene hasta donde pone el nombre de la destilería. (Señalando las palabras en la etiqueta)

ANTHONY. (Dirigiéndose a Paramore) Nunca se sabe cuándo van a aparecer estos dos. Me despedí de ellos una tarde a las cinco, y que me aspen si no los tenía otra vez aquí a las tres de la mañana. Apareció en la puerta un enorme coche de alquiler que venía de Nueva York y de él se apearon, borrachos como cubas, desde luego.

Con prodigioso tacto Paramore se enfrasca en la contemplación de un libro que tiene en la mano. Maury y Dick intercambian una mirada significativa.

DICK. (Dirigiéndose, inocentemente, a Paramore) ¿Trabajas aquí en el pueblo?

PARAMORE. No, estoy en la colonia de Laird Street en Stamford. (Hablando con Anthony) No te haces idea de lo que abunda la pobreza en estos pueblecitos de Connecticut. Italianos y otros inmigrantes. Católicos en su mayor parte, ya sabes, así que resulta muy difícil ganarse su confianza.

ANTHONY. (Cortésmente) ¿Mucha delincuencia?

PARAMORE. No tanta delincuencia como ignorancia y suciedad.

MAURY. Esa es mi teoría: electrocutar inmediatamente a todas las personas ignorantes y sucias. Estoy totalmente a favor de los delincuentes… dan color a la vida. Lo malo es que si se castigara la ignorancia habría que empezar por las familias más importantes, seguir luego con la gente de la industria cinematográfica y acabar con el Congreso y el clero.

PARAMORE. (Sonriendo forzadamente) Yo hablaba de una ignorancia más básica… incluso de nuestro idioma.

MAURY. (Con aire pensativo) Supongo que es bastante difícil. Yo no consigo estar al tanto de la nueva poesía.

PARAMORE. Solo después de meses de trabajo en la colonia se da uno cuenta de lo mal que están las cosas. Como me dijo nuestra secretaria, uno no nota que tiene las uñas sucias hasta que se lava las manos. Por supuesto, ya hemos despertado mucho interés.

MAURY. (Con rudeza) Como podría decir tu secretaria, si llenas de papeles la chimenea, conseguirás un buen fuego durante unos instantes.

En este momento Gloria, recién maquillada y ansiosa de admiración y de divertirse, se reúne con los hombres,

seguida por sus dos amigas. Durante un rato la conversación se fragmenta por completo. Gloria llama aparte a Anthony.

GLORIA. Haz el favor de no beber mucho, Anthony.

ANTHONY. ¿Por qué?

GLORIA. Porque te vuelves demasiado cándido cuando estás borracho.

ANTHONY. ¡Vaya por Dios! ¿De qué se trata esta vez?

GLORIA. (Después de una pausa durante la cual sus ojos contemplan fríamente los de su marido) Varias cosas. En primer lugar, ¿por qué te empeñas en pagarlo todo? ¡Esos dos hombres tienen más dinero que tú!

ANTHONY. Pero, Gloria, ¡son mis invitados!

GLORIA. Esa no es razón para que pagues por una botella de champán que ha roto Rachel Barnes. Dick quiso hacerse cargo de la segunda cuenta del taxi, pero tú no lo dejaste.

ANTHONY. Pero, Gloria…

GLORIA. Cuando tenemos que seguir vendiendo bonos incluso para pagar nuestras propias facturas, ya va siendo hora de reducir tantas excesivas generosidades. Y, además, yo que tú no me mostraría tan atento con Rachel Barnes. ¡A su marido le gusta tan poco como a mí!

ANTHONY. Pero, Gloria…

GLORIA. (Imitándolo despiadadamente) «Pero, Gloria…» Pues entérate de que ha sucedido con demasiada frecuencia este verano… con todas las mujeres bonitas que conoces. ¡Se está convirtiendo en una especie de hábito, y no estoy dispuesta a consentirlo! Si tú te diviertes, también puedo hacerlo yo. (Luego, como si acabara de ocurrírsele) Por cierto, ese tal Fred no será un segundo Joe Hull, ¿eh?

ANTHONY. ¡Cielos, no! Probablemente ha venido a pedirme que le saque dinero al abuelo para sus emigrantes.

Gloria se aleja de un Anthony muy deprimido y vuelve con sus invitados.

Cuando dan las nueve, estos últimos pueden dividirse en dos clases: los que han estado bebiendo con perseverancia y los que apenas han probado el alcohol o no lo han probado en absoluto. En el segundo grupo se encuentran los Barnes, Muriel y Frederick E. Paramore.

MURIEL. Me gustaría poder escribir. Tengo muchas ideas, pero nunca soy capaz de expresarlas con palabras.

DICK. El mismo Goliat ya dijo que entendía los sentimientos de David, pero que él no era capaz de expresarse. Los filisteos adoptaron inmediatamente su observación como divisa.

MURIEL. No me entero. La vejez debe de estar volviéndome estúpida.

GLORIA. (Moviéndose entre los invitados con una espontaneidad de movimientos que la hacen parecer un ángel alborozado) Si alguien tiene hambre, hay pasteles de crema en la mesa del comedor.

MAURY. No soporto esas formas victorianas con que los fabrican.

MURIEL. (Sumamente divertida) Diría que estás borracho, Maury.

Su pecho sigue siendo un suelo que ofrece a los cascos de muchos sementales que pasan a su lado, con la esperanza de que sus herraduras hagan saltar al menos una chispa de pasión romántica en la oscuridad…

El matrimonio Barnes y Fred Paramore han estado conversando sobre algún tema edificante; tan edificante

que Mr. Barnes lleva un rato intentando escabullirse hacia la zona de aire mucho más viciado que rodea el sofá central. En cuanto a Paramore, sería muy difícil decidir si su prolongada presencia en la casa gris obedece a razones de cortesía o de curiosidad, o si es que abriga el propósito de escribir un informe sociológico sobre la decadencia de la vida americana.

MAURY. Fred, creí que eras una persona muy tolerante.

PARAMORE. LO soy.

MURIEL. Yo también. Pienso que la religión de uno es igual de buena que las de los demás y todo eso.

PARAMORE. Todas las religiones tienen algo bueno.

MURIEL. Yo soy católica, pero, como digo siempre, no trabajo mucho en ello.

PARAMORE. (Con un tremendo estallido de tolerancia) El catolicismo es una religión muy… muy poderosa.

MAURY. Bueno, un hombre con ideas tan amplias debería considerar la intensidad de sensaciones y de estímulos para el optimismo que contiene este cóctel.

PARAMORE. (Cogiendo el vaso con gesto más bien desafiante) Gracias, probaré… uno.

MAURY. ¿Uno? ¡Absurdo! Hemos reunido aquí la promoción de mil novecientos diez, y te niegas incluso a achisparte un poco. ¡Vamos, hombre!

Brindemos por el Rey Carlos,

Brindemos por el Rey Carlos,

Trae la copa de que te ufanas…

Paramore canta también con voz potente.

MAURY. Vuelve a llenarte el vaso, Frederick. Ya sabes que todo se subordina a los propósitos de la naturaleza con nosotros, y en tu caso su intención es hacer de ti el más ruidoso de los borrachines.

PARAMORE. Si una persona bebe como un caballero…

MAURY. ¿Qué es un caballero, en cualquier caso?

ANTHONY. Un hombre que nunca lleva alfileres en las solapas de la chaqueta.

MAURY. ¡Qué absurdo! La categoría social queda determinada por la cantidad de pan que se come en los sándwiches.

DICK. Un caballero es un hombre que prefiere la primera edición de un libro a la última de un periódico.

RACHEL. Un hombre que nunca finge ser morfinómano.

MAURY. Un americano capaz de convencer a un mayordomo inglés de que también él lo es.

MURIEL. Un hombre de buena familia, que estudió en Yale o en Harvard o en Princeton, que tiene dinero, baila bien y todas esas cosas.

MAURY. ¡Por fin… la definición perfecta! El cardenal Newman ha quedado ya completamente anticuado.

PARAMORE. Yo creo que tendríamos que examinar este asunto con mayor amplitud de miras. ¿No fue Abraham Lincoln quien dijo que un caballero es alguien que nunca hace sufrir?

MAURY. Si no me equivoco, se le atribuye al general Ludendorff.

PARAMORE. Bromeas.

MAURY. Tómate otra copa.

PARAMORE. No debiera hacerlo. (Bajando la voz para que solo le oiga Maury) ¿Y si te dijera que esta es la tercera copa que tomo en mi vida?

Dick pone en marcha el fonógrafo, lo que hace que Muriel se levante y empiece a balancearse, los codos contra el pecho, los antebrazos perpendiculares al cuerpo y vueltos hacia los lados, como si fueran aletas.

MURIEL. ¿Por qué no quitamos las alfombras y bailamos?

Anthony y Gloria reciben esta sugerencia con gemidos interiores y descoloridas sonrisas de asentimiento.

MURIEL. Vamos, gandul. Levántate y echa los muebles para atrás.

DICK. Espera a que termine esta copa.

MAURY. (Decidido a seguir el juego con Paramore) Te voy a decir lo que vamos a hacer. Los dos nos llenamos el vaso, nos lo bebemos… y, luego, a bailar.

Ola de protestas que se estrella contra la roca de la perseverancia de Maury.

MURIEL. Me da vueltas la cabeza.

RACHEL. (Dirigiéndose a Anthony en voz baja) ¿Te ha dicho Gloria que no te acerques a mí?

ANTHONY. (Azorado) No, claro que no. Por supuesto que no.

Rachel le sonríe misteriosamente. Durante los dos últimos años ha adquirido una belleza algo rígida y excesivamente acicalada.

MAURY. (Alzando su vaso) Brindo por la derrota de la democracia y la caída del cristianismo.

MURIEL. ¿No exageras un poco?

Lanza a Maury una fingida mirada de reproche y luego bebe.

Todos beben, unos más trabajosamente que otros.

MURIEL. ¡Despejad la pista!

Parece inevitable tener que llevar a cabo este proceso, de manera que también Anthony y Gloria arrastran mesas, amontonan sillas, enrollan alfombras y rompen lámparas. Cuando todos los muebles han sido hacinados en feos bultos a los lados de la habitación, queda libre un cuadrado de unos ocho pies de lado.

MURIEL. ¡Que empiece la música!

MAURY. Tana interpretará la canción de amor de un especialista de ojos, oídos, nariz y garganta.

En medio de cierta confusión provocada por el hecho de que Tana se ha retirado a descansar, se hacen los preparativos para su interpretación. Al japonés (en pijama y flauta en mano) se le envuelve en una colcha y se le coloca en una silla encima de una de las mesas, donde lleva a cabo un ridículo y grotesco espectáculo. Paramore está palpablemente borracho y tan entusiasmado con la idea, que refuerza esta impresión fingiendo tambalearse al estilo de las historietas cómicas y aventurándose incluso a escenificar ataques de hipo de cuando en cuando.

PARAMORE. (A Gloria) ¿Quieres bailar conmigo?

GLORIA. ¡No, señor! Quiero bailar la danza del cisne. ¿Sabes cómo se hace?

PARAMORE. Claro que sí. Sé hacerlas todas.

GLORIA. De acuerdo. Tú empiezas por ese lado de la habitación y yo por este.

MURIEL. ¡Vamos allá!

La confusión más absoluta sale gritando de las botellas: Tana se zambulle en los más recónditos laberintos de la canción del tren, mezclando las melancólicas cadencias de la flauta quejumbrosa con «Pobre Butterfly (tintineo de campanillas), esperando entre los almendros en flor» del fonógrafo. Muriel está tan debilitada por la risa que solo es capaz de agarrarse desesperadamente a Barnes, quien, bailando con la ominosa rigidez de un oficial del ejército, se mueve pesadamente sobre el reducido espacio libre de muebles. Anthony trata de oír los susurros de Rachel… sin llamar la atención de Gloria…

Pero todavía tiene que producirse un incidente grotesco, increíble, histriónico; uno de esos incidentes en que la vida parece dispuesta a imitar apasionadamente las formas más bajas de la literatura. Paramore está tratando de emular a Gloria, y cuando el tumulto llega a su punto culminante, Fred empieza a girar sobre sí mismo, cada vez más vertiginosamente… se tambalea, recupera el equilibrio, vuelve a perderlo y cae en dirección al vestíbulo… casi en brazos del viejo Adam Patch, cuya llegada ha pasado inadvertida debido al alboroto.

Adam Patch está muy pálido. Se apoya en un bastón. Lo acompaña Edward Shuttleworth, que sujeta a Paramore por el hombro y desvía la trayectoria de su caída, alejándolo del venerable filántropo.

El tiempo requerido para que el silencio descienda sobre la habitación como un monstruoso paño mortuorio puede calcularse en unos dos minutos, aunque después, y durante un breve período de tiempo, el fonógrafo sigue sonando y de la flauta de Tana gotean las notas de la canción japonesa del tren. De las nueve personas presentes, solo Barnes, Paramore y Tana desconocen la identidad del recién llegado. De los nueve ni uno solo está al corriente de que esta misma mañana Adam Patch ha hecho un donativo de

cincuenta mil dólares en apoyo de la campaña para declarar ilegales las bebidas alcohólicas en todo el territorio nacional.

Le corresponde a Paramore romper el silencio que se ha ido acumulando y con su increíble comentario alcanza el punto culminante de su vida de depravación.

PARAMORE. (Arrastrándose hacia la cocina a cuatro patas lo más deprisa que puede) Yo no soy un invitado… trabajo aquí.

De nuevo se hace el silencio… tan denso esta vez, tan cargado de un temor intolerablemente contagioso, que Rachel deja escapar una risita nerviosa, y Dick se descubre repitiendo una y otra vez un verso de Swinburne, grotescamente apropiado para la escena:

«Una desolada y marchita flor carente de aroma.»

De la quietud surge la voz de Anthony, serena y fatigada, que dice algo a Adam Patch; luego, también las palabras del dueño de la casa se esfuman.

SHUTTLEWORTH. (Con entonación apasionada) Su abuelo tuvo la idea de venir a verlos dando un paseo en coche. Yo telefoneé desde Rye y dejé el recado.

Una serie de breves jadeos, que, al parecer, no surgen de ningún sitio ni de nadie, llenan la siguiente pausa. Anthony está tan blanco como un trozo de yeso. Gloria tiene la boca abierta y aunque mira al anciano de igual a igual, sus ojos revelan tensión y miedo. No hay nadie que sonría en la habitación. ¿Nadie? ¿O es que la boca contraída de Cross Patch solo se abre, ligeramente temblorosa, para mostrar los escasos dientes que aún encuentran cobijo en sus encías? Finalmente habla… cinco palabras muy sencillas pronunciadas con voz apacible.

ADAM PATCH. Ahora volvamos a casa, Shuttleworth. (Y eso es todo. El filántropo se da la vuelta y, ayudado por el bastón, atraviesa el vestíbulo, cruza la puerta principal, y el ruido de sus pasos inseguros, al alejarse por la avenida de grava bajo la luna de agosto, se llena de ominosos significados)

Mirada retrospectiva

Ante esta adversidad Anthony y Gloria quedaron reducidos a la situación de dos peces de colores en una pecera sin agua; ni siquiera eran capaces de acercarse nadando el uno al otro.

Gloria cumpliría veintiséis años en mayo. Siempre había dicho que solo quería ser joven y hermosa mucho tiempo, vivir alegre y feliz, y tener dinero y amor. Quería lo que quieren la mayoría de las mujeres, pero lo quería más violenta y apasionadamente. Llevaba algo más de dos años casada. Al principio había conocido días de serena identificación, alcanzando incluso éxtasis de orgullo y de sentimiento de propiedad. Alternando con estos períodos se habían producido odios esporádicos, que duraban menos de una hora, y olvidos que no se prolongaban más de una tarde. Esta situación se mantuvo durante medio año.

Luego la serenidad, la satisfacción, habían perdido intensidad, volviéndose grises; muy raras veces, por el acicate de los celos o de una forzosa separación, volvían los antiguos éxtasis, la manifiesta comunión entre las almas, la agitación emotiva. A Gloria le resultaba posible odiar a Anthony un día entero, estar enfadada con él durante toda una semana. La recriminación había desplazado al afecto como desahogo, convertida casi en diversión, y había noches en que se acostaban tratando de recordar quién estaba enfadado y quién tendría que mostrarse reservado a la mañana siguiente. Y con el transcurso del segundo año habían aparecido dos nuevos elementos. Gloria se dio

cuenta de que Anthony era capaz de sentir una completa indiferencia hacia ella, una indiferencia momentánea, en gran parte por pura apatía, pero de la que Gloria no lograba sacarlo con una palabra susurrada, o cierta íntima sonrisa. Había días en que sus caricias tenían sobre él un efecto asfixiante. Gloria era consciente de estas cosas, pero nunca llegaba a admitírselas del todo a sí misma.

Tan solo recientemente se había dado cuenta de que, a pesar de su adoración por Anthony, de sus celos, de su sujeción, de su orgullo, básicamente lo despreciaba… y que este desdén se mezclaba con sus otras emociones sin que fuera posible distinguirlas… Todo esto era su amor: aquella vital y femenina ilusión que se había orientado hacia él una noche de abril, muchos meses atrás.

Por lo que a Anthony se refiere, Gloria era, a pesar de todas estas salvedades, su única preocupación. Si la perdiera se convertiría en un hombre truncado, dolorosa y sentimentalmente dominado por su recuerdo para el resto de sus días. Muy pocas veces le resultaba placentero pasar todo un día a solas con su mujer; excepto en ocasiones excepcionales, prefería tener con ellos a una tercera persona. Había momentos en que le parecía que si no se le permitía quedarse absolutamente solo se volvería loco… y algunas veces Anthony sentía con toda claridad que odiaba a Gloria. Cuando estaba borracho era capaz de sentirse fugazmente atraído hacia otras mujeres, lo que no pasaba de ser la manifestación, hasta entonces reprimida, de su inclinación a experimentar.

Aquella primavera, aquel verano, había hecho planes sobre su futura felicidad… cómo viajarían, disfrutando todo el año de las mejores temperaturas, para regresar al cabo del tiempo a una maravillosa propiedad en el campo y a unos posibles hijos, dechados de virtudes, y dedicarse a la diplomacia o a la política, logrando durante una temporada

hermosos e importantes éxitos, hasta que, por fin, convertidos en personas de cabellos blancos (sedosos cabellos plateados), descansarían envueltos en serena gloria, venerados por la burguesía del país… Estos tiempos empezarían «cuando tomaran posesión de su dinero»; sus esperanzas tendían más a apoyarse en sueños como aquellos que en cualquier satisfacción que pudiera proporcionarles su vida diaria, cada vez más irregular y disipada. En las mañanas grises, cuando las bromas de la noche anterior que daban reducidas a procacidades sin gracia ni dignidad, podían, en cierto modo, sacar a la luz aquel rimero de esperanzas comunes y repasarlas, para luego sonreírse mutuamente y repetir, a modo de colofón, la breve pero sincera idea nietzscheana contenida en el desafiante «¡Me tiene sin cuidado!» de Gloria.

La situación se había ido deteriorando perceptiblemente. Estaba el problema del dinero, cada vez más molesto, cada vez más ominoso; estaba la toma de conciencia de que el alcohol se había convertido prácticamente en una necesidad para divertirse… fenómeno frecuente en la aristocracia británica de un siglo atrás, pero un tanto alarmante en una sociedad progresivamente más sobria y circunspecta. Además, el carácter de los dos parecía haberse debilitado en cierto modo, y esto no tanto por su manera de actuar como por algunas sutiles modificaciones de su actitud frente a la civilización que los rodeaba. En Gloria había nacido algo que hasta entonces nunca pensó necesitar; el esqueleto, todavía incompleto pero totalmente inconfundible, de algo que siempre le había parecido aborrecible: una conciencia. El tener que reconocerse a sí misma esta evolución había coincidido con el lento declinar de su audacia.

Luego, en la mañana de agosto que siguió a la inesperada visita de Adam Patch, se despertaron, asqueados y cansados, llenos de desaliento, capacitados

tan solo para responder ante una arrolladora emoción: el miedo.

Pánico

—¿Qué te parece? —Anthony se incorporó en la cama y bajó los ojos para mirarla. Las caídas comisuras de la boca reflejaban su depresión, mientras hablaba con voz apagada y tensa.

La respuesta de Gloria fue llevarse la mano a la boca y empezar a mordisquearse una uña con gran lentitud y precisión.

—Esto es el fin —dijo Anthony después de una pausa; luego, como Gloria seguía sin hablar, se puso furioso—. ¿Por qué no dices algo?

—¿Qué demonios quieres que diga?

—¿En qué piensas?

—En nada.

—¡Entonces deja de morderte las uñas!

Siguió una breve y confusa discusión sobre si Gloria había estado pensando o no. A Anthony le parecía esencial que su mujer cavilara en voz alta sobre el desastre de la noche anterior. Su silencio era una manera de atribuirle a él toda la responsabilidad. Por su parte, Gloria no veía que hiciese falta hablar… el momento requería que se mordiera las uñas como una niñita nerviosa.

—Tengo que arreglar este lío con mi abuelo —dijo Anthony con escasa convicción. Un tímido respeto recién nacido quedaba marcado por la inflexión de su voz al utilizar la palabra «abuelo».

—No podrás —afirmó ella con brusquedad—. No lo conseguirás… nunca. Note perdonará mientras viva.

—Quizá no —concedió Anthony, sintiéndose muy desgraciado—. De todas formas… quizá pudiera arreglar las cosas reformándome o haciendo algo parecido…

—Parecía enfermo —le interrumpió ella—, pálido como un muerto.

—Está enfermo. Te lo dije hace tres meses.

—¡Me hubiera gustado que se hubiese muerto la semana pasada! —dijo Gloria malhumoradamente—. ¡Viejo estúpido desconsiderado!

Ninguno de los dos rio.

—Pero déjame decirte una cosa —añadió ella calmosamente—; la próxima vez que te vea comportándote con una mujer como lo hiciste anoche con Rachel Barnes, te dejaré, ¡como lo oyes! ¡No estoy dispuesta a consentirlo, ya lo sabes!

Anthony sintió miedo.

—No seas absurda —protestó—. Ya sabes que para mí no existe otra mujer en el mundo… ninguna, cariño.

Su intento de poner una nota de ternura en sus palabras fracasó lamentablemente… el peligro más inminente se adelantó para ocupar de nuevo el primer término.

—Si fuese a verlo —sugirió Anthony—, y dijera con las adecuadas citas bíblicas que he andado demasiado tiempo por el camino de la iniquidad y que por fin he visto la luz… —Se interrumpió y contempló a su mujer con una expresión de incertidumbre—. Me pregunto cómo reaccionaría.

—No lo sé.

Gloria meditaba sobre si sus invitados tendrían la suficiente perspicacia como para marcharse inmediatamente después del desayuno.

Anthony tardó una semana en hacer el suficiente acopio de valor para trasladarse a Tarrytown. La idea le repugnaba y abandonado a sí mismo hubiese sido incapaz de hacer el viaje… pero si su voluntad se había deteriorado en los tres últimos años, lo mismo sucedía con su capacidad para resistir los apremios de su mujer. Gloria lo obligó a ir. Era una excelente idea esperar una semana, le dijo, porque eso daría tiempo a que se enfriara la indignación de su abuelo; pero esperar más sería un error… era como darle la oportunidad de endurecerse para siempre.

Anthony hizo el viaje lleno de ansiedad… pero en vano. Adam Patch no estaba bien, dijo Shuttleworth muy indignado. Había recibido instrucciones muy concretas de que no debía verlo nadie. Ante la mirada vengativa del en otro tiempo «mago de la ginebra», la firmeza de Anthony se derrumbó. Volvió andando casi como si fuera un ladrón al taxi que lo esperaba, y solo recobró un poco de dignidad al subirse al tren, contento de volver, infantilmente, a los mágicos palacios llenos de consuelos que todavía se alzaban y resplandecían dentro de su propia mente.

Gloria se mostró despectiva cuando Anthony se presentó en Marietta. ¿Por qué no había entrado a la fuerza? ¡Eso era lo que ella hubiese hecho!

Entre los dos prepararon el borrador de una carta para el anciano y, después de numerosas correcciones, la enviaron. Era en parte una disculpa y en parte una explicación inventada. No recibieron respuesta.

Llegó un día de septiembre, un día dividido por sucesivos períodos de sol y lluvia; un sol que no calentaba y una lluvia que no refrescaba la tierra. Aquel día dejaron la casa gris, que había visto florecer su amor. Cuatro baúles y tres monstruosas cajas de embalaje estaban apilados en la desmantelada habitación donde, dos años antes, se habían arrellanado perezosamente, dejándose mecer por sueños

remotos, lánguidos, complacientes… Ahora, las palabras pronunciadas en la habitación sonaban a vacío. Gloria, con un nuevo traje marrón con adornos de piel, permanecía silenciosa sentada sobre un baúl, y Anthony paseaba nerviosamente de un lado para otro con un cigarrillo entre los labios, mientras esperaban la llegada del camión de la mudanza que llevaría sus cosas a la ciudad.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, señalando unos libros apilados sobre una de las cajas de embalaje.

—Es mi vieja colección de sellos —confesó Anthony, un poco avergonzado—. Me olvidé de los álbumes al hacer el equipaje.

—Es absurdo llevarlos de un sitio para otro.

—La verdad es que estaba mirándolos el día que nos marchamos del apartamento la primavera pasada, y decidí que no quería mandarlos al almacén con las otras cosas.

—¿No podrías vender esa colección? ¿No tenemos ya bastantes cachivaches?

—Lo siento —dijo él humildemente.

Con ruido atronador el camión de la mudanza se detuvo ante la puerta. Gloria, desafiante, alzó el puño contra las cuatro paredes.

—¡Qué contenta estoy de marcharme! —exclamó—. ¡Dios mío, cómo odio esta casa!

Así fue como la hermosa y deslumbrante dama regresó a Nueva York con su marido. En el mismo tren que los alejaba de Marietta volvieron a pelearse; las amargas palabras de Gloria tuvieron la frecuencia, la regularidad, la inevitabilidad de las estaciones por las que pasaban.

—No te enfades —le suplicó Anthony lastimeramente—. Después de todo, solo nos tenemos el uno al otro.

—La mayor parte del tiempo no tenemos ni siquiera eso —exclamó Gloria.

—¿Cuándo no lo hemos tenido?

—Muchas veces empezando por cierta ocasión en el andén de la estación de Redgate.

—No querrás decir que…

—No —le interrumpió ella con frialdad—; no me dedico a darle vueltas. Se fue igual que vino, pero al marcharse se llevó algo consigo.

Se detuvo bruscamente. Anthony guardó silencio, desconcertado, deprimido. El monótono espectáculo de los pueblos junto al ferrocarril (Mamaroneck, Larchmont, Rye, Pelham Manor) se iba repitiendo con intervalos de sombríos eriales de mala calidad que pretendían sin éxito hacerse pasar por campos. Anthony se descubrió recordando cómo una mañana de verano los dos habían abandonado Nueva York en busca de felicidad. Quizá nunca habían esperado encontrarla, pero, en sí misma, aquella búsqueda le había proporcionado más felicidad que nada de lo que pudiera lograr durante el resto de su vida. La existencia, al parecer, tenía que consistir en instalar soportes en torno a uno… de lo contrario se convertía en desastre. No había descanso ni tranquilidad. Él había sido perfectamente ineficiente anhelando dejarse arrastrar y anhelando soñar; nadie se dejaba arrastrar excepto los remolinos, y nadie soñaba sin que sus sueños se convirtieran en fantásticas pesadillas de indecisión y remordimiento.

¡Pelham! Se habían peleado en Pelham porque Gloria quería conducir. Y cuando puso el piececito en el acelerador, el coche saltó hacia delante animosamente y sus cabezas salieron despedidas hacia atrás como marionetas movidas por la misma cuerda.

El Bronx: las casas apiñadas y brillando al sol, que caía ahora atravesando amplios cielos refulgentes y depositando raudales de luz sobre las calles. Nueva York, suponía Anthony, era su hogar: ciudad de lujo y de misterio, de esperanzas absurdas y sueños exóticos. Allí, en las afueras, ridículos palacios de escayola se alzaban en el frío atardecer, repentinas materializaciones de un mundo irreal, para perderse enseguida en la distancia reemplazadas por la laberíntica confusión del río Harlem. El tren avanzaba a través del crepúsculo, dejando atrás medio centenar de alegres calles sudorosas en la parte alta de East Side, cada una de ellas pasando ante la ventanilla del departamento como si fuera el espacio entre dos radios de una rueda gigantesca, cada una de ellas con su vigorosa revelación colorista de niños pobres pululando en febril actividad como relucientes hormigas en callejones de arena roja. Por las ventanas de las casas se asomaban madres obesas, con forma de luna, constelaciones de aquel sórdido cielo; mujeres como oscuras joyas imperfectas, mujeres como hortalizas, mujeres como grandes bolsas de abominable ropa sucia.

—Me gustan estas calles —hizo notar Anthony en voz alta—. Siempre tengo la impresión de que se trata de una representación montada ex profeso para mí; como si nada más pasar yo, todos fuesen a dejar de saltar y reír para ponerse muy tristes, recordando lo pobres que son, y volver a sus casas cabizbajos. Es una impresión que se tiene con frecuencia en el extranjero, pero muy pocas veces en este país.

En una calle de altos edificios y mucha actividad, Anthony leyó una docena de nombres judíos en una fila de tiendas; en cada puerta había un hombrecillo oscuro contemplando a los transeúntes con ojos atentos; ojos brillantes por la sospecha, por el orgullo, por la avaricia, por la capacidad de comprender. Anthony no podía disociar

ya Nueva York de la lenta ascensión de estas gentes; las pequeñas tiendas, creciendo, extendiéndose, afianzándose, trasladándose, controladas con ojos de halcón y con la atención de las abejas para los detalles, se difundían por todas partes. Era impresionante, y visto en perspectiva resultaba tremendo.

La voz de Gloria interrumpió sus pensamientos de manera extrañamente apropiada:

—Me pregunto dónde habrá pasado Bloeckman el verano.

El apartamento

Después de las certezas de la juventud se llega a un período de intensa e intolerable complejidad. Para el dependiente de ultramarinos este período es tan breve que casi resulta despreciable. Hombres en una posición más alta en la escala social resisten más tratando de conservar detalles elementales de las relaciones humanas, de retener ideas «poco prácticas» sobre la integridad. Pero para cuando se acercan los treinta, el problema se ha complicado demasiado, y lo que hasta entonces ha sido inminente y desconcertante se vuelve remoto y oscuro. La rutina desciende como el crepúsculo sobre un paisaje demasiado áspero, suavizándolo hasta hacerlo tolerable. La complejidad es demasiado sutil, demasiado diversa; los valores cambian completamente con cada disminución de la vitalidad; empieza a resultar claro que el pasado no nos enseña nada con que enfrentarnos al futuro; así que renunciamos a ser hombres impulsivos, capaces de dejarnos convencer, interesados en distinguir con precisión lo que es éticamente cierto; sustituimos las ideas de integridad por reglas de conducta, valoramos más la seguridad que la aventura romántica, nos hacemos, de manera perfectamente inconsciente, pragmáticos. Quedan tan solo unos pocos que se preocupen tenazmente de los

matices en las relaciones humanas… e incluso esos pocos, únicamente en ciertas horas especialmente reservadas para esa tarea.

Anthony Patch había dejado de ser una persona dispuesta a las aventuras mentales, una persona con curiosidad, y se había convertido en otra con fuertes inclinaciones y prejuicios, deseoso de conservar su serenidad emocional. Este cambio gradual se había producido durante los últimos años, viéndose acelerado por una sucesión de ansiedades que agobiaban su mente. Estaba, en primer lugar, la sensación, siempre latente en él, de haber malgastado el tiempo, reavivada ahora por lo delicado de su situación. En los momentos de inseguridad le obsesionaba la idea de que, después de todo, la vida tuviera un significado. En los años inmediatos a cumplir los veinte, el convencimiento de la futilidad del esfuerzo, y de la sabiduría que implicaba rechazarlo, se había visto confirmado tanto por las filosofías que admiraba como por su amistad con Maury Noble y, más adelante, por su convivencia con Gloria. Sin embargo, había habido ocasiones —inmediatamente antes de conocer a su mujer, por ejemplo, y cuando su abuelo sugirió que se marchara a Europa como corresponsal de guerra— en las que el descontento casi lo había llevado a hacer algo positivo.

Un día, poco antes de que abandonaran Marietta definitivamente, al ojear distraídamente un Boletín de Antiguos Alumnos de Harvard, halló una columna con información sobre lo que sus compañeros habían estado haciendo en los seis años desde que salieran de la universidad. La mayoría se dedicaba a los negocios, era cierto, y varios estaban convirtiendo a los paganos de China o América a un nebuloso protestantismo; pero también descubrió que unos pocos trabajaban constructivamente en tareas tan distantes de la sinecura como de la ocupación rutinaria. Calvin Boyd, por ejemplo,

apenas terminados los estudios de medicina, había descubierto un nuevo tratamiento para el tifus y se hallaba en Europa, paliando algunos de los efectos de la civilización que las Grandes Potencias habían introducido en Serbia. También estaba Eugene Bronson, cuyos artículos en The New Democracy lo iban definiendo como un hombre con ideas capaces de trascender tanto el vulgar oportunismo como la histeria popular; estaba un individuo llamado Daly, que había sido separado del claustro de profesores de una virtuosa universidad por predicar doctrinas marxistas en sus aulas: en el arte, en la ciencia, en la política, Anthony veía aparecer las auténticas personalidades de su época; estaba incluso Severance, estrella del equipo de fútbol, quien, después de alistarse en la Legión Extranjera, había dado su vida en el Aisne como quien hace la cosa más natural del mundo.

Anthony dejó el Boletín y pensó durante un rato en aquellos hombres. En su época de integridad Anthony hubiese defendido su personal actitud contra viento y marea… hubiese exclamado —un Epicuro en nirvana— que luchar era creer y que creer era limitarse. Le hubiese repugnado tanto ir a la iglesia porque la perspectiva de la inmortalidad le resultase gratificante como entrar en el negocio del cuero porque la necesidad de competir significara una salvaguarda contra la infelicidad. Pero en el momento presente Anthony carecía ya de tan delicados escrúpulos. Aquel otoño, al iniciar el año veintinueve de su vida, se inclinaba a no dar entrada en su mente a muchas cosas, a evitar cualquier examen en profundidad de motivaciones y causas primeras, y sobre todo, deseaba apasionadamente sentirse a salvo del mundo y de sí mismo. No le gustaba nada estar solo y, como ya se ha dicho, con frecuencia le asustaba quedarse a solas con Gloria.

Debido al abismo que la visita de su abuelo había abierto ante sus pies, y de la consiguiente repugnancia que le

inspiraba su reciente modo de vida, era inevitable que buscara en aquella ciudad repentinamente hostil los amigos y los lugares que en otro tiempo le habían parecido más cordiales y seguros. Su primer paso fue un desesperado intento de recuperar su antiguo apartamento.

En la primavera de 1912 Anthony había firmado un contrato de arrendamiento por cuatro años, con una renta anual de mil setecientos dólares, y opción para renovarlo. El contrato había expirado aquel mes de mayo. Cuando Anthony alquiló por primera vez el apartamento, las habitaciones no eran más que puras posibilidades, apenas discernibles como tales, pero él se había percatado de su existencia, conviniendo en el contrato que el propietario y él invertirían cada uno cierta cantidad en hacer mejoras. Los alquileres habían subido en los últimos cuatro años y cuando aquella primavera Anthony renunció a su opción, el propietario, un tal Mr. Sohenberg, se dio cuenta de que podía pedir mucho más dinero por aquel apartamento tan atractivo. Consiguientemente, cuando Anthony fue a verlo en septiembre, Sohenberg le ofreció un contrato de tres años con un alquiler anual de dos mil quinientos dólares. A Anthony aquello le pareció excesivo. Significaba que tendrían que dedicar más de la tercera parte de sus ingresos a pagar la renta. En vano argumentó que el nuevo atractivo del apartamento se había conseguido gracias a su dinero y a sus ideas sobre la redistribución.

En vano ofreció dos mil dólares, hasta dos mil doscientos, aunque difícilmente podían permitírselo: Mr. Sohenberg se mostró inflexible. Al parecer, otros dos caballeros estaban interesados; precisamente era el tipo de apartamento más en demanda aquellos días, y desde un punto de vista comercial carecería de justificación cedérselo a Mr. Patch. Además, aunque nunca había llegado a mencionarlo antes, otros inquilinos se habían quejado del ruido durante el invierno anterior… personas

cantando y bailando a altas horas de la noche, ese tipo de cosas.

Rabiando interiormente, Anthony se apresuró a volver al Ritz para informar de su fracaso a Gloria.

—¡Te imagino perfectamente —estalló Gloria—, dejándote pisotear por él!

—¿Qué podía decir?

—Podías haberle dicho la clase de persona que es. Yo no se lo hubiera permitido. ¡Ningún otro hombre en el mundo lo hubiese aguantado! Dejas que la gente te dé órdenes, que te engañe y te intimide y se aproveche de ti como si fueras un niñito indefenso. ¡Es absurdo!

—Por lo que más quieras, no te enfades conmigo.

—Ya lo sé, Anthony, pero ¡es que te comportas de una manera tan estúpida!

—Es posible. De todas formas, no podemos pagar ese apartamento. Pero todavía es peor seguir viviendo en el Ritz.

—Tú fuiste el que insistió en venir aquí.

—Sí, porque sabía que te sentirías muy desgraciada en un hotel barato.

—¡Por supuesto que sí!

—En cualquier caso tenemos que encontrar un sitio donde vivir.

—¿Cuánto podemos pagar? —preguntó ella.

—Bueno, podríamos incluso pagar el precio que nos pide por el apartamento vendiendo más bonos, pero anoche acordamos que hasta que no consiga algún trabajo definido, no…

—Todo eso ya lo sé. Te pregunto cuánto podemos pagar contando solo con nuestros ingresos.

—Dicen que no se debe pagar más de la cuarta parte.

—¿Y cuánto es la cuarta parte?

—Ciento cincuenta dólares.

—¿Quieres decir que solo contamos con seiscientos dólares al mes? —Su tono de voz se hizo perceptiblemente más bajo.

—¡Naturalmente! —le contestó él enfadado—. ¿Crees que podemos gastar más de doce mil dólares al año sin reducir el capital?

—Sabía que habíamos vendido bonos, pero… ¿nos hemos gastado todo eso al año? ¿Cómo es posible? —Su asombro creció de punto.

—Si quieres puedo revisar esos libros de cuentas que llevamos con tanto cuidado —observó él irónicamente, para añadir después—: Dos alquileres buena parte del tiempo, ropa, viajes; sin ir más lejos, cada una de las primaveras que pasamos en California costaron alrededor de cuatro mil dólares. El maldito coche fue un gasto continuo desde el principio hasta el fin. Y fiestas y diversiones y… bueno, unas cosas y otras.

Los dos se habían excitado mucho y se sentían tremendamente deprimidos. La situación parecía peor al contársela a Gloria de viva voz de lo que Anthony había creído al percatarse de ella por primera vez.

—Tienes que ganar algún dinero —dijo ella de repente.

—Ya lo sé.

—Y tienes que hacer otro intento de ver a tu abuelo.

—Lo haré.

—¿Cuándo?

—En cuanto nos hayamos instalado.

Se mudaron una semana después. Habían alquilado un pequeño apartamento en la calle Cincuenta y siete por ciento cincuenta dólares al mes. Incluía un dormitorio, una sala de estar, una cocina diminuta y un cuarto de baño, y formaba parte de un descarnado edificio de apartamentos de piedra blanca; aunque las habitaciones eran demasiado pequeñas para colocar los mejores muebles de Anthony, estaban limpias, eran nuevas y, de una manera higiénica y algo aséptica, no carecían completamente de atractivo. Bounds había vuelto a Europa para alistarse en el ejército británico, y en su lugar toleraban más que disfrutaban de los servicios de una irlandesa de huesos prominentes a quien Gloria odiaba porque narraba las glorias del Sinn Fein mientras servía el desayuno. Pero ambos habían jurado prescindir de criados japoneses, y los ingleses resultaban muy difíciles de obtener por el momento. Como Bounds, la irlandesa les preparaba únicamente el desayuno. Las otras comidas las hacían en restaurantes y hoteles.

Lo que finalmente obligó a Anthony a trasladarse a toda prisa a Tarrytown fue la noticia, aparecida en varios periódicos de Nueva York, de que Adam Patch, el multimillonario, el filántropo, el venerable renovador moral, estaba muy enfermo y no se confiaba en su restablecimiento.

El gatito

Anthony no consiguió ver a su abuelo. Las instrucciones de los médicos, le dijo Mr. Shuttleworth (que se ofreció amablemente a hacerse cargo de cualquier mensaje que Anthony quisiera confiarle y de transmitírselo a Adam Patch cuando su salud lo permitiera), eran que el anciano

no debía hablar con nadie. Pero mediante claras insinuaciones confirmó la melancólica conclusión a que Anthony había llegado ya: el nieto pródigo resultaría particularmente inoportuno junto al lecho del enfermo. En un momento de la conversación, Anthony, recordando las precisas instrucciones recibidas de Gloría, inició un gesto como de apartar por la fuerza al secretario, pero Shuttleworth, con una sonrisa, puso de relieve sus musculosos hombros, y Anthony comprendió cuán inútil resultaría semejante intento.

Sintiéndose abyectamente amedrentado regresó a Nueva York, donde marido y mujer pasaron una semana de absoluta intranquilidad. Un pequeño incidente que ocurrió una noche sirvió para indicar hasta qué punto sus nervios estaban en tensión.

Al cruzar por una travesía camino de casa después de cenar, Anthony vio a un gato callejero que merodeaba cerca de una valla.

—Siempre siento la tentación de pegar patadas a los gatos —dijo sin saber muy bien por qué.

—A mí me gustan.

—Una vez no pude contenerme.

—¿Cuándo?

—Hace años, antes de conocerte. Una noche en el entreacto de un espectáculo. Hacía frío, igual que hoy, y yo estaba un poco alegre… una de las primeras veces que me emborrachaba —añadió—. El pobre bicho estaba buscando un sitio para dormir, imagino, y yo estaba de muy malhumor, así que me apeteció darle una patada…

—¡Pobrecillo! —exclamó Gloria, sinceramente conmovida.

—No estuvo nada bien —admitió él—. El pobre animal se volvió y me miró con ojos suplicantes, como esperando que lo cogiera y cuidase de él (no era más que un gatito) y antes de que se diese cuenta se le vino encima un pie enorme que le golpeó en el lomo…

Gloria dejó escapar una exclamación llena de angustia.

—Era una noche muy fría —continuó Anthony, malévolamente, siempre con un tono de voz apropiadamente melancólico—. Imagino que esperaba afecto de alguien y solo recibió dolor…

Se interrumpió bruscamente… Gloria estaba sollozando. Habían llegado a casa, y cuando entraron en el apartamento, su mujer se arrojó sobre el sofá como si las palabras de Anthony la hubieran herido en un punto vital.

—¡Pobre gatito! —repetía lastimosamente—. En una noche tan fría…

—Gloria…

—¡No te acerques a mí! Por favor, no te acerques a mí. Tú mataste a aquel pobre gato.

Conmovido, Anthony se arrodilló junto a ella.

—Querida —dijo—. Gloria, cariño. No es verdad. Me lo he inventado todo… de principio a fin.

Pero Gloria no quiso creerle. Había algo en los detalles utilizados para describir la escena que la hizo seguir llorando aquella noche hasta quedarse dormida; que la hizo llorar por el gatito, por Anthony, por ella misma, por el dolor y la amargura y la crueldad del mundo entero.

La desaparición de un moralista americano

El viejo Adam murió a medianoche, un día de finales de noviembre, con una piadosa alabanza a su Dios entre los descarnados labios. Él, que había recibido tantas lisonjas,

se extinguió adulando a la Omnipotente Abstracción a quien según él se imaginaba quizá había ofendido en los momentos más lascivos de su juventud. Se anunció que había concertado algún tipo de armisticio con la Deidad, y aunque los términos del acuerdo no llegaron a hacerse públicos, se sospechaba que figuraba entre ellos una cuantiosa suma de dinero en efectivo. Todos los periódicos publicaron su biografía, y dos añadieron breves comentarios editoriales sobre su gran valía, y su participación en el drama del desarrollo industrial, durante el cual Adam Patch había alcanzado la madurez. También mencionaron cautelosamente las reformas que había apoyado y financiado. Se resucitó el recuerdo de Comstock y de Catón el Censor y se les hizo desfilar como fantasmas macilentos por las columnas de letra impresa.

Todos los periódicos hicieron notar que no tenía más familia que su nieto, Anthony Comstock Patch, residente en Nueva York.

El entierro se efectuó en el panteón familiar de Tarrytown. Anthony y Gloria tomaron asiento en el primer carruaje, demasiado preocupados para sentirse grotescos, ambos tratando desesperadamente de extraer algún presagio de fortuna de las caras de los servidores que habían permanecido con él hasta el final.

Aguardaron una frenética semana por razones de decoro, y luego, al no recibir la menor notificación de ningún tipo, Anthony telefoneó al abogado de su abuelo. Mr. Brett no estaba en su despacho… se esperaba que regresase al cabo de una hora. Anthony dejó su número de teléfono.

Era el último día de noviembre, con un frío seco en la calle, y un sol sin brillo asomándose, desolado, a las ventanas. Mientras esperaban la llamada, aparentemente enfrascados en la lectura, la atmósfera, dentro y fuera,

parecía también esforzarse por dar credibilidad a aquella patética mentira. Después de una interminable espera sonó el teléfono, y Anthony, dando un violento respingo, descolgó el auricular.

—Diga… —Su voz sonó tensa y hueca—. Sí… dejé recado. Por favor, ¿con quién hablo…? Sí… Verá usted, se trata de la herencia. Como es lógico, estoy interesado, y no he recibido ningún aviso sobre la lectura del testamento… Se me ocurrió que quizá no tuviera usted mi dirección. ¿Cómo…? Sí…

Gloria se puso de rodillas. Los intervalos entre las frases de Anthony eran como torniquetes aplicados a su corazón. Descubrió que estaba retorciendo, impotente, los botones de un cojín de terciopelo. Luego:

—Eso es… eso es muy, muy extraño… verdaderamente extraño. ¿Ni siquiera una… mención o algún motivo para…?

La voz de Anthony sonaba muy débil y lejana. Gloria dejó escapar un sonido muy tenue, mitad jadeo, mitad sollozo.

—Sí, ya veré… De acuerdo, gracias… gracias…

La comunicación se interrumpió. Los ojos de Gloria, que miraban al suelo, vieron cómo los pies de Anthony deformaban el contorno de una mancha de sol sobre la alfombra. Ella se puso en pie y lo miró con serenos ojos grises al mismo tiempo que él la rodeaba con sus brazos.

—Cariño —susurró Anthony con voz ronca—. ¡Lo ha hecho, que Dios lo maldiga!

Al día siguiente

—¿Quiénes son los herederos? —preguntó Mr. Haight—. Comprenda usted que si me da tan poca información…

Mr. Haight era alto, cargado de espalda y cejijunto. Se lo habían recomendado como abogado astuto y tenaz.

—Mis noticias son muy vagas —contestó Anthony—. Un hombre llamado Shuttleworth, que era una especie de favorito suyo, ha quedado a cargo de todo como administrador o depositario o algo parecido… todo menos los legados directos para obras de caridad y las disposiciones relativas a los criados y a esos dos primos de Idaho.

—¿Cuál era exactamente el grado de parentesco con esos primos?

—Tercero o cuarto, por lo menos. Yo no había oído nunca hablar de ellos.

Mr. Haight movió la cabeza comprensivamente.

—¿Y usted quiere oponerse a una estipulación del testamento?

—Supongo que sí —admitió Anthony con muy poca seguridad—. Quiero hacer lo que ofrezca más esperanzas… eso es lo que espero que usted me diga.

—¿Quiere que se rechace la validación del testamento?

—Ahí me pilla usted. No tengo ni la menor idea de lo que es «validación». Quiero una parte de la herencia.

—¿Por qué no me cuenta algunos detalles más? Por ejemplo, ¿conoce usted la razón para que lo desheredase el testador?

—Bueno… sí —comentó Anthony—. Mi abuelo estaba siempre obsesionado con la reforma moral y todo eso…

—Lo sé —le interrumpió Mr. Haight sin el menor asomo de ironía.

… creo que nunca tuvo muy buena opinión de mí. No me he dedicado a los negocios, ¿comprende? Pero estoy seguro de que hasta el verano pasado era uno de los herederos. Mi mujer y yo teníamos una casa en Marietta, y una noche al

abuelo se le ocurrió la idea de venir a vernos. Dio la casualidad de que estábamos celebrando una fiesta bastante animada y él se presentó sin avisar. Bueno, lo cierto es que echó una ojeada alrededor, él y ese tal Shuttleworth, dio media vuelta y regresó a toda prisa a Tarrytown. A partir de entonces no contestó a mis cartas y ni siquiera me permitió verlo.

—Era partidario de la prohibición, ¿no es eso?

—Estaba en contra de todo lo imaginable… un maníaco religioso de pies a cabeza.

—El testamento que lo ha desheredado, ¿se redactó mucho antes de la muerte de su abuelo?

—No, hace poco… quiero decir, después de agosto.

—¿Y usted cree que la principal razón para no dejarle la mayor parte de la herencia ha sido el disgusto producido por algunas acciones suyas muy recientes?

—Sí.

Mr. Haight reflexionó. ¿Con qué base creía contar Anthony para iniciar una acción legal contra el testamento?

—Bueno, ¿no hay algo acerca de influencia negativa?

—La influencia indebida es un motivo… pero es el más difícil. Habría que demostrar que se ejerció una presión tal como para que el difunto se viera obligado a disponer de su patrimonio en contra de sus intenciones…

—Bien, supongamos que el tal Shuttleworth arrastró a mi abuelo hasta Marietta cuando pensaba que estábamos en medio de algún tipo de celebración…

—Eso no tendría ningún valor en este caso. Existe una distinción muy clara entre consejo e influencia. Habría que probar que el secretario obraba con mala intención. Yo sugeriría algún otro argumento. La validación de un

testamento se rechaza automáticamente en caso de locura, embriaguez —aquí Anthony sonrió—, o debilidad mental en razón de una prematura senectud.

—Pero —objetó Anthony—, como su médico particular es uno de los beneficiarios, declarará que no existía tal debilidad mental. Y tendrá razón. De hecho, mi abuelo hizo probablemente con su dinero lo que pensaba hacer… está totalmente de acuerdo con el resto de su vida…

—Bueno, la verdad es que debilidad mental viene a ser algo muy parecido a influencia indebida… implica que no se ha dispuesto del patrimonio como se pensaba hacerlo en un principio. El fundamento más frecuente es la coacción… si ha existido presión de tipo físico.

Anthony movió la cabeza negativamente.

—Mucho me temo que eso no tenga grandes posibilidades. Lo que a mí me parece mejor es influencia indebida.

Después de un análisis más detallado, que llegó a hacerse tan técnico como para resultarle prácticamente ininteligible, el joven Patch aceptó los servicios de Mr. Haight como asesor legal. El abogado propuso una entrevista con Shuttleworth, quien, juntamente con Wilson, Heimer y Hardy, era albacea testamentario. Anthony tendría que volver aquella misma semana.

Se había llegado a saber que el patrimonio de Adam Patch ascendía aproximadamente a cuarenta millones de dólares. El legado de mayor cuantía para una persona aislada era de un millón, y su beneficiario, Edward Shuttleworth, que recibiría además un sueldo de treinta mil dólares al año como administrador de un fondo fiduciario de treinta millones, que distribuiría prácticamente a su arbitrio entre diversas obras de caridad y sociedades reformadoras. Los restantes nueve millones se dividían

entre los dos primos de Idaho y unos veinticinco beneficiarios más: amigos, secretarios, sirvientes y empleados que, en diferentes ocasiones, se habían ganado la confianza de Adam Patch.

Al cabo de otros quince días, Mr. Haight, después de fijar el anticipo por sus honorarios en quince mil dólares, inició los preparativos para entablar una acción legal en contra del testamento.

El invierno del descontento

Antes de que llevaran dos meses viviendo en el pequeño apartamento de la calle Cincuenta y siete, Gloria y Anthony descubrieron que sus habitaciones —de la misma manera indefinible pero casi material— habían llegado a contaminarse como la casa gris de Marietta. Estaba el sempiterno olor a tabaco (los dos fumaban incesantemente) que se agarraba a la ropa, a las mantas, a las cortinas y a las alfombras cubiertas de ceniza. A esto había que añadir los molestos efluvios a vino rancio, con su inevitable sugerencia de belleza echada a perder y de juergas que se recuerdan con disgusto. En el aparador había un determinado juego de copas de cristal en las que el olor resultaba particularmente intenso, y en la habitación principal la mesa de caoba estaba cubierta de círculos blancos en los sitios donde se habían dejado vasos y copas. Daban fiestas con frecuencia; los invitados rompían cosas, vomitaban en el cuarto de baño de Gloria, derramaban el vino y ensuciaban la cocina de manera inconcebible.

Todas estas cosas eran parte habitual de su existencia. A pesar de las resoluciones de muchos lunes, a medida que se acercaba el fin de semana quedaba tácitamente entendido que era necesario celebrarlo con alguna especie de diversión profana. Cuando llegaba el sábado el asunto no se discutía, sino que llamaban a algún amigo suficientemente irresponsable y sugerían una cita.

Únicamente después de estar reunidos y de haber sacado las botellas, Anthony murmuraba con aire indiferente: «Creo que yo solo tomaré un whisky con soda…».

Luego se pasaban dos días fuera de casa, descubriendo en un amanecer invernal que habían sido los componentes más ruidosos y destacados del grupo más ruidoso y llamativo del Boul' Mich', o del Club Ramée, o de otros locales de diversión mucho menos exigentes sobre las manifestaciones de júbilo de su clientela. También descubrían que, de algún modo, habían malgastado ochenta o noventa dólares; ¿cómo?, nunca lo sabían; habitualmente lo achacaban a la general penuria de los «amigos» que los habían acompañado.

Empezó a ser frecuente que los más sinceros de sus amigos los reconvinieran durante la misma celebración de una fiesta, pintando un final sombrío para los dos, ligado a la pérdida de la belleza de Gloria y al deterioro físico de Anthony.

El relato de la juerga bruscamente interrumpida en Marietta se había filtrado, por supuesto, con todo detalle —«Muriel no tiene intención de contárselo a todas las personas que conoce —le dijo Gloria a Anthony—, y cada vez que se lo cuenta a alguien, piensa que es la única persona a la que se lo va a contar»—, y, adornado con un velo perfectamente diáfano, llegó a encontrar sitio destacado en la sección Town Tattle de una conocida revista. Cuando se hizo público el contenido del testamento de Adam Patch y los periódicos publicaron sueltos sobre la acción legal iniciada por Anthony, la historia quedó maravillosamente redondeada… para infinito descrédito del joven Patch. Gloria y él empezaron a oír rumores sobre sí mismos procedentes de todas partes; rumores fundados normalmente en un atisbo de verdad, pero recubierta siempre de absurdos y siniestros detalles.

Exteriormente ninguno de los dos presentaba signos de deterioro. Gloria a los veintiséis era todavía la Gloria de los veinte; su cutis un marco lleno de lozanía para sus ojos inocentes; su cabello, todavía un prodigio infantil que se iba oscureciendo lentamente, para pasar del maíz a un intenso color de oro bermejo; su cuerpo esbelto sugiriendo siempre el de una ninfa que corriera y danzara por bosquecillos órficos. Los ojos masculinos la seguían a docenas con miradas de fascinación cada vez que cruzaba el vestíbulo de un hotel o el pasillo de un teatro. Los hombres pedían serle presentados, caían en prolongados estados de sincera admiración, le hacían la corte con toda claridad… porque Gloria era todavía una criatura de exquisita e increíble belleza. Por su parte, Anthony había más bien ganado que perdido en apariencia; su rostro había adquirido cierto intangible aire de tragedia, en romántico contraste con su pulcra e inmaculada manera de vestirse y arreglarse.

A principios del invierno, cuando todas las conversaciones giraban sobre las probabilidades de que Estados Unidos entrara en guerra, y cuando Anthony hacía un desesperado y sincero intento de escribir, Muriel Kane llegó a Nueva York y fue inmediatamente a verlos. Al igual que Gloria, también ella parecía no cambiar nunca. Sabía los últimos modismos populares, conocía los últimos pasos de baile y hablaba de las últimas canciones y obras de teatro con todo el fervor de su primer año de ocio en Nueva York. Su timidez era eternamente nueva, eternamente inútil; su manera de vestir, exagerarla; y ahora llevaba el pelo en melena corta, igual que Gloria.

—He venido para el baile de gala en New Haven —anunció, haciéndoles partícipes de su delicioso secreto. Aunque era sin duda mayor que todos los chicos de la universidad, siempre conseguía algún tipo de invitación,

imaginándose vagamente que en la próxima fiesta se iniciaría el flirt que culminaría en el romántico altar.

—¿Dónde has estado? —preguntó Anthony, a quien Muriel siempre conseguía divertir.

—En Hot Springs. Mucha elegancia y animación este otoño… ¡más hombres!

—¿Estás enamorada, Muriel?

—¿Qué quieres decir con «enamorada»? —Aquella era la pregunta retórica del año—. Voy a deciros algo —añadió, cambiando bruscamente de tema—. Supongo que no es asunto mío, pero creo que va siendo hora de que os portéis juiciosamente.

—¡Pero si ya lo hacemos!

—¡Claro, naturalmente! —se burló ella con socarronería —. En todos los sitios donde voy oigo historias de vuestras aventuras. Os aseguro que he pasado momentos muy difíciles tratando de defenderos.

—No tenías que haberte molestado — dijo Gloria fríamente.

—No digas eso, Gloria —protestó ella—, sabes que soy una de vuestras mejores amigas.

Gloria guardó silencio. Muriel continuó:

—El problema no es que una mujer beba, sino, más bien, como Gloria es tan bonita, y hay por todas partes tanta gente que la conoce de vista, que resulta naturalmente llamativo…

—¿Qué es lo que has oído últimamente? —preguntó Gloria, permitiendo que la dignidad cediera ante la curiosidad.

—Por ejemplo, que aquella fiesta en Marietta mató al abuelo de Anthony.

Instantáneamente marido y mujer se sintieron terriblemente incómodos.

—¡Pero eso es una atrocidad!

—Eso es lo que dicen —insistió Muriel, testarudamente.

Anthony empezó a pasearse por la habitación.

—¡Es absurdo! —declaró—. Las mismas personas que invitamos a nuestras fiestas van por ahí contando la historia a gritos como si fuera un chiste estupendo… y finalmente vuelve a nosotros en formas como esta.

Gloria recogió con el dedo un bucle rojizo que se le había salido de su sitio. Muriel pasó la lengua por el velo que llevaba mientras decidía cuál iba a ser su próximo comentario.

—Tenéis que tener un hijo.

Gloria alzó unos ojos llenos de cansancio.

—No podemos permitírnoslo.

—Todas las personas que viven en los suburbios los tienen —dijo Muriel triunfalmente.

Anthony y Gloria intercambiaron una sonrisa. Habían llegado ya a la etapa de las peleas violentas tras las que nunca llegaba a producirse la reconciliación; peleas que seguían ardiendo bajo las cenizas y estallaban de nuevo después de un intervalo o se extinguían por pura indiferencia… pero aquella visita de Muriel volvía a unirlos temporalmente. Cuando una tercera persona hacía observaciones sobre la intranquilidad en la que vivían, sus palabras se convertían en un estímulo para que se enfrentaran juntos con aquel mundo hostil. Lo que

resultaba ya muy poco frecuente era que el impulso hacia la reunión surgiera de dentro.

Anthony se descubrió asociando su propia existencia a la del ascensorista nocturno de la casa donde vivían, una persona de unos sesenta años, de barba rala, con aspecto de hallarse muy por encima del trabajo que realizaba. Probablemente había conseguido el empleo debido a aquella característica, que le convertía en una memorable y patética figura, en un símbolo del fracaso humano. Anthony recordó, sin que le divirtiera en absoluto, un antiquísimo chiste acerca de que en la carrera de un ascensorista había muchos altibajos; en cualquier caso se trataba de una vida de encierro y de infinita monotonía. Cada vez que ponía el pie en el ascensor, Anthony aguardaba conteniendo el aliento a que el anciano dijera: «Vaya, parece que hoy vamos a tener un poco de sol», pensando en lo poco que podría disfrutar de la lluvia o del sol en aquella pequeña jaula mal ventilada, en un vestíbulo sin ventanas y paredes color de humo.

Después de ser una figura sin relieve, el ascensorista alcanzó estatura trágica al dejar la vida que tan mezquinamente lo había tratado. Una noche aparecieron tres jóvenes pistoleros, lo ataron y lo dejaron en el sótano sobre una pila de carbón mientras ellos registraban el cuarto de los trastos. El conserje lo encontró sin sentido a la mañana siguiente a causa del frío. Cuatro días más tarde, falleció de neumonía.

Lo sustituyó un negro parlanchín de Martinica —de incongruente acento británico e inclinado a mostrarse desabrido— a quien Anthony detestaba cordialmente. La muerte del anciano ascensorista tuvo sobre él aproximadamente el mismo efecto que la historia del gatito había tenido sobre Gloria. Sirvió para recordarle la

crueldad de la vida en general y, en consecuencia, la creciente amargura de la suya propia.

Anthony estaba escribiendo… y haciéndolo por fin seriamente. Fue a ver a Dick y escuchó, durante una hora llena de tirantez, explicaciones sobre detalles de procedimiento que hasta entonces había considerado absolutamente desdeñables. Necesitaba dinero inmediatamente: todos los meses tenía que vender bonos para pagar las facturas. Dick se mostró franco y explícito:

—Por lo que se refiere a artículos sobre temas literarios en revistas de muy poca difusión, nunca te darán lo suficiente para pagar el alquiler. Por supuesto, si una persona tiene el don del humor, o la posibilidad de escribir una biografía importante, o algún conocimiento especializado, puede encontrar un filón y hacerse rico. Pero para ti no hay otra posibilidad que la narración. ¿Dices que te hace falta dinero inmediatamente?

—Así es.

—Bueno, necesitarías probablemente año y medio antes de empezar a ganar algún dinero con una novela. Inténtalo con narraciones breves de tipo popular. Y, por cierto, si no son excepcionalmente brillantes, tienen que resultar alegres y del lado de la artillería más pesada si quieres ganar dinero con ellas.

Anthony pensó en las más recientes producciones de Dick —publicadas en una revista mensual muy conocida—, que se ocupaba básicamente de las absurdas acciones de cierto tipo de monigotes rellenos de serrín que, según se afirmaba, eran personas de la sociedad de Nueva York, y que giraban, por regla general, sobre el problema de la pureza de la heroína a nivel técnico, con alusiones pretendidamente sociológicas a las «locas excentricidades de los cuatrocientos».

—Pero tus historias… —exclamó Anthony en voz alta, casi de manera involuntaria.

—Ah, eso es diferente —afirmó Dick, con gran asombro de su interlocutor—. Yo tengo ya una reputación, ¿comprendes?, así que estoy obligado a ocuparme de temas fuertes.

Anthony tuvo un sobresalto interior, dándose cuenta por aquella observación de lo mucho que Richard Caramel se había deteriorado. ¿Pensaba realmente que aquellas sorprendentes producciones suyas de última hora eran tan buenas como su primera novela?

Anthony regresó al apartamento y se puso a trabajar. Descubrió que el optimismo a ultranza no tenía nada de fácil. Después de media docena de vanos intentos fue a la biblioteca pública y durante una semana estudió los relatos que publicaba una revista popular. Luego, mejor preparado, escribió su primer cuento, El dictáfono del destino. Estaba basado en una de las pocas impresiones que aún conservaba de sus seis semanas en Wall Street el año anterior. Pretendía ser la risueña historia de un botones que, de manera completamente accidental, tarareaba una maravillosa melodía en el dictáfono. El cilindro con la grabación era descubierto por el hermano del jefe, un conocido productor de comedias musicales… para desaparecer inmediatamente. La parte central de la historia se ocupaba de la búsqueda del cilindro perdido, y concluía con el matrimonio del noble botones (ahora compositor de éxito) con miss Rooney, la virtuosa taquígrafa, mitad Juana de Arco y mitad Florence Nightingale.

Anthony había llegado a la conclusión de que era aquello lo que las revistas deseaban. Sus protagonistas eran los habituales y exóticos habitantes del mundo literario azul y rosa, sumergidos en un meloso argumento, incapaz de

ofender a un solo estómago de Marietta. El joven Patch mecanografió su cuento a doble espacio, esto último de acuerdo con los consejos de un folleto, El éxito como escritor al alcance de todos, por R. Meggs Widdlestien, que explicaba al ambicioso trabajador manual lo innecesario de cualquier futuro esfuerzo físico, ya que siguiendo su curso de seis lecciones podría ganar por lo menos mil dólares al mes.

Después de leérselo a una Gloria que daba claros síntomas de aburrimiento y de lograr de ella el inmemorial comentario de que era «mejor que muchas de las cosas que se publican», lo firmó irónicamente con el seudónimo «Giles de Sade», añadió el indicado sobre para la devolución y lo mandó por correo.

Dado el gigantesco esfuerzo que había necesitado para redactar la historia, Anthony decidió esperar a saber algo de ella antes de empezar la siguiente. Dick le había dicho que podían llegar a pagarle hasta doscientos dólares. Si por alguna casualidad no resultase apropiada, la carta del director, sin duda, le explicaría qué cambios habían de hacerse.

—Sin duda se trata del escrito más abominable que existe en la actualidad —dijo Anthony.

Es muy posible que el director de la revista estuviese de acuerdo con él. Le devolvió el manuscrito con una carta impresa rechazándolo. Anthony lo mandó a otra publicación y empezó una nueva narración. La segunda se titulaba Las puertas abiertas, y la escribió en tres días. Tenía que ver con el mundo sobrenatural: una pareja distanciada llegaba a reconciliarse gracias a una médium en un espectáculo de variedades.

En total fueron seis, seis desdichados y deplorables esfuerzos de «escribir para las masas» por parte de un

hombre que nunca había hecho un intento perseverante de escribir. Ninguno de los relatos contenía una chispa de vitalidad, y su rendimiento total en expresiones elegantes e ingeniosas estaba bastante por debajo del de cualquier columna de periódico. Durante su circulación por las revistas, los cuentos de Anthony recogieron en total treinta y una cartas impresas rechazándolos, que venían a ser como otras tantas lápidas mortuorias para los paquetes, semejantes a cadáveres, que encontraba tirados junto a la puerta de su casa.

A mediados de enero murió el padre de Gloria, y se trasladaron de nuevo a Kansas City; el viaje fue pésimo, porque Gloria se pasó todo el tiempo meditando amargamente, no sobre la muerte de su padre, sino sobre la de su madre. Una vez que estuvieron en orden los asuntos de Russell Gilbert, el joven matrimonio entró en posesión de unos tres mil dólares y de muchos muebles. Estos últimos se hallaban en un almacén, porque Mr. Gilbert había pasado sus últimos días en un pequeño hotel. Anthony hizo un nuevo descubrimiento acerca de Gloria debido a este fallecimiento. Durante el viaje hacia el este, su mujer se reveló, asombrosamente, como bilfista.

—Pero, Gloria —exclamó él—, no irás a decirme que crees en esas cosas.

—Bueno —dijo ella, desafiante—, ¿por qué no?

—Porque es… es fantástico. Sabes perfectamente que eres agnóstica en el más amplio sentido de la palabra. Te reirías de cualquier forma ortodoxa de cristianismo… y luego vienes con la afirmación de que crees en una estúpida regla sobre la reencarnación.

—¿Y qué más da que lo haga? Os he oído a ti y a Maury, y a todas las personas por cuya inteligencia siento un mínimo de respeto, mostraron de acuerdo en que la vida,

tal como se nos presenta, carece totalmente de sentido. Pero siempre me ha parecido que si yo estuviera aquí aprendiendo algo de manera inconsciente, quizá la vida tuviera un poco más de sentido.

—No estás aprendiendo nada… únicamente te sientes cansada. Y si necesitas una fe para suavizar las cosas, no recurras a los argumentos de un montón de mujeres histéricas. Una persona como tú no debería aceptar nada que no sea adecuadamente demostrable.

—La verdad no me interesa. Quiero un poco de felicidad.

—Eso está muy bien, pero si tienes un mínimo de inteligencia, la segunda tiene que estar refrendada por la primera. Cualquier alma cándida es capaz de engañarse con basura mental.

—Me da lo mismo —insistió Gloria, firme en sus trece—, y, lo que es más, no estoy proponiendo ninguna doctrina.

La discusión terminó desapareciendo por sí misma, pero Anthony se acordó de ella en varias ocasiones posteriormente. Le resultaba perturbador encontrar esta vieja creencia, que Gloria había asimilado evidentemente de su madre, reapareciendo de nuevo bajo su disfraz de idea innata.

Llegaron a Nueva York en marzo, después de pasar una semana muy cara y muy poco prudente en Hot Springs, y Anthony reanudó sus frustrados intentos de escribir narraciones. Al resultar cada vez más evidente para los dos que la vía de escape no iban a encontrarla por el camino de la literatura popular, se produjo un nuevo deterioro de su mutua confianza y aumentó su desánimo. Un complicado forcejeo estaba siempre en marcha entre los dos. Todos los esfuerzos por reducir gastos morían de pura inercia, y para marzo volvían ya a utilizar cualquier pretexto como excusa para una «fiesta». Adoptando una postura de temeridad,

Gloria dejó caer la sugerencia de que deberían gastarse alegremente todo el dinero que tenían hasta que se terminara… cualquier cosa antes que verlo desaparecer gota a gota sin sacarle el menor partido.

—Gloria, a ti te apetecen las fiestas tanto como a mí.

—A mí me da igual. Todo lo que hago está de acuerdo con mis ideas: usar cada minuto de estos años, mientras soy joven, para pasarlo lo mejor posible.

—¿Y después de eso?

—Después todo me dará lo mismo.

—No, no te dará lo mismo.

—Bueno, quizá… pero no podré hacer nada por remediarlo. Y hasta entonces me habré divertido.

—Entonces estarás en la misma situación que ahora. En cierta manera, ya nos hemos divertido, ya hemos armado suficiente alboroto, y ahora estamos pagando por ello.

Sin embargo, el dinero seguía desapareciendo. Después de dos días de jolgorio venían otros dos de acrimonia… un círculo cerrado que apenas admitía variaciones. Los repentinos frenazos, cuando se producían, daban como resultado habitual un estallido de laboriosidad por parte de Anthony, mientras Gloria, nerviosa y aburrida, se quedaba en la cama o se mordía las uñas distraídamente. Después de un día o poco más en esta situación, se volvían a citar con unos amigos, y luego… ¿qué más daba? ¡Aquella noche, aquel calor interior, la desaparición de la ansiedad y el convencimiento de que si el vivir no tenía sentido era, al menos, esencialmente romántico! El vino daba una especie de gallardía a su propio fracaso.

Mientras tanto el pleito progresaba lentamente, con interminables interrogatorios de los testigos y clasificación de pruebas. Los trámites previos para fijar el patrimonio ya

habían concluido. Mr. Haight no veía razón para que la causa no llegara a juicio antes del verano.

Bloeckman apareció por Nueva York a finales de marzo; había pasado casi un año en Inglaterra por asuntos relacionados con Films Par Excellence. Todavía continuaba en marcha su proceso de refinamiento en todos los órdenes: vestía un poco mejor, su entonación era más suave y sus modales ponían con toda claridad de manifiesto que las cosas más hermosas del mundo eran suyas por derecho natural e inalienable. Se presentó en el apartamento y les hizo una visita de una hora, en la que habló sobre todo acerca de la guerra; luego se marchó diciendo que volvería. Anthony no estaba en casa cuando fue a visitarlos por segunda vez, pero una Gloria excitada y embelesada al mismo tiempo recibió a su marido a última hora de la tarde.

—Anthony —empezó inmediatamente—, ¿seguirías oponiéndote a que me dedicara al cine?

Todo el ser de Anthony reaccionó contra la idea. Al imaginarla lejos de él, aunque se tratara tan solo de una posibilidad, la presencia de Gloria se convirtió de nuevo no ya en algo muy apreciado, sino desesperadamente necesario.

—¡Gloria, por favor…!

—Blockhead ha dicho que conseguiría meterme… pero que si quiero hacer algo tengo que empezar ahora. Solo quieren chicas jóvenes. ¡Piensa en el dinero, Anthony!

—Para ti… sí. Pero ¿y yo?

—¿No sabes que todo lo que yo tenga también será tuyo?

—¡Es una profesión infernal! —estalló el Anthony infinitamente circunspecto, defensor de la moral—, y la gente que trabaja en ella todavía peor. Y estoy más que cansado de que ese tal Bloeckman venga aquí a meterse

donde no lo llaman. Aborrezco todo lo que tenga que ver con el teatro.

—¡Esto no es teatro! Es otra cosa completamente distinta.

—¿Y qué se supone que tendré que hacer yo? ¿Ir persiguiéndote por todo el país? ¿Vivir de tu dinero?

—Si no te gusta, gánalo tú mismo.

La conversación degeneró en una de sus peleas más violentas. Después de la consiguiente reconciliación y del inevitable período de inercia moral, Gloria comprendió que Anthony había matado el proyecto. Ninguno de los dos mencionó jamás la posibilidad de que la propuesta de Bloeckman no fuera en absoluto desinteresada, pero los dos sabían que se hallaba detrás de las objeciones de Anthony.

En abril Estados Unidos declaró la guerra a Alemania. Wilson y su gabinete —un gabinete que por su vulgaridad recordaba curiosamente a los doce apóstoles— soltaron los artificialmente hambrientos perros de la guerra, y la prensa empezó a gritar histéricamente contra la siniestra moral, la siniestra filosofía y la siniestra música producida por el temperamento teutónico. Los que se consideraban a sí mismos particularmente tolerantes hacían la sutil distinción de que era tan solo el gobierno alemán lo que provocaba su histeria; el resto se excitaba hasta lograr un estado de nauseabunda indecencia. Cualquier canción que incluyera la palabra «madre» y la palabra «káiser» tenía asegurado un éxito tremendo. Por fin todo el mundo tenía algo de qué hablar, y casi todos disfrutaban muchísimo, como si les hubiesen repartido papeles en una obra de teatro lúgubre y romántica.

Anthony, Maury y Dick mandaron solicitudes para ir a un campamento de formación de oficiales, y tanto Noble como

Caramel se sentían extrañamente exaltados y libres de todo reproche; hablaban entre sí, como si todavía fuesen estudiantes de universidad, de que la guerra era una excusa y una justificación para los aristócratas, e inventaban una imposible casta de oficiales, compuesta, al parecer, fundamentalmente, por los antiguos alumnos con más personalidad de tres o cuatro universidades del este del país. A Gloria le parecía que bajo aquella gigantesca luz roja que iluminaba a toda América, incluso Anthony adquiría un nuevo encanto.

El Décimo de Infantería, al llegar a Nueva York desde Panamá, se vio escoltado de salón en salón por patrióticos ciudadanos con gran desconcierto por su parte. Los militares procedentes de West Point empezaron a despertar interés por primera vez desde hacía años, y la impresión general era que todo resultaba glorioso, aunque todavía muy poco comparado con las cimas a las que se llegaría muy pronto, y que todo el mundo eran excelentes sujetos, y todas las razas, grandes razas —siempre con la excepción de los alemanes—, y en todos los estratos de la sociedad bastaba que los parias y los cabeza de turco se vistieran de uniforme para que familiares, examigos y completos desconocidos los perdonaran, los animaran y llorasen sobre su hombro.

Desgraciadamente, un médico de poca estatura pero muy preciso decidió que algo no andaba del todo bien con la presión arterial de Anthony. En conciencia no podía darle el pase para un campamento de formación de oficiales.

El laúd roto

Su tercer aniversario de boda pasó inadvertido y sin celebración alguna. Con el deshielo había llegado la tibieza de la primavera, que acabó derritiéndose en verano caluroso, hasta hervir por completo y evaporarse. En julio se presentó el testamento para su validación, y, al ser

impugnado, el juez del tribunal testamentario le asignó un período de sesiones para la vista del juicio. El asunto se prolongó hasta septiembre, debido a la dificultad para designar un jurado imparcial, dadas las susceptibilidades morales que entraban en juego. Para decepción de Anthony, cuando finalmente se pronunció el veredicto, fue en favor del testador, después de lo cual Mr. Haight notificó a Edward Shuttleworth que apelaría contra la sentencia.

Mientras el verano llegaba a su fin, Anthony y Gloria hablaron de las cosas que harían cuando el dinero fuese suyo, y de los sitios a los que irían después de la guerra, cuando estuviesen otra vez de acuerdo, porque los dos soñaban con una época futura en la que el amor, resurgiendo como el cisne de sus propias cenizas, viviera de nuevo en su misteriosa e insondable morada.

Anthony fue llamado a filas a principios de otoño, y el doctor que hizo el examen médico no habló para nada de una presión arterial demasiado baja. Todo resultó muy absurdo y triste cuando una noche le dijo a Gloria que, por encima de cualquier otra cosa, deseaba que lo mataran. Pero, como siempre, se compadecieron el uno del otro por las razones más absurdas en los momentos más inapropiados…

Decidieron que ella no fuera por el instante al campamento del sur donde iba destinado el contingente de Anthony. Gloria se quedaría en Nueva York para «usar el apartamento», ahorrar dinero y seguir de cerca la marcha del caso, pendiente ahora del tribunal de apelación, cuyo calendario de actuaciones, les explicó Mr. Haight, llevaba mucho retraso.

Su casi última conversación fue una absurda pelea sobre la adecuada división de sus ingresos; con una sola palabra cualquiera de los dos le hubiese dejado todo el dinero al otro. Típico del caos y confusión de sus vidas fue que la

noche de octubre en que Anthony se presentó en Grand Central Station para hacer el viaje al campamento, Gloria llegara solo a tiempo de saludarlo por encima de las ansiosas cabezas de la multitud. A la luz mortecina de los andenes cubiertos, sus miradas se buscaron a través de un mar de histerismo, viciado por gemidos medrosos y el olor a pobreza de las mujeres. Ambos debieron de reflexionar sobre el daño que se habían hecho mutuamente, acusándose cada uno a sí mismo de trazar aquella pauta sombría que los dos se veían obligados a seguir trágica y oscuramente. Al final, la distancia fue creciendo hasta que les resultó imposible ver las lágrimas del otro.

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es